

ciudades, campos, pueblos, islas.

Relatos Clásicos Santafesinos

**Mateo Booz, Alcides Greca, Jorge Riestra, Luis Gudiño Kramer,
Lermo Balbi, Carlos Eduardo Carranza, Gastón Gori,
Leonardo Castellani, Velmiro Ayala Gauna, Diego Oxley,
Abel Rodríguez, Juan José Saer**





Miguel Lifschitz
Gobernador

Carlos A. Fascendini
Vicegobernador

María de los Ángeles González
Ministra de Innovación y Cultura

Pedro Pablo Cantini
Secretario de Producciones,
Industrias y Espacios Culturales

*ciudades,
campos,
pueblos,
islas.*

Ciudades, campos, pueblos, islas /

Velmiro Ayala Gauna ... [et.al.]. 1a ed. Santa Fe : Espacio Santafesino Ediciones, 2015.
224 p. ; 20x26 cm.

ISBN 978-987-45658-3-9

I. Narrativa Argentina. I. Ayala Gauna, Velmiro
CDD A863

Fecha de catalogación: 13/07/2015

Ciudades, campos, pueblos, islas. Relatos clásicos santafesinos

© Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, 2016.

Edición general del Proyecto Territorio y de esta antología:
Secretaría de Producciones, Industrias y Espacios Culturales,
Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe.

Selección de autores: Jorge Isaías
Compilación y textos: Agustín Alzari
Investigación bibliográfica: Ernesto Inouye
Diseño: Verónica Franco
Corrección: María Laura Tubino y Carina Zanelli
Tratamiento de imágenes: Martín Bochicchio

© El derecho de publicación de «El taco de ébano» de Jorge Riestra
fue cedido por la Universidad Nacional de Rosario.

© El derecho de publicación de «Palo y hueso» de Juan José Saer
fue cedido por el Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

ISBN: 978-987-45658-3-9

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina

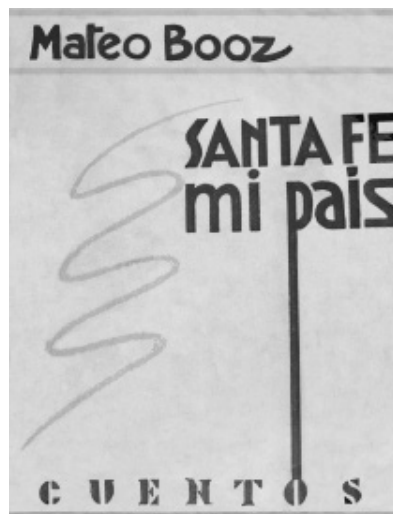
ciudades, campos, pueblos, islas.

Relatos Clásicos Santafesinos

**Mateo Booz, Alcides Greca, Jorge Riestra,
Luis Gudiño Kramer, Lermo Balbi, Carlos Eduardo Carranza,
Gastón Gori, Leonardo Castellani, Velmiro Ayala Gauna,
Diego Oxley, Abel Rodríguez, Juan José Saer**

Un territorio que se puebla de mujeres, hombres, niños y animales, se puebla asimismo de historias. De las historias relatadas por aquellos que lo habitan y también por los otros, los que sólo están de paso. Entonces, sin dejar de ser un espacio físico, geográfico, comienza lentamente a figurarse como una zona afectiva, sensible, colmada de matices que lo abarcan y lo definen. A ese territorio complejo, real e imaginario al mismo tiempo, le corresponderá tarde o temprano una literatura. La colección «Ciudades, campos, pueblos, islas. Relatos clásicos santafesinos», conformada por once libros fundamentales reunidos en una biblioteca digital y esta antología homónima en papel es, en buena medida, un testimonio del poblamiento imaginario, literario, de la provincia de Santa Fe a cargo de sus propios narradores.

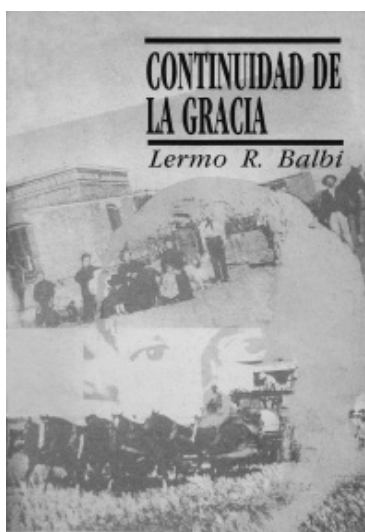
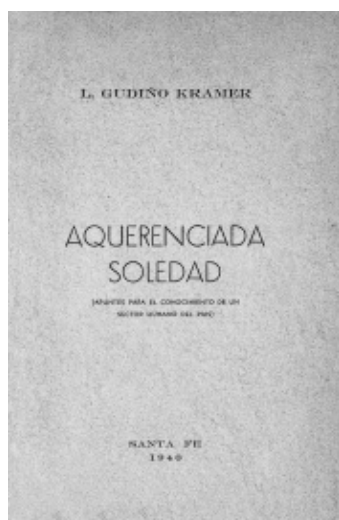
La colección despliega un universo de más de ciento setenta relatos. Algunos ya son legendarios. Otros esperan ser descubiertos. Todos portan un rasgo distintivo —el cruce entre el relato moderno y un interés decidido por el propio territorio— que atraviesa las cuatro décadas donde se forja





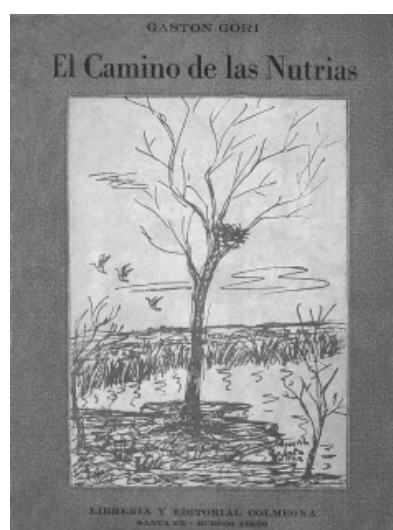
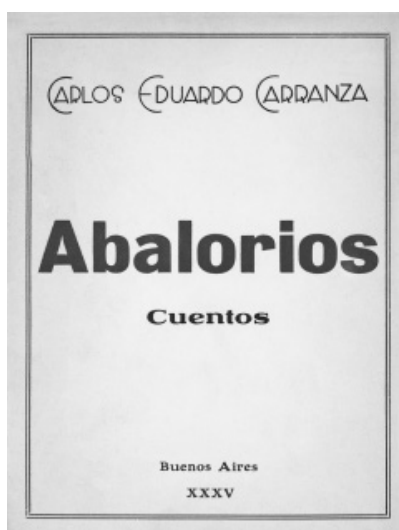
el espíritu de la narrativa clásica santafesina, desde comienzos de 1930 hasta fines de 1960. Mateo Booz y Alcides Greca fueron pioneros en este sentido, con sus observaciones certeras, desprejuiciadas y por momentos casi documentales. Las obras de Juan José Saer, Jorge Riestra, Luis Gudiño Kramer y Gastón Gori revelan el magnífico desarrollo que le aguardaba a esa idea. Cada uno construyó su narrativa con un lenguaje propio, único, sin apartar la mirada de lo que lo rodeaba. Y lo mismo cabe para Abel Rodríguez, Lermo Balbi, Diego Oxley, Velmiro Ayala Gauna, Leonardo Castellani y Carlos Eduardo Carranza.

Un minucioso trabajo de cotejo con las primeras ediciones permite al lector reencontrarse con los textos de estos autores tal como salieron a la luz originalmente. Alrededor de la década de 1960 aparecen *Don Frutos Gómez, el comisario* (1960), de Velmiro Ayala Gauna; *El taco de ébano* (1962), de Jorge Riestra; *Palo y hueso* (1965), de Juan José Saer; *Los días siguientes y otros relatos*, del rafaellino Lermo Balbi y también *Las aguas turbias*, de Diego Oxley, autor que compila en 1975 su obra escrita entre



finés de 1950 y mediados de 1960. En la década 1940 se publican *Aquerenciada soledad* (1940), de Luis Gudiño Kramer; *Las 9 muertes del Padre Metri* (1942), de Leonardo Castellani; *La barranca y el río* (1944), de Abel Rodríguez y *El camino de las nutrias* (1949), de Gastón Gori. Y en la primera parte de la de 1930 aparecen *Cuentos de comité* (1931), de Alcides Greca; *Santa Fe, mi país* (1934), de Mateo Booz, y *Abalorios* (1935), de Eduardo Carranza.

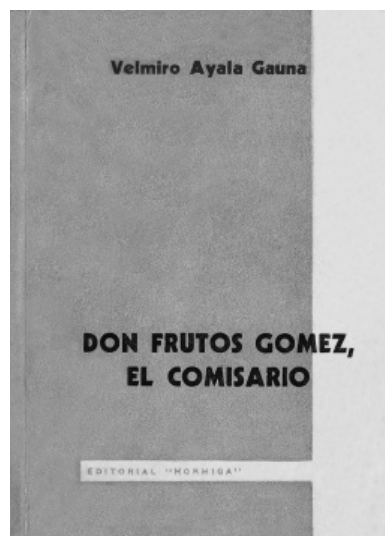
Estos textos fueron escritos en diferentes ciudades de la provincia entre 1931 y 1965. Sin embargo, lo que se relata en ellos abarca alrededor de cien años, desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. Desde el momento en que Calixto Brillard, el protagonista de uno de los relatos de *El camino de las nutrias*, de Gori, instala, en 1868, su choza en un paso obligado entre Santa Fe y la colonia Esperanza hasta el momento en el que el Piojo, el personaje de «Los viejos lugares», de Jorge Riestra, se entera que van a demoler la casa barrial de su amigo Marcial para construir un edificio de departamentos, marca innegable del desarrollo



urbanístico rosarino de principios de 1960. En esos cien años repartidos entre los siglos XIX y XX la provincia sufrió formidables transformaciones materiales y culturales como consecuencia de la modernización. Frente al inventario donde figuran la inmigración, el ferrocarril, las colonias agrícolas, las grandes urbes con sus puertos de ultramar, esta literatura restituye la rugosidad de las voces, el intenso vaivén de un itinerario siempre personal: un cuerpo que atraviesa un territorio, que lo atraviesa.

Ciudades, campos, pueblos, islas.

En el transcurso de esas cuatro décadas de escritura, el foco sobre el territorio y el pasado reciente se mantiene intacto, al tiempo que las formas literarias, es decir, la manera en que esa materia ingresa a la literatura, muta, varía y se revoluciona. Estos escritores, con independencia del resultado artístico, adscriben de manera deliberada a la idea de dar cuenta



de una totalidad territorial. El primero en esbozar un proyecto de estas características es Mateo Booz, en 1934, con *Santa Fe, mi país*. En una apuesta osada —que solo un precursor puede permitirse— intenta abarcar el conjunto de los ambientes de la provincia, reflejados en las cuatro partes del libro: «Las ciudades», «Campos y selvas», «Los pueblos», «Las islas». Y establece un sutil equilibrio entre ellas. Se trata, en Mateo Booz, de narrar el conjunto de lo existente en la provincia, no de establecer un juego de jerarquías de ambientes. Luis Gudiño Kramer sigue casi al pie de la letra este plan, pero lo particulariza de otra manera, dividiendo *Aquerenciada soledad* en cuatro partes: «Estancias», «Islas», «Chacras», «Pueblos». La variación, sin embargo, no es menor. Las ciudades han quedado fuera de su foco de incumbencia.

Como una modulación diferente de esa misma intención de exhaustividad emergen en la colección libros que giran en torno a un solo ambiente. Tal es el caso de *El camino de las nutrias*, de Gastón Gori, centrado en las colonias y las chacras. De *Las 9 muertes del Padre Metri*, de

Leonardo Castellani, cuya zona se establece en lo que en aquel tiempo se conocía como el Chaco Santafesino, al norte de la ciudad de Reconquista, con epicentro en el pueblo de San Antonio de Obligado. Y de los *Cuentos del comité*, el clásico de Alcides Greca, que hace lo suyo con los comités radicales de Rosario. Junto a ellos se ubica también *La barranca y el río*, de Abel Rodríguez, que hace de las barrancas del Paraná un genuino universo. Pescadores, trabajadores portuarios, linyeras, escritores, prostitutas, marineros y hasta lectores de Kant dejan su huella en estos relatos, programáticamente afincados en la estrecha y alargada franja costera que marca el límite entre la ciudad y el río.

Otros autores optan por el contrapunto, una técnica de contraste donde la presencia de un ambiente potencia y enriquece la aparición del otro. Carlos Eduardo Carranza explica con sencillez la organización interna de los relatos de *Abalorios*: «A la pintura a brocha gorda de costumbres rurales, siguen episodios de la vida urbana». Ni las islas, ni las colonias atraen el interés del socio literario de Mateo Booz. Sin embargo, el contrapunto de ambientes es más visible en *Palo y Hueso*, de Juan José Saer y *El taco de ébano*, de Jorge Riestra. El primero ensaya un contraste entre la ciudad de Santa Fe —donde se ubican tres de los cuatro relatos— y el contexto isleño y pueblerino de «Palo y hueso», narración que elocuentemente da título al volumen. Sucede de manera similar con Riestra, que solo abandona los billares rosarinos —mundo que describe con auténtica maestría— en uno de los cuatro relatos que conforman *El taco de ébano*. Se trata de «El último verano», en el cual narra las aventuras de un adolescente rosarino en sus visitas de vacaciones a la chacra de sus tíos.

Esta antología replica el sistema imaginado por Mateo Booz para *Santa Fe, mi país*. Reúne relatos de ciudades, relatos de campos, relatos de pueblos, relatos de la costa y de las islas santafesinas, a cargo de doce de sus narradores clásicos. El orden de aparición no es cronológico, menos aún de relevancia de los autores, sino que responde al diálogo, efectivo o metafórico, que cada uno de ellos establece con el correspondiente territorio literario. De este modo, el libro expande las fronteras del sistema original de Mateo Booz, introduciendo no sólo otras miradas, sino también

un factor que condensa el recorrido de la colección: el modo en que una misma idea es trabajada por sucesivas generaciones de escritores hasta formar una tradición.

El mapa imaginario

Se han deslizado ya, en las citas que se han hecho de las obras, algunas alusiones a Rosario, también a Santa Fe, a la colonia Esperanza y a la colonia San Carlos. La precisión geográfica es un rasgo inherente de los libros de la colección. En un juego de espejos, aquello que los escritores buscaron en la realidad de las islas, de los campos, de los pueblos, de los caminos, de los arroyos, de los ríos y también de las ciudades santafesinas, retorna en la forma de un genuino mapa de la provincia elaborado a partir de su propia narrativa. Las referencias, desperdigadas aquí y allá en los relatos, pueden tanto abarcar toda una región —como «el norte de Santa Fe» o el «sur de Santa Fe»— como aludir directamente a las localidades, tal el caso de San Antonio de Obligado, Colmena, Golondrina, Reconquista, San Javier, Helvecia, Santa Rosa de Calchines, Rafaela, Coronda, Cañada de Gómez, Casilda, Arroyo Seco y Venado Tuerto, entre muchas otras. También aparecen mencionados los ríos, como el Paraná, el Salado o el San Javier, o los arroyos como La Sarnocita o El Colorado, o las orillas de la Laguna del Pescado. Y al aproximar la lupa surge una suerte de geografía mínima: el dato de la casa suiza de la Avenida de Los siete jefes en Santa Fe; un furgón del Ferrocarril Mitre; un bar de la Avenida Alberdi en Rosario o un naranjal «grande y hermoso» que crece entre la finca de los Pierri y la herrería del viejo Rulo, en Zaballa. Y así podríamos continuar, a lo largo de párrafos y párrafos, trazando itinerarios, poblando de referencias ese mapa imaginario.

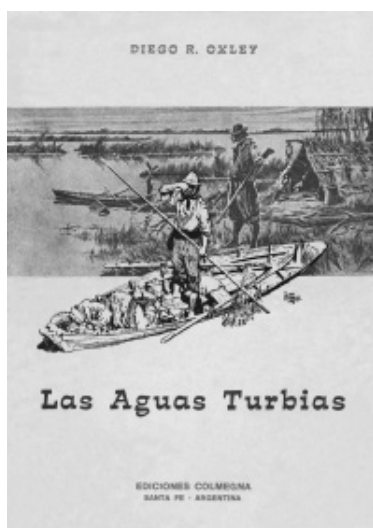
Mapa sobre el que se proyectan las diferentes voces de los autores de la colección, ya que incluso en los casos en que se omite o reemplaza el referente —como la Santa Fe de Juan José Saer; los pueblos del departamento Las Colonias en los relatos de Lermo Balbi, sintetizados en su Cor-

da; o los pueblos del litoral correntino representados por el imaginario Capibara-Cué, de Velmiro Ayala Gauna— el propósito es componer una zona, un nexo entre la palabra y lo real, para dar curso en la escritura, en los rasgos de los personajes, en el matiz del paisaje, a las coordenadas de la propia comarca.

El campo y la ciudad

El grueso de los libros de la colección se escriben desde las dos grandes urbes provinciales, Santa Fe y Rosario. Allí los autores ejercen trabajos paralelos como periodistas, docentes, empleados estatales o funcionarios políticos. Cabe señalar las excepciones de Juan José Saer, que continuará su vida en Francia, y de Abel Rodríguez, que hará lo propio en Buenos Aires. Sin embargo, más de la mitad de los autores no son ni de Rosario ni de Santa Fe, sino que provienen de pueblos y ciudades del interior santafesino. Tal es el caso de Alcides Greca (San Javier), Carlos Eduardo Carranza (Casilda), Lenardo Castellani (Reconquista), Gastón Gori (Esperanza), Lermo Rafael Balbi (Rafaela), o de provincias vecinas, como Luis Gudiño Kramer (Villa Urquiza, Entre Ríos) o Velmiro Ayala Gauna (Corrientes). Esta experiencia del tránsito desde el pueblo —o la ciudad chica— a las ciudades principales, se traslada a sus libros y marca uno de los contrastes más intensos y atractivos de la colección: el que se produce entre lo rural, en un sentido amplio que abarca los pueblos, las chacras, el campo, los montes, el río y las islas, y los centros urbanos, el universo de las grandes ciudades con sus puertos, sus cafés, sus comercios, sus plazas, sus calles bulliciosas por donde circulan los ómnibus y los tranvías. Los personajes se mueven de un mundo al otro por trabajo, por amor, por salud, llevando los signos del campo a la ciudad y de la ciudad al campo. Incluso fantasean, sin moverse de su sitio, con esa otra vida posible.

Lo singular del caso santafesino es que el acento modernizador y cosmopolita no es exclusivo de sus dos grandes urbes. La ruralidad de esta provincia es un espacio extraordinario donde se encuentran y con-



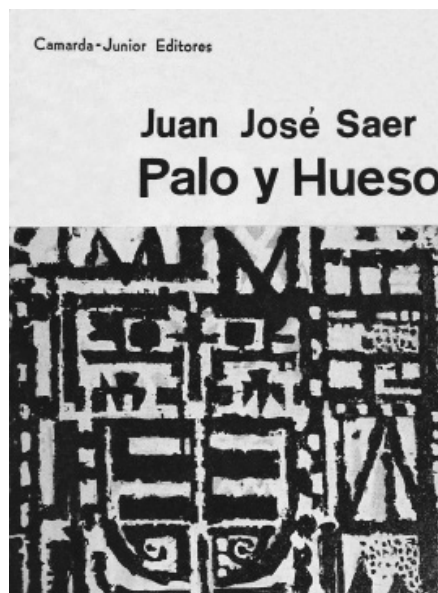
viven múltiples culturas, tradiciones, lenguas y experiencias. Y este rasgo está magníficamente enunciado en su literatura. Concretamente, al habla criolla de un Valentín Díaz, de un Justo Avendaño, de un Antenor Cigena, de una Doña Isolina o de una Doña Natividad, por mencionar algunos de los criollos isleños de *Las aguas turbias* de Diego Oxley, hay que añadir el alemán de los Süber, de los König, de Nicolas Mürcher y Juan Koch; el habla francesa de Andrés Bressand y de Jules Gerard; el cocoliche campero de los «gringos cordiales» que saludan desde los terraplenes al paisano don Galvi: «¡Addio, don Galvi!... ¡Salimo de gaucho, don Galvi!». A través de esas voces de los personajes de Balbi, de Gastón Gori, de Luis Gudiño Kramer —a los que el lector podrá añadir otros tantos— es posible acceder a la textura sonora, al entramado vital del ámbito rural de la región. Esa variedad que pareciera ser exclusiva del mundo de los conventillos y las pensiones de las grandes ciudades, o de los bares y tabernas de los puertos de ultramar, se despliega aquí, con su encanto y sus conflictos, en los pueblos, las chacras y los campos del interior provincial.

Leonardo Castellani y, más tarde, Velmiro Ayala Gauna percibieron y sacaron partido de este universo al colocar a sus respectivos detectives, el Padre Metri y Don Frutos Gómez, en un ambiente pueblerino. El género policial, clásicamente urbano, invierte sugestivamente su signo entre sus precursores dentro de la narrativa santafesina.

Una huella sensible

La yuxtaposición de relatos, de fragmentos, de frases en torno a una tradición, a una lengua, a una materia o a un hecho, produce una densidad literaria que se traduce en sensación de vida. Abel Rodríguez describe la deriva de unas naranjas paraguayas que se mecen flotando sobre el Paraná, después de haber rodado por la barcaza que las trajo hasta el puerto de Rosario. El mismo Paraná en el que se sumerge Zacarías Troncoso, personaje de Oxley, en plena noche de invierno, vestido y con su Winchester colgando, para escapar de la policía que había rodeado la isla donde se escondía. El mismo Paraná sobre el que extiende ahora su mirada Don Frutos Gómez, el comisario correntino de Ayala Gauna, al distraerse de una charla. Una y otra vez nos topamos con la presencia del río. Y así sucederá con cada cosa a lo largo de esta antología y de la biblioteca digital. Incluso con hechos tan fugaces como el toque de una polca paraguaya, que aparece aquí y allá, en uno y otro relato, disperso en la geografía y en las épocas. Es en la reiteración de eso que aparenta ser lo mismo que la literatura desliza su delicado mensaje: el río seguirá corriendo, la polca paraguaya seguirá sonando en estas latitudes aun cuando nosotros, los lectores, ya no estemos. Pero jamás el río será igual a ese río donde flotan las naranjas justo a punto de ser recogidas por los niños y los linyeras; o una polca a esa otra polca que silbó Venancio en pleno campo, sentado sobre un taco de ceibo bajo las estrellas, para que el negro Juan pueda bailar con su compañera, porque él no sabía tocar el acordeón. Esa es la polca de Luis Gudiño Kramer.

Es usual que se defina una literatura por su calidad, por su nivel de experimentación con el lenguaje, por su lugar en la tradición literaria de un país, de un continente, de una lengua. Pero la literatura no tiene una sola cara. Basta percibir el resto que permanece en la memoria después de leer un fragmento, un relato, la antología o la biblioteca digital completa para comprender el valor que tiene esa mezcla repentina de un detalle cómico con una revelación que desconocíamos sobre algún animal o una flor de la zona; o sobre los extintos tranvías, o sobre el comportamiento de las bolas de billar. De allí el impacto que esta literatura tiene en las lectoras y los lectores de la propia región. Una huella sensible y perdurable que cada cual puede llevar a su propio trabajo y a su propia vida.



ciudades,



«Yo carezco de biografía. Mi existencia está desprovista de peripecias y de lances que puedan interesar a otros. No obstante, acaso yo tenga una biografía, cuyos contornos y sustancia no alcanzo a definir. Toda vida, por gris y monótona que se nos antoje, crea una historia», señaló **Mateo Booz (1881-1943)**, seudónimo del escritor Miguel Ángel Correa.

El itinerario de su vida es ciertamente reducido. Nació en Rosario y antes de cumplir los 20 años se mudó de manera definitiva a Santa Fe. En esta última ciudad ejerció el periodismo y fue también gerente de banco y Director general de escuelas. Pero esa «vida gris» consintió, como el reverso de una moneda, una fervorosa e ininterrumpida práctica de la escritura de ficción. «Me estimo largamente pagado de las vigiliadas en procura del vocablo justo, del matiz armonioso, del detalle evocador y de la brega en los archivos, apetente de lo inédito, de la minucia tal vez desdeñable para el historiador y tras la cual, sin embargo, el novelista vislumbra vidas y hábitos, y conflictos y ardientes pasiones de horas pretéritas», confesó Mateo Booz, a quien con toda justicia puede considerarse el primer escritor profesional de Santa Fe. Y uno de sus narradores más reconocidos.

Así lo retrató en su madurez un escritor de la generación siguiente, Luis Gudiño Kramer: «Solía caminar, con aire distraído, absorto en sus recuerdos, por las calles de la ciudad, con su pipa y su aire de buen burgués, y casi todo el mundo lo saludaba, o lo miraba con respetuosa simpatía. Él era el cronista amable de la ciudad». Apreciación que podría extenderse hasta cubrir un amplio sector del territorio santafesino, que incluye las extintas selvas del norte, los campos y los pequeños pueblos del centro y del sur, y también las costas e islas del San Javier y el Paraná.

Mateo Booz debutó en 1919 con *El agua de tu cisterna*, libro al que siguieron *La reparación*, *La tierra del agua y del sol*, *La vuelta de Zamba* y *El tropel*, *La ciudad cambió de voz*, *La mariposa quemada*, *Gente del Litoral* y el póstumo *Tres lagunas*.

El relato «Bar de marineros» pertenece a su libro *Santa Fe, mi país*, publicado en 1934.

Mateo Booz
Bar de marineros

I

Clarence Payne, de la dotación del White Crest, barco de matrícula británica, escruta desde la calle y tras los cristales turbios de las puertas, los interiores iluminados de los cafetines.

Al frente se dilata un descampado tenebroso. Más allá clarea el cinc de los galpones de la Aduana y, en lo alto, se inmovilizan las linternas prendidas a los masteleros de los navíos.

La figura de Clarence Payne asume perfiles grotescos y mudables con las ráfagas de viento que inflan los faldones de su overcoat, comprado en Sidney al finalizar la última guerra.

Frente a cada cafetín parece vacilar, y al cabo sigue andando. Muy bien puede creerlo el policía que, embozado, pasa, lento, en su cabalgadura, uno de los tantos marineros ebrios pululantes por los contornos.

Pero Clarence Payne no ha bebido en todo el día más de tres tragos de ron, brindados por la cantimplora del contramaestre, cuando el guinche remontó el último fardo del yute que trajeron de Calcuta.

Mira ahora, al resplandor de tres bombillas blancas, un letrero:

LIVERPOOL, BAR FOR SEAMEN

Avanza entonces decididamente al cafetín y ocupa una mesa. Antes se despoja del overcoat y, apelotonado, lo pone a su alcance, en una silla.

Clarence Payne es un hombre de edad poco definible —tal vez treinta años, tal vez cuarenta— el pelo de vetas rojizas y la tez curtida por los aires y soles del mar.

Predominan allí las gentes de a bordo y de las más diversas latitudes.

Unas criollas de fachas abominables mariposean por el salón, agasajando a los bebedores, mientras el piano eléctrico vierte su música des-templada y frenética.

Reluce la botellería en el estante; y tras el mostrador de estaño se balancea el bulto de una mujer en el trasiego de la expedición.

Clarence Payne oculta la frente bajo el hule de su visera, y pide un whisky con soda.

Una criolla lo trae, se sienta ante él y le planta una mano sobre el brazo. Él la rehúsa con el sacudón del potro que se desembaraza del jinete. Acostumbrada a esos estilos, la fémina repite sus carantoñas. Pero cuando el hombre bate el puño en la tabla, se aleja con despecho. Va a hacerle compañía a un sujeto bruno, rugoso, de ojos ahuevados, que agarra su bock con la negra diestra desposeída de dos dedos. El sujeto, nauta portugués, sonrío a los dientes rotos de la daifa, y sus pupilas cobran nuevo fulgor.

Clarence Payne clava los codos sobre la mesa y, cercando con las manos enlazadas la copa de whisky, parece soñar.

Al término, tal vez, de una hora, contempla el lugar como recién llegado. Las bombillas pendientes de la rústica viguería ganan un halo con la humareda de los tabacos.

Lee entonces los letreros escritos sobre dos puertecillas ruines; uno dice: Barber Shop; el otro: Private Room for Officers.

Clarence se echa al brazo el overcoat y desaparece bajo el letrero Barber Shop.

Un hombre de continente respetable —mostachos y calva— se despe- reza y coge una toalla. Luego blanquea y descañona las barbas del cliente, que se mira en el fondo de un espejo a medio azogar. En la percha un braguero traza su garabato.

El rapista es veneciano, y posee, por el cosmopolitismo de su parroquia, rudimentos de multitud de lenguas y un ojo adiestrado para descubrir la nacionalidad de los demás.

Chapurreando el inglés, refiere sucesos insignificantes, que su cliente no escucha.

Pero, de improvisto, Clarence Payne interroga:

—¿Y el patrón?

No hay allí patrón, sino patrona. La patrona es la fémina del mostrador. Mujer fuerte para el trabajo y enérgica para gobernar a las muchachas. Dos años hace que regentea la casa. La compró a unos alemanes. Antes el café se llamaba Hamburger Bier Halle; y ella lo rebautizó con el nombre actual. Y está bastante acreditado. Ya saben las tripulaciones que en el Liverpool Bar for Seamen del puerto de Santa Fe encontrarán trato fino y buena mercadería.

Clarence Payne recuerda que horas antes eligió para entrar ese cafetín porque el nombre le evocaba a su ciudad natal. Cuatro inviernos distaba el día que partió de Liverpool para surcar las aguas más remotas y conocer los climas más dispares.

El marinero, mientras el rapista charla, se sumerge como un buzo en el mar espeso de sus meditaciones; y de él asciende con el rostro rasurado.

Vuelve al salón y a la misma mesa. Calla ahora el piano, ralea el concurso y la luz disminuye.

En un ángulo las camareras se agrupan con unos tipos de greñas oleosas y pañuelos al cuello —hijos del país— y todos comentan, bullangueros, unas fotografías de footballers.

Las gentes se van retirando, unos en pareja, al interior, y otros a la calle; y al abrirse la puerta de salida irrumpe el abanicazo de un viento tormentoso.

Suenan unas palmadas en la hondura del salón, y fenecen otras lámparas.

Entonces Clarence Payne paga, se incorpora y levanta su overcoat. Pero no va hacia la calle, sino hacia el fondo. Allí está la patrona, sacando cuentas en un papel, perdidas sus facciones por la contraluz del quinqué que arde a sus espaldas. Junto a ella un gato manotea, divertido y quíromántico, el mazo de cordones para botines que cuelga de un alambre.

El marinero despliega su overcoat sobre el mostrador de estaño, y extrae de los escondrijos del abrigo unos frascos de dulce, unos tarros de tabaco de melaza, unas jocundas zapatillas persas.

La patrona contempla, displicente, los artículos; y apenas él habla, lo

mira desde la penumbra con creciente fijeza. Y dice:

—¡Clarence Payne!

Todo el cuerpo del marinero se contrae como si recibiera un latigazo, y avizora la cara de esa mujer —pecosa, flaca, la nariz afilada como un lápiz y un chirlo serpenteante por la mejilla— y exclama, atónito:

—¡Nancy Funston!

El marinero coge precipitadamente su overcoat para huir y aun dejar allí abandonadas esas mercancías de contrabando. Pero Nancy Funston lo retiene fuertemente de la manga del saco.

—Conversemos, Clarence Payne—invita.

Clarence Payne titubea, alterada su faz por el asombro; y al final, cede, tácito.

Ella imparte órdenes; las tusonas despiden a los greñudos de las fotos, cruzan la tranca en la puerta y desfilan al interior, dando las buenas noches y refistoleando, sorprendidas y maliciosas, a la patrona y al marinero derrumbado en una silla.

El salón se enlobrece más. Solo brilla, humeante, la llama del quinqué. Fosforecen los ojos del micifuz aquietado.

Y Nancy y Clarence, con las mandíbulas en las palmas y las caras juntas, dialogan, sordas las voces, inmóviles los bustos, como en una confesión.

II

El azar ha reunido, en un cafetín portuario de Santa Fe de la Vera Cruz, a los protagonistas de un drama vulgar, de crónica de policía.

La cicatriz que raja la mejilla de Nancy Funston se la infirió él, Clarence Payne, hace cinco años.

Nancy Funston trabajaba en una hilandería de Liverpool, y Clarence Payne, que no era el hombre endurecido y taciturno de ahora, la amaba.

Nunca declaró ella que correspondiera a ese sentimiento. ¿Pero era, acaso, menester que dijera la boca lo que proclamaban las actitudes y los ojos?

Ella se relacionó con un hombre de bigotes teñidos, de cigarros olo-

rosos, de joyas en los dedos y la corbata. El tal caballero la esperaba a la puerta de la hilandería y le hacía regalos costosos.

Atormentado por el dolor y el despecho, Clarence Payne la interpeló.

Ella le refirió tranquilamente su bella fortuna. Aquel señor opulento y enamorado la desposaría y llevaría a viajar por tierras maravillosas. Los padres y los abuelos de Nancy habían sido gentes de a bordo, y natural que ella, recluida en una fábrica de Liverpool, sintiera la sugestión melancólica, ruda e irrefragable que el piélago ejerce sobre los nautas.

Clarence Payne, después de llorar y rogar vanamente, sufrió la instantánea fulguración de la demencia. Vio ella el relámpago de un puñal; gritó y trató de huir. El golpe dirigido al cuello le alcanzó en la cara; y Clarence, sin tiempo de volver la hoja contra sí mismo, se advirtió paralizado por unos brazos poderosos. Y con rabia inútil reconoció en su apresador al que le robaba el amor de Nancy.

Seis meses estuvo en la cárcel. Al salir, buscó a la amada. Pero ella se había embarcado ya con el hombre aquel. Desengañado y torturada el alma, también él dejó Inglaterra. Y desde entonces navegaba de marinero y llevaba en el corazón el nombre y la imagen de Nancy Funston.

La historia de ella no fue menos lamentable. La vida suntuosa y venturosa que le prometieron y deslumbró su imaginación tornose en vida miserable y abyecta. No fue esposa; fue mercancía de tráfico. Después de recorrer las plazas del Brasil, se embarcaron nuevamente. Dios quiso que en el viaje muriera el hombre vil; y Nancy se apropió entonces de una parte del dinero que aquel escondía en bolsillos secretos de su ropa. En el puerto de destino —Santa Fe— compró ese negocio. Y alentó siempre la esperanza de que alguna vez llegara allí aquel Clarence Payne que por mucho apetecerla quiso matarla y matarse, y con quien habría sido tan feliz.

Los dos siguen hablando, sin mudar la postura ni el tono de la voz; y así los sorprende la mañana, que echa una luz lívida por las banderolas.

Y el White Crest, de ocho mil toneladas, sale en lastre ese día, con un tripulante menos, Clarence Payne, que no se hace presente a la hora señalada por el capitán.

III

En el Liverpool Bar for Seamen cantan y pernean ahora unas mujeres livianas de ropas al son gárrulo de la jazz-band. En el Private Room for Officers, rumorea el personal superior de los barcos, con un cubo helado en la mesa y una cancionista internacional en las rodillas. Desde el testero preside a esa Babel un retrato al carbón de Salisbury, rollizo y barbudo.

Nancy Funston está siempre en su puesto, más carnosas las mejillas, más redondo el talle. Dos lavacopas la secundan al presente en la expedición.

Y Clarence Payne vigila al público y el orden de los espectáculos. La racha próspera ha permitido ensanchar y decorar el local.

También se compran allí, sigilosamente, artículos de ultramar sustraídos al rigor de la Aduana. Los dueños de los cafetines vecinos sostienen, con envidia poco disimulada, que los Payne acumulan mucho dinero con su negocio clandestino, aparte del que acumulan con las ganancias del Liverpool Bar.

Ha resultado Clarence un hábil director de music-hall: Contrata en Buenos Aires artistas apropiadas al gusto de su clientela, gentes que arriban a veces al puerto de Santa Fe con el afán de treinta días de navegación sin escalas.

De noche, ya solitario el salón y cerradas las puertas, torcidos sobre el mostrador y juntas las cabezas, revisan el dinero recaudado y la cinta de control de la caja registradora.

Satisfechos, se recogen. En la habitación hay una cama matrimonial y unas camas pequeñas. En estas duermen tres chiquilines rubios, cuyos nombres consigna la libreta del Registro Civil que Nancy guarda en su baúl.

Clarence tuesta con un fósforo los mosquitos merodeantes en derredor de sus vástagos. Al resplandor de la llama suelen los insectos pintar en el muro una sombra desmedida.

Persígnanse, se acuestan y matan la luz. Frecuentemente, en la obscuridad, aletea el susurro de sus palabras y fulge el ascua de un cigarrillo.

Marido y mujer hablan del porvenir de esos chiquilines, a quienes reservan una vida superior a la vida de sus padres. Harán de ellos tres ma-

rinos que alguna vez comandarán buques de comercio de alto tonelaje. Los mantendrán alejados del Liverpool Bar, y todavía adolescentes irán a estudiar a una escuela náutica de Inglaterra. Para eso sus padres ganan dinero, y para eso trabajan. Nancy está conforme; es eso lo mejor; pero tiembla, apretada contra el flanco de Clarence, al pensamiento de separarse alguna vez de sus hijos.

Y son dichosos. Y agradecen al cielo el bien infinito de haberlos juntado, después de tantas penalidades, en los caminos del mundo.

IV

El Liverpool Bar estuvo aquella noche muy animado. El concurso aplaudió furiosamente a las cancionistas y vació considerable cantidad de botellas. No era esto imprevisto: los diques se abarrotan de vapores para llevarse con el trigo de la nueva recolección.

La atmósfera se vicia con los alientos, la transpiración y los tabacos de los parroquianos ya ausentes. Solo queda un hombre, de bruces, con la testa reposada en los brazos. Clarence Payne le golpea un hombro; pero el durmiente no cambia de posición ni da señales de despertar. Habrá, entonces, que sacarlo a la rastra, y una vez en la acera se marchará, haciendo eses, a su barco. Lo de siempre...

Y mientras Nancy mueve los resortes de la caja registradora, Clarence ase por las axilas al parroquiano. Este, un negro corpulento y musculoso, no opone resistencia alguna. Sus zancas se desbaratan, como de trapo, y la cholla lanuda bambolea.

—¡Formidable borrachera! —conjetura Clarence—. El fresco de la noche lo despabilará.

Y avanza trabajosamente con su carga y ya está próximo a la puerta, cuando percibe un olor pastoso, acre, erizante, y un líquido tibio le moja los dedos de una mano.

Lanzando un grito, suelta su presa; el negro rebota, supino, en las tablas del suelo. Acude Nancy. El negro, amoratado e inerte, tiene un puñal en el corazón.

La policía interviene. El negro pertenecía a la tripulación del Saslios Pandelis, velero de bandera griega. Era un senegalés, boxeador, que a puñetazos imponía su voluntad despótica entre los compañeros. Ya estaban, de consiguiente, orientadas las investigaciones.

El propietario del café donde asesinaron al negro continúa detenido. Ya un rábula ha interpuesto recurso de habeas corpus.

Por los corredores de la Jefatura de Policía un pesquisante pasea cavi-
loso, repitiendo:

—Clarence Payne... Clarence Payne... Clarence Payne...

Y revuelve un armario y, por último, saca, triunfante, unos papelotes.

—¡Con razón me sonaba el nombre de este sujeto! —dice a sus colegas—. Su captura está recomendada en una orden del día de la Policía de la Capital Federal, de hace siete años.

Clarence Payne no se sobresalta. Es un error, sin duda. Siete años atrás él navegaba en el White Crest.

Nancy comprende también que hay un error; pero la autoridad le inspira un temor supersticioso. Disponen de dinero. Y el rábula va a Buenos Aires, indaga y vuelve.

La orden de captura ha sido expedida, en efecto, contra Clarence Payne, entonces de veintinueve años de edad, natural de Liverpool, y a requisición de la cancillería británica. La justicia de su país lo ha condenado a diez años de cárcel por tentativa de homicidio y desfiguración de rostro de Nancy Funston, entonces de veintidós años de edad, obrera hilandera, también natural de Liverpool. Mientras se substanciaba el proceso, Clarence Payne fue libertado condicionalmente, sin que se presentara después a cumplir la pena, lo cual agrava su situación.

Clarence Payne palidece, silencioso y tétrico, ante la noticia jamás prevista que destruye su felicidad y su existencia.

Nancy Funston, empavorecida, gime y se retuerce las manos, y a su inmensa desesperación agrega el remordimiento de sentirse culpable del delito que se castiga tan implacablemente en el hombre amado.

Y dos agentes del Scotland Yard llegan a Buenos Aires y reciben de las autoridades del país al reo Clarence Payne, con las manos esposadas.

V

El café de los Payne ya no ofrece los atractivos ni la atención celosa que lo afamaron. No hay música. Solo suena, a pedido especial, el piano eléctrico.

Detrás del mostrador sigue Nancy Funston, más desjugada, los ademanes lentos y los ojos vagos, con el automatismo de la caja registradora. Tres chiquilines rubios travesean por los rincones.

Naturalmente, los hombres de mar prefieren ahora otros establecimientos. Y la prosperidad ha huido del Liverpool Bar for Seamen.



«Mis críticos literarios, salvo unos pocos, han pasado por alto el aspecto más interesante de mis últimos libros. Como ellos no lo dicen, o no lo han visto, será necesario que yo lo señale, sin falsa modestia. Mi literatura tiene un valor esencialmente documental», apuntó **Alcides Greca (1889-1956)** desde su celda en la prisión de la isla Martín García, en 1934. Fue uno de los tantos militantes del radicalismo Yrigoyenista que cayó preso tras el golpe de estado del General Uriburu en 1930. La escritura lo ayudó a soportar esa forzada tregua en una vida signada por el movimiento, el trabajo y un prodigioso olfato para la novedad.

Los 44 años que tenía Greca al momento de caer preso le habían bastado para crear dos diarios, *El mocoví* y *La pura verdad*, en su San Javier natal; ser electo diputado y senador por la provincia y diputado a nivel nacional; fundar y dirigir, ya en la ciudad de Santa Fe, los diarios *El paladín del norte* y *La palabra*, este último predecesor de *El litoral*; obtener el título de Doctor en Derecho en la Universidad de La Plata; recorrer gran parte de la Argentina y de Latinoamérica; publicar tres libros, *Viento norte*, *La torre de los ingleses* y *Cuentos del comité*, que lo situaron entre los pioneros de la narrativa santafesina; y, finalmente, fundar una productora de cine, Greca Films, con sede en la avenida Pellegrini 1655 de Rosario, a través de la cual realizó *El último malón*, uno de los hitos fundadores del cine argentino.

Al salir de prisión Greca concentró sus actividades en Rosario. Trabajó como docente y colaboró con el diario *La Capital*. Publicó otros dos libros: *Tras el alambrado de Martín García* y *La pampa gringa*. Al jubilarse adquirió una chacra en las cercanías de Oliveros y consagró los últimos años de su vida al cultivo de la huerta y el jardín.

El relato «Día de audiencia» pertenece a su libro *Cuentos del comité*, publicado en 1931.

Alcides Greca
Día de audiencia

El vestíbulo, el patio, la salita y el zaguán rebosan de correligionarios. Algunos esperan turno en la vereda. La gente del tranvía suele preguntar:

—¿Algún muerto?...

—No. La casa de un diputado.

Me desperezco en la cama. Mientras leo los diarios hago encender el calentador del baño. Me levanto sin mayor apuro. Empiezo a acicalarme.

Años atrás, habría corrido. Me hubiese puesto nervioso al saber que cien personas, cien desesperados, me esperaban ahí, pared por medio. Son doscientos ojos que miran con ansias infinitas la puerta del escritorio, a la espera de que asome la pelada del señor diputado, y diga, como en las peluquerías:

—Pase el primero.

Terminada la toilette, tomo reposadamente el desayuno. Viene De Salustio, que oficia de secretario.

—Está una comisión del Comité del Matadero. Está Picirielli con el hijo. La mujer de Bermúdez quiere una recomendación para Córdoba. Hay tres mangueros. ¡Ojo con Rinesi! Parece que quiere una firma para el banco.

Mi mujer me apura.

—¡Pero, hombre! ¡Movete! ¡Pobre gente!

En este momento, quizá por un fenómeno subconsciente, me estoy desquitando de la injuria de las largas esperas en los ministerios, en el despacho presidencial.

Por fin, termino. Son casi las diez. Hay gente que está desde las siete.

De Salustio anuncia que el señor diputado empezará a atender.

—Pase el primero.

Saludos y sonrisas desde la puerta a los más próximos.

—Disculpen si los he hecho esperar.

—No es nada, doctor. No es nada.

Todos están contentos. El hombre-providencia ha abierto sus puertas. El problema del porvenir está resuelto. El cielo ha descendido hasta la calle Córdoba.

Entra el ciudadano Stella. Quiere un puesto en el correo. Hace meses que no trabaja.

Tomo de encima del escritorio una pequeña libreta.

—¿Cómo se llama?

—Fermín Stella.

—¿Dónde vive?

—Catamarca 2045.

Arriba pongo con letras gordas «Correo», subrayado, para que el candidato vea.

La libretita mágica vuelve a su sitio, hasta que llega un nuevo postulante. Generalmente, después de la audiencia, queda cerrada hasta la otra próxima.

Sigue el desfile... Honorio Pizarro: un puestito en la Aduana. Pongo en la libreta: «Aduana», como antes puse «Correo». Alfredo Galli, y su hijo que no quiere estudiar: gestiones para que ingrese en la Armada. Artemio Díaz: que se apresuren los trámites para su jubilación. Se hace una carta al presidente de la Caja. Anselmo Benítez: la firma para un banco. No hay caso. Benzaquén: el traslado de un conscripto de Diamante a Rosario. Arturo Resolani: la defensa de un hermano preso. Zacarías Godoy: puesto de maestra de labores para una hija. Isaías Curley: garantía para sacar a plazos un automóvil. Después de discutir... caemos en el lazo. María Brancati: recomendación para que despachen un expediente en el Banco Hipotecario. José Marcos Molina: quiere librarse de la conscripción. Cayetano Albanesse: puesto de peón en Puentes y Caminos. Jorge Rodrigo: cama en un hospital y recomendación para el médico de la sala. Manuel

Romero: que le dé una orden para que le despachen una receta en mi farmacia. Antonio Ravasio: que le averigüe las condiciones para ingresar en la Facultad de Agronomía. Salustio Salas, Paúl Marcos, José Bendicente: puestos de peón en Obras Públicas. Margarita Bordes: una beca para su hijo. Juan Birlanga: protesta porque el presidente del Comité de Alberdi no lo atiende en sus pedidos. Romualdo Yralagoitia: que lo ayude a pagar el alquiler del subcomité que preside. Antonio de la Colina: recomendación para el ministro Abad. Rodolfo Goicochea: un par de pesos para desempeñar un traje... Clotilde Narvaez: recomendación para que el ecónomo del Hospital Centenario le dé las sobras de las comidas... a fin de criar unos chanchos...

Tres de la tarde.

—De Salustio. Tome nota de los que aún no han podido pasar. Dígaless que vengan esta noche a las siete. Los recibiré a todos... Vámonos a comer. Después, contestaremos las cartas, si es que nos dejan.

Hay uno que insiste.

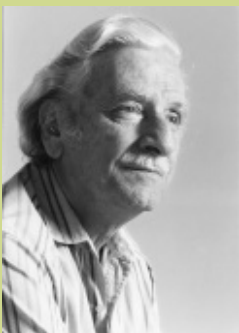
—Dotor... Es sólo una palabrita...

—Bueno. Pasá.

—Deme un pesito, dotor.

—¿Y para esto te estuvistes toda la mañana?

—¡Qué quiere, dotor! La necesidá... Gracias. Cuente siempre conmigo.



«En Rosario nací, en una calle de barrio, a diez cuadras del río, a diez del centro, a diez del parque. Aquí empecé a escribir —12 o 13 años y ya en una mesa, una silla y una ventana—. En 1948, mi primera obra; en 1956, mi primera novela. La docencia como “segundo oficio”, y siempre escribiendo, queriendo escribir, descubriendo, intentando descubrir. La noche como sitio y vivir, mirar, oír». De esta forma se presenta a sí mismo **Jorge Riestra (1926-2016)**.

Noctámbulo y andariego, Riestra no tardó en descubrir los billares rosarinos, la bohemia en la amistad, las prolongadas caminatas solitarias. Un riguroso trabajo de escritor le permitió capturar en su literatura el habla y los sentimientos de un mundo que comenzaba a desaparecer. *Salón de billares* y *El taco de ébano*, dos de sus libros más populares escritos a comienzos de 1960, le dieron una inmediata proyección nacional. La década siguiente, de 1970, lo encontró junto a Rodolfo Vinacua trabajando bajo las órdenes de Rubén Naranjo en el Departamento de Publicaciones de la Biblioteca Popular Constancio C. Vigil. La intervención de la última dictadura militar precipitó el cierre de esa importante editorial. Riestra se volcó entonces a la escritura de su libro más ambicioso, *El Opus*, que salió a la luz en 1986. Con esta «novela a la vez experimental y realista, paródica y coloquial, popular y culta», según Luis Gregorich, obtuvo el prestigioso Premio Nacional de Literatura.

Riestra publicó su primer libro, *El espantapájaros*, en 1950, a los que se sumaron, por fuera de los ya mencionados, *Principio y Fin*, *La ciudad de la Torre Eiffel*, *A vuelo de pájaro* y *La historia del caballo de oros*.

El relato «El taco de ébano» pertenece a su libro *El taco de ébano*, publicado en 1962.

Jorge Riestra
El taco de ébano

I. El florero de Landa

Cada vez que Landa aparecía por el café —todas las tardes, por otra parte— y se ponía a jugar al casín con aquel maravilloso taco de ébano que había sido el único legado, además de las ropas, del inolvidable Corrales, Iriarte decía que ese era demasiado taco para tan poco hombre. Nadie sabía por qué, hacía ya tres años, había ido ese taco a parar a manos de Landa —un sujeto más bien bajo, panzón, con sangre de pescado, por quien nadie preguntaba jamás, indiferente a medio mundo—, pero desde hacía también tres años Iriarte repetía puntualmente aquello del taco y el hombre. Nadie lo escuchaba ya; lo que en un tiempo había causado asombro era ya una especie de sermón breve y apagado que Iriarte repetía sin sacarse el cigarrillo de los labios y mirando hacia el lugar donde había puesto los ojos, ni tan siquiera hacia la mesa donde Landa jugaba y transpiraba también puntualmente. Mingo solía aventurar, en nuestra rueda chica, que lo que sentía Iriarte era nada más que envidia por aquel famoso taco y cuando se le soltaba la lengua agregaba que aquello terminaría mal, mal para Landa, que bien parado llegaba apenas hasta el segundo botón de la camisa de Iriarte, empezando a contar de abajo, por supuesto.

—Lo tiene entre ceja y ceja —decía. Esto decía el Mingo, que era el más joven de nosotros.

Nosotros teníamos veinte años y ellos, los de la mesa de Iriarte, cuarenta. Digo cuarenta porque resulta cómodo y porque cada vez que uno imagina un hombre hecho y derecho de café no tiene más remedio que darle cuarenta años, o sea, una suma respetable de días y de noches pa-

sados alrededor de cualquier mesa nueva o vieja de billar. Nosotros teníamos veinte años y aprendíamos lentamente y quizá mal lo que ellos sabían tan bien: no solo a jugar al casín, sino simplemente a vivir allí con tanta naturalidad como en casa. Esto era así, y entonces, a causa de una mezcla de suficiencia y de esa madurez que a veces improvisan los jóvenes, la única respuesta que recibía el Mingo era un encogimiento general de hombros. Con esto queríamos decir que no creíamos que tal cosa llegara a ocurrir, o que si llegaba a ocurrir poco nos importaría, o que si llegaba a importarnos no sería la primera vez que don Luna, el dueño del café, enorme, macizo, apoplético, ponía fin al cruce de palabras o al forcejeo con cuatro gritos bien pegados desde el mostrador. Un día le dijimos al Mingo que cerrara el pico.

Una tarde, sin embargo, Iriarte no lo dijo. Y fue esa, justamente, la tarde en que obró, como si aquellas seis palabras hubieran sido el sucedáneo de la acción, casi la formidable manea que le había impedido, a lo largo de tres largos años, pararse, ajustarse el cinto, acercarse a Landa y proceder. No lo había dicho, por lo menos, esa tarde todavía —y llevaban, él y todos, ya dos horas allí mirando y charlando, y hacía también dos horas que Landa estaba jugando un poco más allá contra un par de jubilados por cinco pesos la partida— cuando empujó hacia el centro de la mesa el pocillo vacío de café, dejó caer el pucho y se paró. Le bastaron diez pasos porque fue hacia Landa como si hubiera estado caminando por el parque, así de sereno, de parsimonioso, de inmutable. Caminó esos diez pasos y se detuvo, y estaba al borde de ese cuadrado de tres baldosas de lado desde el cual Landa, en ángulo recto sobre la mesa de casín, se disponía a tirar.

—Landa —dijo Iriarte.

Cuando Landa levantó los ojos y atrás la cara, ya los dos sopapos volaban hacia él dibujando un ocho en el aire. Nosotros nunca habíamos imaginado que dos sopapos bien dados pudieran ser tan sonoros como para que cien personas que no estaban ni muertas ni dormidas diesen vuelta la cabeza y buscasen. Lo que vieron fue una estampa petrificada, un momento de la vida del café inmovilizado en una fotografía en cuyo eje Iriarte parecía estar meditando, quieto como un eucalipto y con la testa

gacha, como si aquel, continuando con el paseo por el parque, se hubiera detenido a contemplar una procesión de hormigas o a leer un trozo de diario arrastrado por el viento. Los que no sabían que Landa, un segundo antes, había estado allá, parado junto a Iriarte, no pudieron verlo porque Landa, casi incrustado debajo de la otra mesa de casín, allí estaba todavía, como empollando huevos.

Iriarte siguió con su meditación, y aguardar que dejara de meditar o de leer habría sido un disparate. El que no lo esperó, por lo menos, fue Landa: se levantó gateando, descolgó el saco de la percha y se lo fue poniendo mientras se dirigía hacia la puerta. Todavía, estirando el cuello, lo vimos cruzar el claro rectángulo de la vidriera y desaparecer.

El taco de ébano había quedado sobre la mesa, apuntando el cabo — como un índice acusador — hacia el sitio por el que había salido o escapado su dueño. Fue el mismo don Luna el que vino a retirarlo — Iriarte podía ser cualquier cosa menos un aprovechado — y nosotros, con un poco de rabia o de añoranza, vimos cómo lo guardaba en la taquera reservada que estaba detrás del mostrador. En tanto, no dejamos que el Mingo se ufanara de su éxito. Dimos por sentado que Landa volvería, y más tarde reclamamos el apoyo de Perfumo, que era íntimo de Iriarte.

—Andará unos días por ahí, hasta que se le pase la vergüenza; después volverá —dijo Perfumo, que sabía.

Y así fue, por lo menos en lo que respecta a la primera parte de la sentencia. Durante dos semanas Landa ni se asomó por el café y entonces, aprovechando la ausencia del propietario, que ni lo mostraba por miedo a que se lo gastaran con la mirada, no fuimos solamente nosotros, los muchachos, los que pasábamos de tanto en tanto por la taquera para palpar el taco que había hecho célebre al gran Corrales —o viceversa—. También ellos —incluso Iriarte, que tenía tanto silencio que compensar— solían reunirse junto al mostrador para charlar, en presencia del taco, de aquello que el taco, a su vez, había presenciado. Era fácil descubrir que a todos nos parecía preferible que ese taco enmudeciera para siempre allí, a que siguieran manchándolo impunemente las manos chapuceras de Landa.

De este modo nos olvidamos de Landa, y no del taco. Pero a los quince días justos Landa, si no con su persona, sí con su recuerdo, se tomó la

revancha, aunque no pudo gozarla. Nosotros no nos enteramos por los diarios de lo que bien podía catalogarse como accidente, desgracia o estupidez. Fue Ariotti quien, la misma noche del asunto —era sábado y uno podía estar seguro de que podía caer al café a cualquier hora y encontrar siempre a alguno—, contó no lo que había visto sino lo que había oído, porque ese miserable retrete tenía una hendidura para meter la nariz a una altura a la que solo la nariz de Iriarte podía llegar sin usar la escalera —y él no era Iriarte, lo repitió diez veces, sino Ariotti, que en posición de firmes y calzado con zapatos alcanzaba con la yapa el metro y cincuenta y seis centímetros de estatura—.

Llegó pálido, despeinado, con la manga derecha del saco desgarrada, y habló tanto de ese retrete en el que había estado tres horas que al final a nosotros nos pareció que él también olía. Negó, claro, y como tenía que explicarse, porque un retrete así no es algo que viene hacia uno sino que uno lo busca por algún motivo, dijo que venía de una partida de pase inglés que se había armado en una casa de la avenida Arijón. Refirió que a eso de la medianoche había salido un momento al patio para contar la plata que le quedaba y que fue entonces cuando escuchó el barullo, la desbandada. Dijo que él era capaz de olfatear a la policía cuando el sub-comisario está tratando todavía de reunir los cinco hombres que, por lo menos, le hacen falta para la redada, y que en efecto la olfateó. Fue en ese instante cuando vio, debajo de la escalera de material, la puertita, lo que después resultó ser ese retrete medianamente abandonado en el que un flaco de pie podía caber medianamente incómodo, pero en el que un sujeto agachado corría el riesgo de rozarse no precisamente la cabeza. Dijo que ver la puertita entreabierta y zambullirse allí fue una sola y misma cosa. Pero que antes vio que también Landa salía disparando.

—¡Caracho! ¡Landa! —exclamó, golpeándose la frente.

—¿Landa, qué...? —le preguntamos.

Repitió que él no lo había visto porque ese retrete no era como la platea del Cinerama, que tampoco había visto, pero que escuchó a Landa subir la escalera y atrás a un desconocido que era correntino, pero que si era correntino tenía noventa y cinco posibilidades sobre cien de ser agente de policía, que gritó «¡Alto!», y que Landa, casi arriba, gritó «¡No!», y que

el otro, el correntino, gritó:

—¡Alto o tiro!

Ariotti dijo que él no lo había visto porque lo que en ese momento él hubiera hecho habría sido no empinarse sino exactamente lo contrario, pero que Landa, ya sobre el borde de la terraza del vecino, debió tropezar o marearse o perder pie y que se desbarrancó como una mula. Dijo que él no lo había visto, pero que escuchó el golpe seco de Landa contra el piso de la otra casa.

—¡No! —dijo Ariotti que gritó Landa cuando caía.

Fue la última palabra que dijo. Estuvo veinticuatro horas en la sala general de la Asistencia Pública, inconsciente, con los ojos cerrados y duro como una tabla. De la sala general pasó en una camilla a la morgue, y de la morgue, tres días más tarde, en el camión fúnebre de la Comuna, a la fosa común del cementerio La Piedad. Nadie se presentó a reclamar sus posibles bienes; menos, su cuerpo. Trejo, que olisqueaba a veces por los Tribunales, contó que en la habitación que alquilaba Landa no se había encontrado más que lo justo para pasar el invierno; ni una carta, ni un recuerdo de familia, ni una miserable fotografía que demostrara que algo lo había unido a alguien en este mundo. Dijo después que en el estante superior del roperito, junto a una raída gorra a cuadros, habían encontrado un florero con una rosa artificial y que alguien, el secretario del Juzgado al parecer, se había reído porque en ese trozo de páramos con olor a encerrado, en medio de esa falta de lo más elemental, había una rosa perfumada; porque era de allí de donde venía el perfume.

—O a lo menos parecía —dijo Trejo.

Porque el comisario había sacado la rosa y resultó que no era la rosa la que olía, sino el florero. Y cuando el comisario sacó el florero de su sitio y lo miró de cerca vio que un hilo blanco de coser colgaba del borde, diez centímetros de hilo casi invisible extrañamente suspendido, laxo. Fue el mismo comisario, dijo Trejo, quien casi sin darse cuenta tiró del hilo, y lo que le mostró entonces al secretario, sin palabras, boquiabierto, fue un billete nuevito de mil pesos arrollado como un caracol y densamente perfumado.

—Pobre tipo. Debía de sacarlo todas las noches y aspirar el perfume

—dijo Trejo que dijo el secretario.

A Iriarte, con todo esto, no se le movió uno solo de los muchos pelos que tenía. Pese a que esa tarde, rato después que Trejo había terminado de contar, Perfumo le había dicho, martilleando un dedo en el aire tal cual habíamos visto que hacía el fiscal en las películas:

—Che, Iriarte. Si se ponen a escarbar, pueden acusarte de asesinato.

Y esto venía al caso o no venía porque Bertolino, entre comentario y comentario, había deducido que si no hubiera sido por aquellos dos sopapos que lo habían mandado a buscar petróleo debajo de la mesa, tal vez Landa no hubiera caído esa noche a aquella casa de la avenida Arijón; porque aparte de jugar al casín con o contra un par de jubilados, y por cinco pesos la partida y uno cincuenta la mosca, no se le había conocido a Landa ninguna afición por ningún juego, por lo que había que descartar que se le hubiera despertado justo como para arrimarse a una partida de pase, sabiendo que las monedas habían sido radiadas del uso en esos círculos y que cualquiera que quisiese tener siquiera un segundo los dos daditos en la mano tenía que poner antes sobre la mesa un verde de cincuenta, fuera nuevo, viejo o emparchado.

Iriarte fue el que más se rió de estas conjeturas pero el caso fue que, entre una cosa y otra, ninguno recordó que habiendo muerto Landa sin herederos a la vista el taco de ébano venía a convertirse en una especie de bien vacante, en algo de lo que alguien, alguna vez, tendría que apropiarse si seguía depositado en el café y a nosotros no nos dispersaba un nuevo diluvio universal. Sin embargo, el que no lo había olvidado había sido justamente Iriarte, quien, calladito, al día siguiente llegó al café más temprano que nunca y lo abordó a don Luna sin mucho prolegómeno. Lo que lo excusaba a Iriarte era que él sabía mejor que nadie que a don Luna le era tan imposible guardar un secreto como adelgazar. Y así fue. Don Luna lo contó dos horas más tarde, amparándose en aquello de que a él le gustaban las cosas claras; a lo que un vivillo, torciendo la boca hacia el auditorio, replicó que con razón, en el tiempo en que en el café se despachaba vino al mostrador, don Luna le echaba tanta agua al tinto.

Don Luna contó que Iriarte le había pedido el taco de Corrales.

—¿El taco de Corrales? El de Landa, querrá decir —había dicho don Luna—. ¿Y por qué?

Iriarte había dicho que él le había llevado muchas veces la valija a Corrales. Cuando Corrales iba a los clubes a dar exhibiciones y en la valija llevaba el smoking, el taco y las bolas de marfil.

—¿Pero de qué época me está hablando? —había dicho don Luna—. ¿Del cuarenta?

Iriarte había dicho que le compraba el taco.

—Pida —había dicho Iriarte.

—No estoy en la miseria —había contestado don Luna—. Pero tampoco soy egoísta. Vamos a esperar treinta días. Si dentro de treinta días no viene nadie a reclamarlo, el taco es suyo.

Perfumo refirió después que, esa misma tarde, Iriarte se consiguió un almanaque de bolsillo y que todos los días, al llegar al café, lo primero que hacía era hablar con don Luna y lo segundo, cruzar con lápiz rojo un numerito. A nosotros nos llevó trabajo descubrir el almanaque, no solo porque era casi tan pequeño como el ala de una mariposa, sino porque, en realidad, no era un almanaque: tan solo dos hojitas de un almanaque, y ni tan siquiera dos hojitas sino dos pedacitos de hojas unidos por los bordes con engrudo: el que abarcaba desde el veinticinco al treinta y uno de marzo, y el otro, mucho más grande en relación, que comprendía desde el primero de abril al veinticuatro. Nos dio trabajo pero se lo descubrimos, el almanaque y el lápiz, un meñique rojo todo mordisqueado en la punta mocha, mordisqueado por Iriarte, allí, en el café, y no por el sobrinito que podía habérselo prestado. Aunque ya antes habíamos notado que Iriarte solo tenía ojos para la puerta de calle, y que cuando algún desconocido se acercaba a conversar con don Luna los dos ojos se convertían en uno solo, redondo, dentado y violento, que latía como un enorme corazón. Porque eso era lo único desmedido que había en todo el asunto: la preocupación que lo consumía a Iriarte entre cruz y cruz, tan patente y penosa que Perfumo solía decirle, en tanto le palmeaba la espalda: «Vamos, Iriarte. Vamos...».

—Decime: ¿cuánto es treinta menos diecisiete? —le preguntó una tarde Iriarte. Esto lo contó Bertolino once meses después.

—Trece —contestó Perfumo.
—¿Estás seguro? —dijo Iriarte.
—¡Caray! —respondió Perfumo.
—Y trece ¿es mucho o poco? —siguió Iriarte.
—Depende —dijo Perfumo.
—Contestá —lo apuró Iriarte—: ¿Es mucho o poco?
—Bueno, poco —dijo Perfumo, rabioso.
—Así, sí —dijo Iriarte y volvió a mirar hacia la puerta.

Todo esto pasó —y así suele suceder: uno cree que el destino está removiendo la tierra para sembrar flores en el cantero que pisamos, cuando lo que hace es empezar a cavarnos la tumba— y al fin de esos treinta días, a las tres de la tarde de aquel 24 de abril, Iriarte se dirigió hacia don Luna y le mostró las dos hojitas prolijamente cubiertas de cruces coloradas. Nosotros estábamos detrás, a tres metros de Iriarte y a cuatro de don Luna, que estaba detrás del mostrador.

—Vengo a buscar el taco, don Luna —dijo Iriarte.

Don Luna ni miró el almanaque, las hojitas. Dijo que no le hacía falta mirarlo porque un hombre de palabra tiene una sola palabra y que a él, como todos lo sabíamos, le gustaban las cosas derechas; a lo cual el vivillo de la otra vez volvió a replicar que no se explicaba entonces por qué don Luna, cuando volvía del hipódromo los domingos, daba tres pasos sobre el cordón de la vereda y tres abajo.

—Venga. Pase —dijo don Luna.

Iriarte pasó y don Luna abrió la taquera, sacó el taco de ébano y se lo entregó. Iriarte palmeó al taco tal como se le hace a un pura sangre, suavemente y hablándole en voz baja.

—No lo haré quedar mal, Corrales —dijo luego, alzando la voz y mirando hacia arriba, como si hubiera habido alguna posibilidad de que Corrales estuviera descansando en las alturas.

II. Iriarte, o los negocios

Fue a los quince días cuando Iriarte apareció con el Dodge 36. Lo paró frente a la puerta del café y desde allí pegó el grito —y allí lo vimos, como fijado en una estampa que simbolizara el Día Universal de la Salud—. Después, mientras lo mostraba, se explayó. Dijo que era de él, aunque en cierta manera no lo era; o viceversa. Contó que Niceto, su hermano —y ahí nos enteramos de que tenía un hermano—, lo había comprado para que él saliera a vender seguros por la campaña, porque Niceto estaba firmemente dispuesto a orientarlo en esa profesión para la que él, según decía Niceto, estaba maravillosamente dotado. «Suban», dijo luego; subieron cinco o seis y apenas Iriarte puso la primera, el Dodge estaba por la esquina, escupiendo humo. Cuando volvieron: «Que suban otros», dijo Iriarte sin bajarse. Así fue, y pocas veces nos reímos tanto y anduvimos tanto en auto como en esos días. Solo Bertolino fue una sola vez y se negó a repetir la experiencia. Contó que Iriarte lo había encontrado camino del café y que, al tomar una curva de la Costanera a setenta kilómetros, habían estado a punto de investigar cómo era por dentro un palo borracho, y que si no lo habían investigado había sido únicamente porque ese palo borracho era un poquito más flaco que todos los palos borrachos que él, Bertolino, había visto en su vida; porque si no, dijo, habrían terminado por hacerlo. Nosotros seguimos riéndonos, esa vez de Bertolino que, encogido en la silla y meneando un dedo, decía: «A mí no, a mí no»; pero la risa se nos cortó como un hilo cuando Iriarte, después de seis días de respuntear para arriba y para abajo todas las calles de la ciudad, confesó, elogiándose, que hacía exactamente una semana que había aprendido a manejar.

El caso fue que Iriarte, un mes y medio después de haber aparecido con el Dodge, salió en su primera gira como vendedor de seguros. Pero antes pasó por el café.

—Mi taco, don Luna —dijo, y no se había sacado ni el piloto. Recogió al vuelo las miradas de asombro, porque las palabras sobraban—. El que trabaja tiene también derecho a distraerse ¿no? —dijo.

Estuvo un mes y medio afuera y volvió. Pasó quince tardes en el café

derrochando dinero y buen humor y volvió a partir con el taco de ébano bien acostadito a su izquierda en el asiento delantero del Dodge. El Dodge estaba como si no lo hubieran tocado: reluciente, dócil, bien regulado, sin la menor huella, ni por fuera ni por dentro, de la más mínima mota de polvo, salpicadura de barro o abolladura del granizo, como si hasta los caminos de chacra del país hubieran sido especialmente pavimentados para que el Dodge pasara.

—Había resultado cuidadoso Iriarte —comentó Peire, que en un tiempo había sido mecánico.

Fue el Turco Yale el que nos puso en la pista. El Turco Yale vendía ropa interior para hombres en la misma zona por la que Iriarte ejercía su don de persuasión y su facilidad de palabra. Llegó dos días después de la partida de Iriarte y contó que Iriarte era muy conocido en toda la línea Venado Tuerto-Río Cuarto-Córdoba.

—Quién hubiera dicho que le gustaba tanto trabajar... —dijo Perfumo, que tenía más derecho que nadie a sorprenderse.

—¿Trabajar...? —dijo el Turco Yale. Explicó que él no había querido referirse a esa palabra, sino a que Iriarte estaba haciendo tabla rasa con todos los jugadores de casín de la línea Venado Tuerto-Río Cuarto-Córdoba. Eso había querido decir, y no lo otro, por supuesto—. Si sigue así, pronto le va a hacer falta un manager —continuó—. Se está llenando de oro.

Cuando Iriarte volvió por segunda vez, se lo preguntamos. Se lo preguntó Perfumo, que seguía teniendo derecho. Iriarte habló con la seguridad de un folleto de propaganda, mejor todavía. Sacó un lápiz automático, un papel con membrete, hizo números. Dijo que uno hace un segurito aquí y otro doscientos veinticinco kilómetros más allá, pero que uno encuentra una mesa de casín cada treinta kilómetros.

—Sacá la cuenta —concluyó, abriendo los brazos. Perfumo dio muestras de no haber entendido.

—Pero entonces ¿no vendés seguros? —dijo.

—Todo llega —contestó Iriarte. A Perfumo, esos enigmas lo sacaban de quicio.

—¿Y Niceto...? —preguntó. Iriarte suspiró.

—Lo tiene mal esa bendita úlcera —dijo luego.

—No —dijo Perfumo—. Quiero decir qué dice Niceto de todo eso.

—Nada, ¿qué va a decir? —replicó Iriarte—. Él siempre dijo que para vender seguros, lo fundamental es relacionarse.

Estuvo otra vez con nosotros quince días y partió. El Dodge seguía hecho una pintura, y como nosotros todavía teníamos en los bolsillos algún importado que nos había dejado Iriarte, apenas el Turco Yale apareció por el café fuimos nosotros los que lo encaramos. Contó que Iriarte no solo era conocido sino que era ya todo un personaje, y no solo en la línea Venado Tuerto-Río Cuarto-Córdoba, porque había extendido su campo de operaciones, de modo que en todo ese ángulo de no sabía cuántos grados cuyo otro lado era la ruta Córdoba-San Francisco-Santa Fe, decir «viene Iriarte» significaba provocar un revuelo del que ni se salvaban las gallinas; y el Turco Yale explicó que Iriarte también aceptaba apuestas en especie, previa tasación y depósito, y que lo que ganaba aquí lo vendía diez minutos más allá, por lo que había pensado en comprarse un furgoncito. Porque esa vez el Turco Yale lo había encontrado en Bell Ville, habían cenado juntos y cambiado ideas acerca de la manera de organizar más racionalmente el sistema de trabajo; y así dijo textualmente el Turco: «el sistema de trabajo, la producción».

—Estuvimos de acuerdo en que ya no puede seguir adelante sin un administrador —agregó luego. Fue más tarde cuando comentó que vender calzoncillos en el interior de la república era una ocupación muy venida a menos.

Iriarte estuvo, esa vez, dos meses afuera. Al fin volvió, pero no en el Dodge, sino en un Ford 47 que tenía un pique digno de un coche de carrera y provisto de un portaequipaje superior que recordaba una jaula para leones, así de alto, de espacioso, de sólido, por lo menos. Nos explicó que el Dodge había sido para él como un amigo de la infancia, pero que la evolución de sus negocios lo había obligado a cambiarlo por una máquina más poderosa, porque trabajar en los caminos no era como estar sentado en el café leyendo el diario.

—Hay que ponerse a tono con los tiempos. Taim is moni, como dicen los yanquis —dijo.

Quizá fue por esto que estuvo con nosotros nada más que una semana

y volvió a partir. Pero antes, Perfumo le preguntó si seguía relacionándose al mismo ritmo de las dos primeras giras, e Iriarte replicó que naturalmente, que una cosa trae la otra y que cuando te diste cuenta te formaste una parentela que se reproduce más que los conejos. Entonces Perfumo insistió, se puso más concreto.

—Pero no entiendo cómo conseguís todavía candidatos. Porque para jugarle a un jugador de tu categoría, hay que tener ganas de tirar plata por la ventana —dijo.

Iriarte replicó que todo era cuestión de inteligencia, de usarla, dijo. Aclaró que todo eso era como bajar una escalera, igualito. Nos explicó que si nadie aceptaba jugarle mano a mano, él ofrecía: primero, ventaja; ante la negativa, segundo, jugar con la izquierda; si no era suficiente, tercero, jugar con una sola mano; y si aún había remisos, cuarto, jugar parado sobre un solo pie. Dijo que tenía todo perfectamente estudiado, pero que todavía, en Esperanza, había llegado a jugar con un ojo tapado y una mano atada a la espalda.

—Y fue una buena noche —agregó.

Todo esto lo contó sin soltar el taco de ébano; porque no lo dejaba ni a sol ni a sombra, diciendo que adonde iba él iba el taco —o viceversa—. Entonces Perfumo le preguntó aquello que venía madurando en silencio desde la última charla con el Turco Yale.

—¿Y Niceto...? —dijo. Iriarte sacudió la cabeza con un dejo de preocupación.

—Le han prohibido los picantes. Parece mentira que una ulcerita de mala muerte pueda causarle tantos trastornos —contestó. Perfumo no preguntó más.

Entonces nos preparamos para esperarlo al Turco Yale, que debía de estar al caer y que era el encargado de darnos la otra versión, la que resultaba de haber espiado la escena a través de un agujerito de la claraboya. Pasó una semana y el Turco no apareció; a los quince días lo dimos por muerto. Pero no era así.

El que develó el misterio fue un compadre del Turco, el Turco Maluf, que vendía en la misma zona ropa interior para mujeres, bombachas, corpiños y enaguas de nilón directamente importada de Avellaneda. El Turco

Maluf no frecuentaba el café, pero frecuentaba en cambio a una turquita que, a su vez, frecuentaba el altillo donde vivía Bertolino. De modo que todo vino a saberse a las tres semanas justas de la partida de Iriarte. Y lo que se supo vía Maluf, vía la turquita, vía Bertolino, fue lo siguiente: Iriarte y el Turco Yale se habían asociado. El Turco lo había esperado a Iriarte en Río Cuarto y allí habían convenido en formar una sociedad de capital e industria. El contrato no había sido inscripto en el Registro Público de Comercio ni publicado en el Boletín Oficial, pero de cualquier manera, en adelante la única responsabilidad de Iriarte sería la de jugar y ganar. Todo lo restante: organización, publicidad, trato con la policía y recaudación quedaba a cargo del Turco. Las ganancias se repartirían a medias; las pérdidas, de ocurrir, las soportaría el Turco. La sociedad no tenía plazo fijo de duración. Al parecer, el Turco Yale había dicho escuetamente que los precios fijados para el trigo, el lino y el maíz eran sobradamente compensatorios.

Esto fue lo que supimos, y la espera de Iriarte nos demandó las mejores energías de esa primavera. Pero Iriarte no volvió; no volvió más. Volvió pero no volvió. O volvió, pero no por sus propios medios. Volvió en un furgón del Ferrocarril Mitre proveniente de San Francisco, bien estirado dentro de un ataúd de segunda categoría, al lado de seis sillas y una mesa de comedor estilo Segundo Imperio y de veintidós banquitos de paja rafia sin respaldo. Esto lo contó Perfumo, que vino también en el mismo tren, sentado en el primer asiento del coche inmediatamente posterior al furgón. Porque había sido a Perfumo a quien había llamado don Luna cuando la voz del Turco Yale gritó por el teléfono que llamara a cualquiera que supiese dónde vivía Iriarte. Y había sido también Perfumo el que había disparado hacia la casa de Iriarte para contarle a Niceto, a quien no conocía, que a Iriarte, en San Francisco, provincia de Córdoba, le habían descosido el bajo vientre de dos puñaladas metódicamente aplicadas.

Perfumo contó después que cuando tocó el timbre en aquella casa de la calle Cochabamba, no sabía qué podía suceder; porque a las once de la noche a uno pueden decirle «buenas noches» o mandarlo a buscar a la madre con abuela y todo. Contó que abrió la puerta un hombrón al que, ni aun queriendo, le pasaba un brazo por la media hoja abierta.

—¿Podría hablar un momento con el señor Niceto Iriarte? —había preguntado, recordando aquello de la úlcera tantas veces mencionado por Iriarte. «Servidor», dijo Perfumo que contestó el hombrón.

Perfumo dijo que había que creer o reventar y que él prefirió creer, por lo que le contó a Niceto, allí no más en el vestíbulo, lo que según el Turco Yale había ocurrido en San Francisco. Perfumo contó que jamás había escuchado maldecir en tantos dialectos españoles y latinoamericanos como aquella noche y que Niceto no paró de maldecir desde el vestíbulo a la cocina, donde siguió maldiciendo mientras le hincaba el diente a un costillar de cerdo recubierto de tanto ají molido que, más que un costillar de cerdo, parecía una casa con techo de tejas rojas. Eso parecía, dijo Perfumo: un chalet californiano.

Perfumo contó que, siendo él tan amigo de Iriarte y sabiendo cuánto cariño sentía Iriarte por Niceto, se vio obligado a hablar.

—¿Tanto picante no le va a hacer mal para la úlcera? —le dijo. Perfumo dijo que Niceto había dejado de maldecir, pero no de comer, y que lo había mirado como si él, Perfumo, hubiera sido el pedazo más sabroso del costillar.

—¿De qué úlcera me está hablando? Tengo un estómago de fierro —dijo Perfumo que replicó Niceto.

Perfumo dijo que después Niceto fue y sacó un auto del garaje, y que lo que sacó fue el Dodge 36 en cuyos ceniceros quien más quien menos de nosotros había aplastado más de un pucho. Y que el Dodge estaba, por fuera, igual que antes, pero que en cuanto Niceto soltó la marcha atrás, el Dodge empezó a toser y Niceto a maldecir, a maldecirlo a Iriarte, quien, según Niceto, había dejado el Dodge con una potencia apenas orgullosamente mayor que la de una bicicleta. Y que en el instante en que salieron a la ruta, Niceto empujó a fondo el pie del acelerador, pero que la aguja del velocímetro llegó a los sesenta y cinco kilómetros y se quedó firme allí como una columna del alumbrado público pese a que Niceto hacía tantos movimientos con el pie derecho que realmente parecía estar pedaleando. Todo esto lo hizo Niceto, contó Perfumo, sin dejar de maldecir a la maternidad —en abstracto, dijo Perfumo que pensó—, y que lo que Niceto parecía era un arma de repetición, de esas que cargan cien tiros así como

nosotros le pegamos una pitada al cigarrillo; porque si bien algo de lo que decía empezaba con i o con c, el sonido predominante empezaba con p o tenía una p en alguna parte, como si Niceto hubiera estado haciendo «pim pam pum»; pero claro está que no decía «pim pam pum» sino otra cosa. Y que cuando llegaron al puente de Timbúes, Niceto miró el reloj pulsera y volvió a disparar el arma, no sin que dejara de entendersele que con el Ford 47 ya habrían estado en Barrancas; y que cuando llegaron a Barrancas, Niceto prosiguió el rosario mientras decía que con el Ford 47 ya habrían estado en Santa Fe. Perfumo contó que entonces él comprendió, pero que no dijo en voz alta lo que había comprendido porque un sopapo de Niceto debía de ser algo así como el coletazo de una ballena.

—El Ford 47 es el que Iriarte preparó para el transporte de gallinas al por mayor —dijo Perfumo que pensó.

Llegaron a San Francisco a las diez de la mañana. Perfumo dijo que dieron la vuelta a tres manzanas y encontraron la Jefatura de Policía; y que el milico que les cerró el paso resultó ser correntino, por lo cual Perfumo dijo que se sintió francamente desorientado. El oficial que los atendió luego fue más expeditivo: miró en un libro de tapas negras y les informó que Iriarte —«Germán Iriarte» fue lo que dijo— estaba en el hospital municipal; y Perfumo explicó que dijo algo más, algo así como «elo ciso», que él no entendió claramente; pero que cuarenta minutos después comprendió que lo que había querido decir era «el occiso». Y que el oficial les explicó con tanta precisión dónde estaba el hospital municipal, que tardaron treinticinco minutos en encontrarlo. Pero que podrían haber demorado más todavía sin cambiar las cosas, porque cuando llegaron hacía ya cuatro horas que Iriarte había pasado a peor vida en tierra extraña.

Perfumo dijo que entró con un nudo en la garganta en la sala donde yacía Iriarte. Pero que el instante de enfrentarse con el muerto no se caracterizó por el religioso recogimiento; porque apenas Niceto lo vio a su hermano —no lo vio porque estaba tapado; pero sabía que era él— empezó otra vez a maldecir de tal manera que hasta la enfermera que los acompañaba, que según Perfumo debía de tener una vasta experiencia masculina, se retiró con gesto de ofendida. Después lo vieron a Iriarte, le vieron la cara. Perfumo dijo que no parecía estar muerto, salvo por el tinte

verdoso que había tomado la piel.

—Como el paño muy usado de una mesa de casín —explicó Perfumo, sabiendo que era la comparación más accesible para nosotros.

Dijo después que no siendo infinito el repertorio de Niceto, quedarse mucho tiempo allí era completamente inútil. Y que entonces recordó el mensaje que le había dado el oficial en la Jefatura. Aclaró que pedirle el Dodge a Niceto habría sido un acto suicida, por lo que volvió a pie a la Jefatura y que quizá de ese modo ganó varios minutos. Cuando llegó le dijeron que lo estaban esperando.

El Turco Yale no estaba en el calabozo. Estaba en la sala de guardia, tomando mate y de gran palique con el escribiente. Perfumo contó que hacia la mitad de la charla, el Turco lo invitó a almorzar con él allí, en la sala de guardia, pero que él, Perfumo, no aceptó porque de solo imaginarse que Niceto lo andaba buscando se le ponían los pelos de punta. Dijo que tuvo que insistir como un condenado para que el Turco le contara lo que había sucedido; porque al Turco solo lo preocupaba el camioncito.

Al fin el Turco le contó. Dijo que cuando Iriarte había llegado esa vez a San Francisco, medio San Francisco estaba esperándolo. Porque Iriarte, en el viaje anterior, había dejado a un tercio de la población sin el metálico suficiente para efectuar cualquier gasto superfluo —y Perfumo contó que el Turco, turco al fin, había dicho «en calzoncillos». Y que por eso, esa noche había tanta gente en «El Cardón» que para entrar había que mostrar cualquier credencial de empleado público o algo así; y que entonces resultó que, en San Francisco, o había tantos empleados públicos como sujetos que anduvieran entre los dieciocho y los setenta años o había que pensar directamente en una falsificación. El Turco dijo que el retaceo duró más de media hora, porque nadie quería saber nada de jugarle a Iriarte ni mano a mano, ni con ventaja, ni a razón de dos manos contra una de Iriarte. Al fin un tal Lescano fue empujado hacia el lugar donde se efectuaban las tratativas y entonces se convino en que Iriarte jugaría las dos primeras rayas de cada partida parado sobre el pie derecho, y las dos últimas sobre el izquierdo. Aquí dijo Perfumo que el Turco, contando, se había indignado.

El Turco dijo que esa era una ciudad de tramposos, porque el tal Les-

cano no era sanfranciscano, sanfrancisquense ni nada que se le pareciera, sino que era un jugador de Rafaela especialmente traído para enfrentarlo a Iriarte, y al que se le había enseñado en veinticuatro horas el suave tonito cordobés de la zona. Y que él, el Turco, al final de la segunda partida le había aconsejado a Iriarte que dejara para otra oportunidad la requisa del metálico que un tercio de la población de San Francisco había juntado, moneda tras moneda, en los últimos dos meses, pero que Iriarte se había negado. Y que al final de la tercera habían perdido todo lo que habían ganado honradamente en veintitrés pueblitos del área Córdoba-San Francisco, pero que Iriarte se había obstinado en seguir.

—Esperá a que el taco de ébano empiece a funcionar —dijo el Turco que le había dicho Iriarte.

Fue casi al terminar la cuarta partida cuando a Iriarte se le ocurrió lo de la trampa. El Turco le contó a Perfumo que Iriarte debió pensar que, con la emoción de los últimos tantos, nadie se daría cuenta del cambio de pie. Porque a él le tocaba jugar parado sobre el pie izquierdo, que era el más débil de los dos, pero que en cierto momento se paró sobre el derecho y entonces, en un par de minutos, se puso a tres tantos de salir. El Turco dijo que no fue Lescano el que lo advirtió, sino un indiecito que estaba sentado en la primera fila, que gritó:

—¡Cambió de pie el hijo'e puta! —y allí no más se arrojó encima de Iriarte blandiendo un enorme facón de carnicero. El Turco aclaró que si el indiecito lo había destripado a Iriarte, había sido porque para clavarle el facón más arriba habría tenido que subirse a una escalera.

Perfumo contó que, cuando salió de la Jefatura, no tenía muchas ganas de cumplir el encargo que le había hecho el Turco; pero que al fin fue. Encontró rápido el galpón que le había descripto el Turco y habló con la mujer del encargado. Después fue hasta el almacén de la esquina y compró maíz, alpiste y todo el pan duro que pudo conseguir. Volvió al galpón y dijo que no le habría hecho falta mirar la patente de Rosario para descubrir que ese era el camioncito del que le había hablado el Turco. Porque eso no era solo un camioncito sino una especie de jardín zoológico rodante, un jaulón de madera y alambre dividido en compartimientos en los cuales, estrictamente separados por especies, había gallinas, pavos,

canarios y corderos que armaban todos juntos una batahola digna de mejor causa. Entonces puso el pan a remojar en un tacho con agua y luego volvió y puso el alpiste y el maíz donde correspondía. Después buscó el pan remojado y lo colocó también donde correspondía. Perfumo dijo que solo cuando estaba terminando advirtió que había empezado a maldecir con la misma entonación y el mismo volumen de voz que Niceto.

Después volvió al hospital, pero Niceto ya no estaba. Perfumo dijo que estuvo una hora llamando por teléfono a medio San Francisco para tratar de ubicarlo a Niceto, pero que siempre le respondían, además de otras cosas, que no lo conocían o que acababa de irse. Entonces cayó en la cuenta de que, entre pitos y flautas, casi se había olvidado de cumplir el encargo que se había hecho a sí mismo desde que, a la mañana, en la Jefatura, habían hablado con el oficial. Dijo que en seguida vio clarito que el único que podía sacarlo del paso era el Turco Yale, de manera que volvió otra vez a la Jefatura y pidió hablar con el Turco.

—Cómo no. Pase, señor —dijo Perfumo que le dijo otro oficial que no era, por supuesto, correntino.

Perfumo dijo que cuando entró en la sala de guardia lo encontró al Turco repantigado en un sillón de cuero negro, fumando y leyendo Los Principios a metro y medio de un ventilador igualito al que él había visto una vez en el despacho del presidente de Rosario Central; «porque hacía calor», dijo Perfumo. Cuando supo para qué había vuelto Perfumo, el Turco le dijo:

—Pero sí, hombre. No me cuesta nada. —Y entonces fueron los tres, el escribiente, Perfumo y el Turco, a hablar con el oficial principal, al que encontraron transpirando a mares, porque lo que allí faltaba era el ventilador que hasta el exacto instante en que el Turco había ingresado en la Jefatura, debía de haber estado sobre una repisa que ostentaba en el borde, con letras doradas, una leyenda. Perfumo dijo que él se acercó y leyó. «Dios, Patria, Honor», dijo que decía.

Volvió para escucharlo hablar al Turco. «No hay ningún inconveniente, Saúl», dijo Perfumo que respondió el uniformado. El Turco Yale dio la garantía —por pura formalidad, como recalcó Perfumo que había recalcado, repartiendo sonrisas, el principal—. Se sentó en el silloncito recl-

nable que había estado usando el principal y firmó un recibo por triplicado. Dijo Perfumo que después, sin dejar el silloncito, sacó un paquete de importados de contrabando y convidó.

Perfumo contó que cuando salió de la Jefatura, llevaba el taco de ébano bien apretado bajo el brazo. Estaba tan contento que, para variar, se metió en un café y estuvo dos horas mirando cómo unos chiquilines manoseaban lastimosamente una mesa de billar. A las cuatro dio con Niceto.

—Váyase a la estación de ferrocarril —le dijo Niceto, y estaba Perfumo en el andén cuando vio que cinco tipos venían trayendo un ataúd sobre los hombros. A los diez segundos apareció Niceto, más inconfundible que el propio ataúd, aunque un poco menos morocho.

Perfumo dijo que Niceto ni se fijó en lo que él, Perfumo, llevaba bajo el brazo. Fueron juntos a ver cómo colocaban el ataúd en el furgón, y fue entonces cuando Perfumo pudo observar el juego de comedor estilo Segundo Imperio y contar los veintidós banquitos de paja rafia. Dijo Perfumo que Niceto lo estaba hablando.

—Usted viaja en el tren. Yo voy con el Dodge. Pero no se aflija: no va a llegar antes que yo. Es un tren carreta. Para en todas las estaciones a echarse una meadita y sigue —le dijo Niceto, y Perfumo contó que, sin dejar de mirarse, ambos habían empezado a maldecir.

Fue de la estación misma desde donde nos llamó Perfumo por encargo de Niceto. De modo que cuando llegó el tren, ya estaba el coche fúnebre parado a la puerta de Rosario Norte. Y cuando el féretro entró en la casa de la calle Cochabamba, ya estaban también, apoyadas contra la pared del frente, bajo el balcón de hierro, las dos coronas que había hecho preparar Bertolino: la que decía «De Niceto, su hermano del corazón» y la otra, la nuestra, que rezaba «De La Gran Victoria, su segundo hogar. Q. E. P. D.».

No faltó al velorio ni uno solo de los muchachos. Hasta don Luna apareció, con dos botellas de ginebra y medio kilo de café para pasar la noche. Tuvimos que arreglarnos solos como buenos solteros, porque la falta de mujeres fue total, absoluta; a tal extremo lo fue, que Bertolino estuvo a punto de ir a despertar a la turquita; solo su sentido un tanto particular de la propiedad privada pudo disuadirlo a tiempo. De manera que así se nos fue la noche, entre charla y charla y una que otra partida de truco en

la cocina. El Gordo López había llevado, por si acaso, un par de dados; pero no los utilizamos, porque jugar al pase inglés con la puerta de calle abierta habría sido una imprudencia, aun siendo aquello un velorio con todas las de la ley.

El que no se asomó por la cocina en toda la noche fue Perfumo. No hubo ni necesidad de que se explicara, porque sabíamos que había echado sobre sus hombros la tarea de acompañarlo a Niceto y consolarlo. Pasaron la noche en el dormitorio de Niceto, previa requisa que hizo Perfumo, en una fugaz incursión a la heladera eléctrica, de dos botellas de vino reserva y de media mortadela de ternera. A la mañana siguiente Perfumo nos contó, si no todo, sí, por lo menos, lo más interesante.

Lo contó cuando ya afuera de El Salvador y después de empujar el Dodge, que no quería arrancar, nos metimos en el café que está frente a la Mixta. Puso el taco de ébano sobre la mesa, lo cubrió con los brazos como lo hubiera hecho una gallina con sus pollos, y nos contó.

Dijo que al final Niceto se había resignado, no solo a la muerte de su hermano, sino también a tener que volver a San Francisco para recuperar el Ford 47, que había sido retenido por la policía de allá hasta que el juez ordenara su devolución. Dijo que Niceto había dejado de maldecir y que lo único que parecía tener eran ganas de dormir. Fue entonces cuando Perfumo le dijo que le habría gustado mucho conservar algún recuerdo del finado. Perfumo dijo que Niceto lo miró con ojos de vaca, enternecido.

—Elija lo que más le guste, Roque —le dijo luego, porque Perfumo dijo que Niceto le decía ya Roque tan naturalmente como nosotros le decíamos Perfumo. Entonces Perfumo fue un momento hasta la sala mortuoria y volvió con el taco.

—¿Puedo quedarme con el taco de ébano, Niceto? —le dijo.

Perfumo contó que Niceto, primero, se puso pálido y que después se paró de un salto y lo abrazó (y que entonces él, Perfumo, tuvo una cabal idea de lo que debía ser morir estrangulado por una cobra).

—¡No, Roque, no! ¡Ese taco no! ¡Por su culpa lo mataron a Germán! ¡Es negro, negro como la muerte, Roque! —dijo Perfumo que Niceto gritó y que lo repitió tantas veces que él, Perfumo, si no hubiera estado tan ocupado en tratar de respirar, le habría puesto música. Pero él, Perfumo, no

cedió y cuando pudo librarse de la morsa acunó al taco entre los brazos como si el taco hubiera sido el hijo que no tenía.

—Por qué no, Niceto. Mire qué lindo es... —le dijo luego.

Perfumo contó que Niceto dejó caer los brazos y se sentó. Y que no volvió a mirarlo a la cara hasta después que habló, pese a que estuvo en silencio más de diez minutos.

—Está bien, Roque. Haga su voluntad. Pero no vaya a decir después que no traté de impedirlo —dijo Perfumo que le dijo al fin Niceto sin mirarlo.

III. Perfumo y los griegos

Todo esto lo contó Perfumo matizándolo con esa risa flaquita y moderada que a cada rato tenía que estarle pidiendo permiso a la del Gordo López para que alguien pudiera escucharla. Pero esa vez no tuvo problemas, por lo menos hasta la parte final de la historia. Porque fue hacia el final cuando el Gordo López dejó súbitamente de reírse. Y el instante pudo anotarse porque, casi automáticamente, Peire, alzando la cabeza, preguntó si los tranvías habían dejado de pasar. Y cuando Perfumo terminó de contar, el Gordo estaba mirando el taco de ébano desde tan cerca que más bien parecía estar sintiéndole el olor.

—¡La pucha! —lo escuchamos decir—. Yo ni loco. De verdad que tiene color de velorio.

El buen humor de Perfumo soportaba esa mañana, pese al sueño, cualquier cosa.

—Muy bueno, Gordo —le dijo, haciendo galopar por media cancha, y sin montura, a la risita—. Por si llegás a tener razón, nombro ahora mismo heredero a Bertolino.

Nosotros, los muchachos, lo miramos con envidia a Bertolino, y fue de esto de lo que hablamos, después de la siesta, en el café. Porque si nosotros hubiéramos nacido veinte años antes y no veinte años después, a lo mejor Perfumo, en lugar de decir Bertolino, habría dicho el Mingo, o Lorenzo, o Arancibia chico o el nombre de cualquier otro de nosotros.

Entonces quisimos felicitarlo y, en cuanto lo vimos solo, lo apartamos. Bertolino arrimó una silla y se sentó.

—No tanto —dijo, dejándonos de una pieza.

Pasó un minuto antes de que siguiera hablando.

Prendió un cigarrillo como lo hacía siempre, haciéndolo girar entre los dedos y pasándole la cera del fósforo a la otra punta.

—No tanto —repitió luego, y siguió—: El Gordo podrá ser gordo, pero no estúpido. Yo mismo no sé ya qué pensar. Porque ya van tres que entierra.

Fue el Mingo el que preguntó, pero maldito sea si alguno de nosotros comprendía una jota.

—¿Quién? —dijo el Mingo.

—¿Cómo quién? El taco —dijo Bertolino—. Ese taco. Quise decir que no sé si es un taco o una pala.

El Mingo sonrió como teniéndole lástima a Bertolino.

—Ah —dijo—. Pero en tal caso serían dos: Iriarte y Landa, me parece.

—Tres —repitió Bertolino.

Dijo que nosotros no podíamos saber nada porque en aquel tiempo debíamos de estar enamorados de la maestra de sexto grado, pero que él, en ese tiempo, ya hacía trece años que había hecho el servicio militar. Contó que la cosa había ocurrido allí, en el café, junto a la mesa dos, un sábado de julio por la tarde. Dijo que había sido en ese taco donde se había enredado el viejo Corrales.

—Bajó el taco, quiso caminar, se enredó en el taco y... pobre viejo —dijo Bertolino, y ya se estaba parando—. Doble fractura de cadera. No se levantó más. —Lo miró al Mingo, que lo estaba mirando—. Tres, como te decía —le dijo, y los contó con los dedos—. Y por eso te decía también que no sé si es un taco o una pala de esas que usan los sepultureros. Aunque también podría ser un pasaporte.

No fue mucho tiempo después de esta charla —estábamos, eso sí, adentrados en el verano— cuando Perfumo consiguió aquel trabajo. Él mismo se encargó de explicárselo a medio mundo, para que no quedara en pie ninguna confusión capaz de afectarlo en su prestigio: dejó bien aclarado que él no había salido a buscarlo, sino que habían venido a ofre-

cérselo, y que entre salir y venir existe la misma diferencia, y más aún, que entre una mujer y un hombre. Quizá alguno le creyó, no que la explicación fuera cierta o exacta, sino que al fin había aparecido sobre la faz de la tierra un trabajo al que él juzgara digno de recibir su caudalosa suma de experiencia y sabiduría. Pero la tarde en que apareció por el café y mostró la chapa plateada y la cartuchera de cuero marrón con la 45 bien encajada adentro, tuvimos que creerle.

Perfumo nunca pudo saber que nosotros llegamos a enterarnos de quién había sido el gestor de aquel empleo. Porque un año después de aquella exhibición de poderío, el Mingo y Arancibia chico contaron que lo habían encontrado al Turco Yale. Contaron que, yendo hacia el centro a pie, habían escuchado que alguien los chistaba y que, al darse vuelta, lo habían visto al Turco, sentado al volante de un Kaiser Carabela y con la cabeza cubierta por un orión que debía de ser tan caro como el motor del Carabela. Se habían arrimado —el Mingo recalcó que el Turco no se había sacado el orión, seguramente no por falta de educación, sino para que él y Arancibia chico siguieran viendo, y lo contaran después, que usaba un orión— y hablado, por supuesto, de Perfumo. El Turco Yale les había dicho de inmediato que había sido él quien le había conseguido a Perfumo aquel puesto, y que Perfumo, si no hubiera sido por lo sucedido, habría hecho carrera en la repartición.

—Yo le estaba muy agradecido. Una vez, en San Francisco, me dio una mano grande en varios negocios importantes. ¡Qué lástima! —dijo el Mingo que había dicho el Turco, y nosotros volvimos a ver el camión-jaula-zoológico y a Perfumo con las manos engrudadas de pan remojado. El Mingo contó que después el Turco puso el coche en marcha, pero que antes les extendió una tarjeta.

—Alguna vez puede servirles. Nadie puede saber —les había dicho. El Mingo y Arancibia chico habían leído la tarjeta al llegar a la esquina. Después la vimos todos en el café. Esto leímos: «Saúl Yale, presidente de la Cámara de aves, huevos y afines».

Esto sucedió un año después, pero el caso fue que un año antes Perfumo empezó a desempeñarse como auxiliar en la división Seguridad Personal de la Jefatura. Cumplía horario de tarde, hoy de vigilancia en un ba-

rrio y mañana en otro, en una tarea que no le acarreaba ningún problema, rutinaria y tranquila, ideal. No fue uno solo de nosotros el que soñó con acompañarlo a Perfumo en sus diarias recorridas, pero el que se lo dijo —justamente Lorenzo, el más callado de todos— recibió como respuesta un jueves siete. Perfumo le dijo que no se conformaba con las sobras, y agregó que tanto la función como el horario estaban tan poco hechos para él como un delantal de carnicero. Una tarde, rumiando siempre su disconformismo, censuró agriamente los males de la burocracia argentina y a punto seguido juró no descansar hasta lograr el pase a un sitio más adecuado a su naturaleza y aptitudes. Y lo logró, según dijo, por sus propios méritos, aunque diez meses más tarde el Turco Yale aparecería para sembrar la duda en los que lo habíamos escuchado: a los dos meses lo trasladaron, en calidad de ayudante, a la comisión formada para la represión de los juegos prohibidos.

Lo primero que le cambió fue la cara. Porque no solo estaba de por medio el cambio de destino, sino también el de horario. Empezó a trabajar de noche, entre las once y las cinco de la mañana, aunque más bien que ir a trabajar parecía haberse puesto de novio y tener cita con la muchacha todas las santas noches. Porque comenzó a usar una ropa de día feriado que pocas veces se había visto en el café: traje cruzado azul marino, camisa blanca, corbata de seda a lunares y zapatos negros de charol. Vestido así pasaba por el café antes de tomar servicio, y a veces ni se sentaba para no arrugar la raya del pantalón. «Un dandy», comentó una noche Peire, perplejo, mirándose el saquito gris de segunda mano.

Esto era de noche, los cinco minutos en que Perfumo bebía su café tres cuartos y seguía. Porque de tarde lo teníamos con nosotros las cuatro o cinco horas reglamentarias. Aunque, en cierta manera, no era ya el mismo de antes, pues no se le podía ni hablar de jugar una partida al casín o de pasar el rato haciendo correr los dados sobre la mesa. Lo único que pedía era que lo dejaran tranquilo. Se apoltronaba en una silla, opinaba si no tenía más remedio y de tanto en tanto tomaba una copa de leche tibia. Una tarde, así, como tocando tierra, dijo que él nunca había sospechado que el trabajo nocturno fuera tan agotador. Lo dijo serenamente, sin aspaviento alguno, pero uno de esos escépticos que nunca faltan —Palomo,

en este caso, que en un tiempo había hombreado bolsas en un molino harinero— dejó oír que, según su humilde parecer, Perfumo estaba exagerando. Perfumo se encrespó como un gallo de riña.

—Hay que moverse, viejo. Hay que moverse toda la noche —le replicó. Y en realidad debía de moverse tal cual lo afirmaba, porque tres meses después recibió el primer ascenso.

Fue por esa época cuando nosotros advertimos que Perfumo, antes de salir a tomar servicio, pasaba por el mostrador y buscaba el taco de ébano. Tiempo después, recordando cosas, don Luna contó que Perfumo había retirado el taco desde la primera vez que había cambiado de turno y de tarea, pero como cuando nosotros lo descubrimos no sabíamos nada, no estuvo muy fuera de lugar el que dijo que tal vez fuera el oficio lo que lo había vuelto desconfiado a Perfumo, porque no cabía más que pensar que Perfumo tenía miedo de que se lo usáramos en su ausencia o, más todavía, de que pudieran robárselo. Esta hipótesis duró exactamente quince días pues una noche Crespi, que volvía temprano y desplumado de una partida de monte, contó que lo había visto a Perfumo en un bar de la avenida Alberdi jugando al casín con un morocho alto y macizo que si no era comisario debía de estar por serlo a la brevedad. Para que Crespi se asombrara de algo, debía de ser grande la cosa.

—Estaría franco —dijo Bertolino, fiel amigo. Crespi se le rió en la cara.

—¡Qué franco ni qué franco...! —le contestó—. Parado, junto al cordón, estaba el auto de la policía con chofer y todo.

Bertolino no se quedó con la duda. A la tarde siguiente lo paró a Perfumo en la puerta del café. Nosotros, de lejos, vimos que Perfumo sonreía con ese dejo de cansancio vespertino que no lo abandonaba. Después Bertolino nos contó. Contó que Perfumo le había dicho que no era nada.

—¿Cómo, nada...? Te vieron —le había contestado Bertolino.

—Muy natural, viejo —le había dicho Perfumo, sin mosquearse—. Entre comisión y comisión, el inspector y yo jugamos alguna partidita. Pero vos ves que yo, de tarde, argentino.

Bertolino no le preguntó más porque por ese tiempo ya Perfumo no iba a tomar servicio, sino que venían a buscarlo. El auto azul de la policía se paraba frente al café y entonces ya no era como antes, cuando Perfumo

salía medio disparando después de preguntar la hora. No solo porque ya tenía reloj, sino también porque se contentaba con hacerle una seña al chofer y se quedaba con nosotros el tiempo que quería, luciendo su estampa a la luz de la lámpara de la vidriera. Una noche, en rueda chica, dijo que lo único desagradable de ese asunto era la patente blanca del auto de la policía. Bertolino contó que a Ariotti le había parecido muy gracioso el comentario, y que Perfumo, torciendo la boca, le había respondido que cuando uno no comprende no debe hablar.

—Claro, viejo —había dicho después, como dándole una clase a Ariotti—. Te ubican de lejos. Cuando querés iniciar el procedimiento, ya la chapa blanca corrió a medio mundo. Tendrían que darnos un auto común, y sin chofer. Pero en este país, ni soñar. Así te explicás cómo está la delincuencia. —Después, con el taco de ébano bajo el brazo, había subido al coche y se había sentado en el asiento posterior—. Vamos, negro. A la Costanera —contó el Mingo, curioso como él solo, que le había escuchado decirle al chofer. Estábamos en aquel julio en que hizo tanto calor en Rosario, que hasta los bares de la Costanera sacaron mesitas a la vereda.

Seguramente Perfumo no habría cambiado de conducta si no hubiera sido por los griegos. Los griegos eran seis, pero antes habían sido cuatro y en un principio dos. Más todavía, en un principio habían sido dos para el café —en el tiempo en que Iriarte empezaba a dedicarse a los negocios—, pero para la zona, uno. A este uno, que mientras fue uno solo no pisó el café ni para ver cómo era, lo descubrimos sin necesidad de caminar demasiado. Porque un día, el italianito que atendía el quiosco que está al lado de la sastrería, puerta de por medio con el café, bajó más temprano la persiana y desapareció. La persiana estuvo baja dos días —lo cual nos ocasionó más de un trastorno—, y al tercero, cuando se alzó de nuevo, no fue el italianito el que lo hizo sino un rubio fornido y cincuentón que resultó ser griego. Para nosotros, todo siguió como antes: pasábamos, comprábamos cigarrillos y seguíamos. Pero, un mes después, a la vuelta del café, en un cuchitril que da a la calle, en el que durante años habíamos visto a un joyero agachado sobre una mesa cuajada de baratijas, se abrió otro quiosco y resultó también que el sujeto que lo atendía, también rubio, también fornido, pero esa vez cuarentón, era otro griego.

—Cosa curiosa —dijo mucho después Ariotti que había comentado Bertolino.

Estos dos fueron los griegos que una siesta de agosto entraron en el café y le pidieron a don Luna que abriera la mesa de casín que daba al fondo del salón. Nosotros no nos dimos cuenta, y cuando Arancibia chico vino y contó, ya era demasiado tarde para que nos riéramos como correspondía. Porque Arancibia chico contó que él, primero, se había quedado boquiabierto y que hasta se había olvidado de que su intención era ir al baño. Dijo que había estado mirándolos más de cinco minutos, porque muy bien los dos sujetos podían haber estado divirtiéndose y no era el caso correr el riesgo de chasquearse. Pero que al final se había acercado y les había explicado que a la bola había que pegarle con la punta fina del taco y no con la gruesa, y que no era lo mismo porque la gruesa servía para apoyar el taco contra el suelo, si uno quería apoyarlo, claro estaba.

—Ah —dijo Arancibia chico que dijeron los griegos.

Lo que contó Arancibia chico sirvió, por lo menos, para que, de lejos, empezáramos a mirarlos. Porque todas las tardes, a eso de las tres, los dos griegos entraban, abrían la última mesa, jugaban un par de partiditas y se iban. Entonces, un mes después vimos que los dos griegos eran tres. Porque el tercero, el recién llegado, el nuevo, si no era hijo podía muy bien ser hermano o sobrino de los otros dos, y si era un poco menos rubio, un poco menos fornido y treintón, no por eso debía de ser menos griego que los otros. Y vimos también que los otros dos le estaban explicando al nuevo que a la bola se le pegaba con la punta fina del taco.

—A que está diciendo «ah, ah» —dijo el Mingo. Pero lo realmente importante lo dijo el Gordo López, lo que venía a demostrar que lo que Bertolino diría seis meses más tarde era exacto: que el Gordo López podía ser gordo, pero no estúpido.

—Se habrá abierto otro quiosco —dijo el Gordo López.

El tercer quiosco estaba también en nuestra manzana, a ciento treinta metros clavados del segundo, de modo que si hubiéramos marcado una puerta en la pared posterior del café y, a partir de allí, abierto un corredor que atravesara la manzana, habríamos desembocado justo en el tabique de terciada en cuya parte anterior el tercer griego había apoyado la estan-

tería para los cigarrillos. De manera que si hubiéramos tenido la peregrina idea de correr una maratón alrededor de la manzana, habríamos estado seguros de que a cualquiera podría faltarle el aliento, pero cigarrillos no. Y si ya tres quioscos eran un abuso y cuatro habrían sido derechamente una barbaridad, no era tan ilógica la futura aparición de un cuarto griego. A esta conclusión llegamos una tarde, filosofando sobre estas cosas mientras los tres griegos jugaban sus partiditas en la mesa del fondo. Mejor dicho, a esa conclusión llegó Bertolino, y el resto consistió en comentarla.

—No se puede jugar toda la vida al casín de tres. Allí hace falta el cuarto, para que haya dos parejas —dijo Bertolino, mirándolo al Gordo López. Y el Gordo López dijo que sí.

Durante dos meses, sin embargo, siguieron siendo tres y nosotros creímos que el Gobierno, con sano criterio, había cerrado la inmigración a los griegos. Pero una tarde vimos que eran cuatro. Por ese tiempo nosotros andábamos alborotados con las idas y vueltas de Iriarte y del Turco Yale, de manera que cuando lo vimos, ya los otros tres debían de haberle explicado con cuál de las dos puntas del taco se le pega a la bola de casín.

Y lo que discutimos mientras los cuatro griegos, formando parejas, jugaban sus partiditas no fue que el cuarto fuera griego, porque bastaba con mirarlo para darse cuenta de que era hijo del primero, o hermano del segundo o primo del tercero, sino cuál podía ser su oficio, profesión u ocupación temporaria. Tenía que caer sobre nosotros, los muchachos, la tarea de seguirlo para comprobarlo. Pero lo que no habíamos sospechado fue que tendríamos que seguirlos.

Porque salieron los cuatro juntos, y cuando el primero, apenas pasada la sastrería, entró, los otros tres siguieron juntos. Y cuando doblaron y cincuenta metros más allá entró el segundo, los otros dos siguieron juntos. Y cuando los dos doblaron y el tercero entró, nosotros dijimos: «Ahora el cuarto va hasta la esquina, toma el tranvía y no le vemos más ni el pelo». Pero cuando el cuarto llegó a la esquina y dobló, dimos un salto, corrimos y espiamos.

Todavía no había entrado; pero entró. «Bueno, pero puede ser médico, zapatero, electricista», dijo el Mingo cuando empezamos a arrimarnos. Entonces lo vimos: estaba sentado en la banqueta clásica, con los brazos

cruzados y mirando el vacío con cara de aburrido. No debía llevar, detrás de esa vidrierita, más de veinticuatro horas, pero parecía estar allí desde tiempo inmemorial, casi como si hubiera sido puesto allí junto con la piedra fundamental a partir de la cual se había levantado el barrio o la ciudad.

—¿Cigarrillos...? —nos dijo.

En el café no quisieron creernos. Ariotti, que era cabo de la reserva, quiso ir en persona a inspeccionar. Cuando volvió se expresó en términos estrictamente militares.

—Es lo que se llama un copamiento por movimiento envolvente —dijo Ariotti.

Los otros dos —griegos y quioscos respectivos— aparecieron juntos dos meses y pico más tarde, como si el Gobierno hubiera resuelto matar dos pájaros de un tiro: estimular el cruzamiento de la sangre hispano-italo-argentina con la griega y conseguir que la totalidad de la población dejara la totalidad de sus sueldos en impuestos internos. Los nuevos quioscos no estaban en la manzana del café, pero sí en la calle del café, una cuadra hacia arriba el quinto y una cuadra hacia abajo el sexto, por lo cual Ariotti, puesto ya en técnico, volvió a decir que los griegos marchaban ahora hacia el copamiento de la ciudad tal cual avanza un frente de langostas: en profundidad pero sin dejar de ampliar la base. Todo esto no fue, por supuesto, motivo de preocupación sino de risa, pero lo que ocurrió al mes de ser seis los griegos nos tuvo, durante algunos días, con el ceño fruncido. Porque una tarde los griegos aparecieron jugando no en la última mesa de casín sino en la penúltima, y entonces Ariotti, que era el encargado de redactar los partes, dijo, papel y lápiz en mano y haciendo dibujitos:

—Fíjense cómo operan en dos frentes, el externo y el interno. Estos deben ser de la quinta columna.

Nosotros no les perdimos pisada durante varios días, porque si en algún momento llegaban a aparecer dos griegos más que ocupaban la última mesa, ya podíamos empezar a imaginar la escena de seis meses más tarde: catorce, dieciséis o veinticinco griegos que ocupaban las cinco mesas de casín y nosotros, amontonados como ovejas en el rincón más oscuro del café, como si el café hubiera estado en Atenas, Grecia, y no en

Rosario, provincia de Santa Fe, República Argentina.

—Si no presentamos batalla ahora —dijo una tarde Ariotti sin soltar el lápiz— podemos empezar ya a capitular.

Nada de esto, sin embargo, sucedió. Los griegos siguieron siendo solamente seis. Eso sí, continuaron desplazándose, y de la cuarta mesa pasaron a la tercera, y de esta a la segunda; pero de la segunda no pasaron. Allí jugaban, pegaditos a nosotros, que ejercitábamos nuestras habilidades en la primera. Eran gente tranquila. No se metían con nadie, jugaban entre ellos un par de horas y se iban. Pero ya no tomaban todos hacia un mismo lado: tres iban hacia un lado y tres hacia otro.

Todo esto lo vio Perfumo tanto como nosotros. Y tanto nosotros como Perfumo vimos que los griegos no jugaban al casín por amor al arte, que no era solo por distraerse que los griegos venían todas las tardes al café y jugaban sus seis u ocho partiditas. Llevaban la contabilidad en la pizarra, una contabilidad extraña, cuajada de signos que ninguno de nosotros entendía aunque los mirara cinco horas. Ellos podían ser griegos, llamarse Alexis, Papadoulos o Poupilis y escribir y hablar en el idioma que mejor les pareciese, pero en ese aspecto se comportaban como si se hubieran llamado Palomo, Peire o Arancibia chico y hablaran en argentino y a gritos como nosotros: al final se acercaban a la pizarra, sacaban las cuentas y, cartera en mano, se pagaban hasta el último centavo.

Al parecer, la mirada de Perfumo empezó a cambiar más o menos hacia la época en que su dueño recibió aquel famoso primer ascenso. Esto, todavía, pudo contarlo Bertolino. Bertolino nos contó después que si el cuerpo de Perfumo seguía acusando aquel cansancio provocado por el trabajo nocturno, sus ojos habían empezado a despedir chispas. Bertolino dijo que cada vez que los griegos escribían sus numeritos en la pizarra, el cuerpo de Perfumo seguía quieto y blando en la silla pero que los ojos despedían chispas y bramaban como una locomotora, más que una locomotora todavía. Bertolino comentó que eso suele suceder cuando la profesión se hace carne en el hombre, y que no es bueno para la salud. «Desgasta», dijo, por lo cual él agradecía que no hubiera el menor peligro de que tal cosa pudiera sucederle. Esto comentó Bertolino, y agregó que el asunto de los ojos de Perfumo había durado más de un mes y que

aquellos ojos de Perfumo le daban miedo a él mismo, a Bertolino, tanto miedo que estaba dispuesto a convencerlo a Perfumo de que ninguno de sus parientes, los de él, Bertolino, no había ni siquiera pasado una sola vez cerca de las costas de Grecia; y aquí aclaró que él no sabía si Grecia tenía costas, pero que era una manera de decir. Y así estaban las cosas, dijo Bertolino, cuando una tarde, en el instante en que los griegos arreglaban sus cuentas, él creyó escuchar que Perfumo había dicho «qué vergüenza». Bertolino añadió que Perfumo y él estaban solos en la mesa.

—¿Qué dijiste? —dijo Bertolino que le había preguntado.

Fue entonces cuando Perfumo pronunció aquel discurso que Bertolino dijo no poder transcribirnos exactamente a causa de su desgraciada memoria. Pero antes Bertolino dijo que Perfumo dejó de mirar la mesa donde estaban los griegos y que lo miró a él, y que entonces él, Bertolino, agachó la cabeza para dejar pasar la andanada, el chisporroteo, las llamas. Y que así, casi echado cuerpo a tierra, escuchó el discurso.

—Cómo no va a hundirse este país, cómo no vamos a ser uno de los pueblos más atrasados de la Tierra si esta gente que viene de afuera, en lugar de trabajar, se pasa las tardes jugando al casín por plata. Cómo vamos a salir de la crisis si estos griegos, en lugar de ir al campo a cosechar maíz, se juegan al casín lo que nos roban a nosotros, lo que nosotros, los argentinos, nos ganamos con el sudor de la frente. Qué vergüenza, Bertolino. Estos no son como los de antes, como tu viejo, Bertolino, como el mío. Y la culpa la tiene el Gobierno, que no los obliga a trabajar, como si las fábricas no estuvieran pidiendo obreros y no hicieran falta estibadores en el puerto. Qué vergüenza. Cómo vamos a ir para adelante, Bertolino, si estos griegos se pasan la tarde jugando al casín por plata —dijo Bertolino que le había dicho, más o menos, Perfumo.

Fue al día siguiente cuando Perfumo dijo lo otro, lo que faltaba. Esa vez no estaba solo Bertolino en la mesa, sino que había varios más, entre ellos el Mingo, que fue el que nos contó. El Mingo contó que esa vez Perfumo omitió el discurso, el que, por otra parte, era ya conocido por todos a través de la versión de Bertolino. El Mingo contó que Perfumo omitió el discurso y fue derecho al grano. Dijo el Mingo que a él también lo asustaron los ojos de Perfumo, pero que estaba tranquilo porque no había nin-

gún griego que se llamara Mingo; que él creía, por lo menos.

—Hay distintas maneras de hacer patria. A estos griegos hay que darles una lección de esas que no se olvidan. Hay que enseñarles —dijo el Mingo que había dicho Perfumo.

El Mingo contó que entonces Ariotti había carraspeado como para que Perfumo lo escuchara.

—Pero no pensarás llevarlos presos ¿no? —había dicho luego, casi compungido. El Mingo contó que Perfumo, antes de responder, se había tocado la frente con un dedo, y Bertolino, días más tarde, agregó que a él, ese gesto y lo que vino atrás le habían recordado algo del finado Iriarte.

—Yo no sé quién puso aquí adentro la materia gris. Pero el que la puso lo hizo sabiendo que serviría para pensar. Porque si hubiera querido que sirviera para decorar, la habría puesto afuera ¿no te parece? —dijo el Mingo que Perfumo le había respondido a Ariotti.

Al parecer, Perfumo pensó durante una semana, o bien, como Bertolino opinaba muy reservadamente, ya lo tenía todo pensado y solo estaba tratando de acostumbrarse a la idea. Pero, ya sea a causa de estar pensando o de tenerlo todo pensado, los ojos de Perfumo se serenaron a tal punto durante esa semana que, decía Bertolino, cuando miraban la mesa donde jugaban los griegos parecían no solo aprobar todo, anotaciones, resumen final y buenas tardes, sino que además reflejaban una especie de anhelo fraternal, de solidaridad, de amor entrañable. Bertolino contó después que no era siempre así, porque a veces los ojos de Perfumo se encabritaban, la locomotora volvía a despedir chispas y a él, a Bertolino, le daban ganas de salir disparando del andén y que entonces la cara de Perfumo demostraba que Perfumo entero estaba haciendo un esfuerzo tremendo, como si hubiera estado sosteniendo una pesa de cien kilos al borde de un edificio de treinticinco pisos; pero que poco a poco los ojos de Perfumo recuperaban la serenidad, hasta que volvían a reflejar aquella simpatía, aquella cordialidad, aquel amor.

—Digan que no sonrío, que si no sería igualito a la mujer que está en la tapa de El Motor Ilustrado, esa revista que trae Peire —había dicho Bertolino.

—¿La Gioconda? —había saltado Lorenzo, que algo sabía de mecánica.

—Esa misma. Igualito a la Gioconda —había afirmado Bertolino.

Nosotros nos limitamos a pedirle a Peire que trajera la revista, y cuando Peire, a los diez días, se acordó y la trajo, opinamos que Bertolino había estado un tanto exagerado. Pero, por ese entonces, ya Perfumo había tomado la extraña costumbre de dar unos extraños paseítos por el café y de pararse a conversar con cuanto tipo se le cruzaba en el camino. Sucedió como si se hubiera propuesto demostrar que no solo la mirada quería ser cordial, sino que todo él era la estampa viva y errante de la cordialidad, y si nosotros lo veíamos reírse y no lo escuchábamos, era por la sencilla razón de que la risa flaquita y circunspecta de Perfumo estaba hecha para una cena en la embajada y no para el café. Bertolino se lo preguntó una tarde delante de todos cuando Perfumo, después de su segundo o tercer paseíto, volvía hacia nosotros bordeando la mesa de los griegos.

—¿Para quién te estás vareando, Perfumo? —le preguntó Bertolino. Perfumo lo dijo en voz alta, a fin de que todos escucharan.

—No somos monos ¿no? Porque hasta los monos alternan con los otros monos, me parece —respondió.

Bertolino contó que Perfumo, después, en un aparte, le había dado un reto de Señor y Padre Nuestro, y que había llegado a amenazarlo con explicarle también a él, a Bertolino, su amigo casi de la infancia, para qué alguien le había puesto al hombre esa cosa gris debajo del cabello y no precisamente encima. Fue por eso, por precaución, que nadie le preguntó nada a Perfumo acerca del traje. Porque no solo estaba el asunto de los paseítos, sino también lo del traje, un traje gris clarito, de entretiem po, con el que Perfumo había empezado a aparecer por el café después de los primeros paseítos de los primeros días, traje gris clarito que estaba con el azul marino de la noche en la misma relación que, en otra época, había estado aquel Dodge 36 de Iriarte con el Ford 47, y que era tratado por Perfumo, según el ojo perspicaz de Peire, con la misma despreocupación con que Iriarte había tratado a aquel Dodge que nosotros habíamos conocido hecho una pintura y Perfumo visto más tarde convertido en una bicicleta de cuatro ruedas.

Se paseaba trajeado así, siempre a la vista de los griegos, siempre sonriente, cordial, oportuno, reflejando por los ojos aquel mentado amor por la vida y por todas y cada una de sus manifestaciones. Hasta que los grie-

gos se iban, porque apenas los griegos salían del café y se dividían en dos grupos numéricamente iguales, Perfumo se ponía serio, volvía con nosotros y ya nadie podía pedirle que tan siquiera moviese un dedo, tan cansado decía sentirse. «Jornada doble, viejo», le decía a Palomo, que seguía siendo el más incrédulo. Sin que nadie se la pidiera, Ariotti, una tarde, durante uno de los paseítos de Perfumo, dio la opinión técnica:

—Clarito como el vino —dijo—: El individuo está tratando de infiltrarse.

—¿Infiltrarse para qué...? —le preguntó Arancibia chico. Ariotti recurrió a la libretita, la hojeó.

—Uno generalmente se infiltra para infiltrarse. Y cuando uno se infiltró, se infiltró y listo —respondió lápiz en mano.

De modo que la tarde en que lo vimos conversando con los griegos, no nos sorprendimos en la medida en que habría sucedido quince días antes. Charló con los griegos hasta que los griegos se fueron, no solo revestido de ese traje gris clarito capaz de infundirle confianza a un prestamista, sino también precedido de la sonrisa que, para ese tiempo, podría haber servido para el anuncio publicitario de cualquier marca nueva de dentífrico. Y no solo charló y confraternizó con los griegos, sino que en cierto momento vimos que sacaba un paquete de cigarrillos y que los convidaba, así, a uno tras de otro, en fila india, e inclinándose un poco y todo; y vimos que los griegos aceptaban, menos uno que, al parecer, no fumaba, y entonces vimos que Perfumo sacaba de otro bolsillo un paquete de pastillas y lo convidaba; y vimos que el otro aceptó.

Tampoco esa tarde le preguntamos nada, porque ya sabíamos demasiado bien en qué lugar estaba esa cosa gris y por qué no estaba afuera sino adentro, y tampoco le preguntamos nada en las tardes siguientes, cuando Perfumo siguió charlando con los griegos y convidándolos con cigarrillos y pastillas de menta. Pero una tarde el Mingo le preguntó, aunque la culpa no fue del Mingo, sino del mismo Perfumo. Porque Perfumo, apenas los griegos se habían ido —y ya habían pasado diez o quince días desde la primera charla—, vino y dijo que era el colmo, que él convidaba con rubios finos y ellos, que tenían quioscos, convidaban con porquerías. Fue entonces cuando el Mingo le preguntó por qué los seguía convidan-

do. Perfumo lo miró un rato antes de responderle.

—Vos podés saber que esa cosa gris está adentro por cierta razón. Pero si no la hacés funcionar, sola no anda —le dijo.

Nosotros presentíamos que toda esa charla debía de ir a parar a algún lado porque si, como había previsto Ariotti, Perfumo se había infiltrado entre los griegos, por algo o para algo debía de haberlo hecho. Pero como Perfumo se demoraba demasiado en demostrarlo, resolvimos dejar que siguiera haciendo en paz las dos cosas: charlar con los griegos y convidarlos con los cigarrillos y las pastillas que los mismos griegos le vendían diez minutos antes. Fue por eso que no escuchamos aquella frase, que Bertolino tuvo que repetir después para nosotros. Bertolino contó que esa tarde reían los siete, y que los siete —los seis griegos y Perfumo— venían riendo desde el principio y que aquello, entre risas y zalamerías, parecía más bien una cena de Nochebuena en la que los siete habían empezado por el champán. Dijo que a él esa frase lo había dejado de una pieza, y que recién la había comprendido del todo cuando tres horas más tarde se había acordado de preguntarle a Lorenzo, que había llegado hasta tercer año de la escuela secundaria; porque Lorenzo le había explicado que, si no le fallaba la memoria, los helenos eran los griegos. Dijo que Perfumo, sin dejar de reír y alzando los brazos, había dicho:

—¡Ya vuelvo, ya vuelvo, helenos!

Nosotros no lo vimos ir, pero, en cambio, lo vimos volver. Porque si Perfumo hubiera vuelto solo, ni lo habríamos advertido, pues a lo sumo habríamos pensado que ese no era sino uno de los tantos paseítos de Perfumo, esa vez hacia el lado del mostrador. Pero Perfumo no volvió solo, sino con el taco de ébano bajo el brazo. Entonces lo vimos, y lo que pensamos cuando vimos que Perfumo se disponía a jugar contra uno de los griegos, contra el mayor, el primero, el que tenía el quiosco al lado de la sastrería, fue que Perfumo buscaba divertirse un rato a costa de los griegos. Y lo que pensamos cuando vimos que Perfumo, en lugar de jugar con la derecha, lo hacía con la izquierda fue también natural.

«Claro», pensamos, «está bien que le juegue con la zurda, porque este griego, para ganarle siquiera al Perfumo zurdo, va a tener que pedir ayuda a su país por telegrama urgente y a entregar en mano propia». Pero nos

equivocamos, aunque no fue porque el griego pudiera, sino porque Perfumo no quería.

Lo dijo Ariotti, que oficiaba de boletinero. «No al cuete era el mejor discípulo de Iriarte», dijo Ariotti, bajito, para los tres o cuatro que lo rodeaban. Y cuando Perfumo, después de perder la segunda partida, dijo, riendo: «Basta, basta por hoy. Ya me han sacado bastante», supimos que los griegos sabían también llevar la contabilidad en castellano. Porque el griego que había anotado se paró y escribió con tiza en el pizarrón: «P-50».

—Mientras los griegos se felicitaban, Perfumo se arrimó a Bertolino y le pidió cincuenta pesos. Bertolino ni amagó a la cartera. «Ya te los consigo», le dijo y, corriéndose unos metros, fue a pedírselos al Gordo López. El Gordo López contó después que él, por si acaso, había revisado la cartera, pero que su único capital era un billete de lotería sin premio. «Pero ya te los consigo», le había dicho a Bertolino, y había ido a pedírselos a Arancibia chico. Arancibia chico contó que él le había dicho que si él, el Gordo López, creía que él, Arancibia chico, era su hermano, Arancibia, estaba totalmente errado. Por lo que había ido a pedirle los cincuenta pesos a Arancibia, que estaba jugando al ajedrez junto a la ventana. Contó que su hermano lo había mirado, primero, como para mandarlo a casa para que cuidara al hermanito.

—¿Es urgente? —le había dicho luego.

—Sí —dijo Arancibia chico que le había contestado.

—Ya te los consigo —le había dicho entonces Arancibia.

Allá, parado junto a la mesa de Bertolino, estaba Perfumo, esperando. Arancibia se le acercó y le dijo:

—Che, Perfumo. Prestame cincuenta pesos.

—¿Te hacen mucha falta? —le preguntó Perfumo.

—Sí —dijo Arancibia. Perfumo sacó entonces la cartera, extrajo los cincuenta pesos que tenía y se los dio.

—Me quedo seco. Pero no importa. Menos mal que recién pedí otros cincuenta —le dijo. Entonces Arancibia fue y le dio el billete de cincuenta pesos a Arancibia chico, y este se lo puso, dobladito en dos, en la mano al Gordo López. Cuando Perfumo recibió el billete de manos de Bertolino, lo miró como si le hubieran hecho falta anteojos.

—Caray —dijo—. Juraría que es el mío. —Entonces fue y les pagó a los griegos.

No fueron esos los únicos cincuenta pesos que perdió Perfumo. Perdió muchos más, a razón de un billete flamante de cincuenta pesos por cada una de las tardes que integran dos semanas. Y no solo había que computar los cincuenta pesos que perdía, sino también los cigarrillos y las pastillas que convidaba, porque los griegos eran medio lerdos para sacar tanto los unos como las otras, de manera que ya la mano de Perfumo parecía haber adquirido un tic nervioso de tanto convidar tanto las unas como los otros (envuelta la escena en un clima tan cordial, tan fraterno, tan animado que, como dijo Bertolino, parecía que los siete —Perfumo y los seis griegos— estaban festejando siempre el cumpleaños de alguien).

Esto era así hasta que los griegos se iban después de haberse repartido los cincuenta pesos de Perfumo. Porque entonces Perfumo se sentaba con nosotros y volvía a caer en aquel cansancio infinito que a Palomo, pese a todo, seguía pareciéndole exagerado; menos los ojos, que recordaban, dijo Bertolino, a la llamita del gas, si la llamita del gas hubiera sido negra y no azul. Y una de esas tardes, sin moverse, Perfumo le pidió a Ariotti el lápiz y una hojita de la libreta que Ariotti llevaba siempre en el bolsillo, y entonces vimos que Perfumo estaba multiplicando catorce por cincuenta.

—Claro, setecientos —escuchábamos que decía, y después vimos que seguía haciendo cuentas, aunque sumas esa vez. Hasta que vimos que abajo ponía un 2000 más grande que todas las cuentas reunidas—. Claro —escuchamos que decía—. Porque como están las cosas, un tres por ciento mensual no puede considerarse usura. Porque no solo está lo que pierdo sino lo que dejo de ganar. Y además están los cigarrillos y las pastillas, y no solo lo que convidó sino lo que después tengo que comprar. Y los intereses lógicos de la inversión. Y además el salario hora que no cobro. Y qué menos, como está la vida, de veinte pesos la hora. Y los intereses de los salarios que no cobro. Claro, viejo. Dos mil es poco todavía.

Entonces vimos que tachaba el 2000 y debajo escribía un 3000 que llenaba el resto de la hoja. Y vimos que subrayaba el 3000 y que se guardaba el papelito en un bolsillo. Nosotros no le preguntamos nada porque ya sabíamos demasiado acerca de esa cosa gris que, si no se la hace funcio-

nar, no anda, pero fue Ariotti quien, esa noche, nos dio la explicación con palabras tomadas del lenguaje castrense.

—El individuo está efectuando una retirada estratégica. Se retira y se retira, y el enemigo avanza y avanza. Cuando el enemigo esté lo suficientemente lejos de sus centros de abastecimiento, entonces viene el contraataque, el bolsón, el aniquilamiento. Por eso fue vencido Napoleón en Rusia —dijo Ariotti, blandiendo la libreta.

Perfumo hizo esas cuentas y al día siguiente ganó. Bastó con que la zurda le aflojara un poco las riendas al taco de ébano para que el taco ganara solo por ventaja mínima. Entonces vimos que Perfumo y los griegos se reían de la misma manera en que lo habían hecho cuando las cosas habían sucedido al revés, y vimos también lo que el griego que había anotado la partida escribió en el pizarrón: «N -50». Por lo que Bertolino dijo que lo que faltaba era que esos griegos del diablo quisieran hacerle creer a la gente que eran norteamericanos; confusión que, más tarde, resolvió Perfumo.

—No, viejo. Esa ene no quiere decir norteamericanos. Quiere decir nosotros —le explicó Perfumo, y entonces Bertolino dijo:

—Ah.

Allí mismo comenzó lo que Ariotti había llamado cierta vez «el contraataque». Perfumo empezó a recuperar, a razón de cincuenta pesos por tarde, todos los cincuenta pesos que había desembolsado, y a la semana de ese comienzo, los griegos ya no perdían tiempo discutiendo quiénes de ellos ponían ocho pesos con treinta y quiénes ocho con treinta y cinco: le daban a Perfumo un billete de cincuenta pesos todo manoseado y se iban a atender sus quioscos respectivos. Y fue más o menos a los quince días cuando ocurrió lo del paquetito.

El paquetito lo tenía el griego que estaba anotando la partida y, cuando Perfumo ganó otra vez, los griegos no reunieron sus respectivos aportes hasta sumar cincuenta pesos: sencillamente, el griego que había anotado se adelantó y le dio a Perfumo el paquetito. Nosotros vimos que Perfumo desenvolvía el paquetito y vimos después que lo que había venido tan cuidadosamente envuelto eran cuatro atados de cigarrillos. Vimos que Perfumo primero se ponía serio, pero que después empezaba a reír con esa risa que más que una risa parecía un abrazo.

—Pero sí, hombre. Entre amigos, cualquier cosa —dijo luego, engullendo la voz. Pero después, apenas los griegos desfilaron hacia la puerta, se acercó a la mesa de Bertolino y dijo lo otro.

—Griegos atorrantes —dijo, furioso—. Porque no solo cuatro atados de doce pesos no son cincuenta pesos sino cuarenta y ocho, sino que a ellos no les cuestan cuarenta y ocho pesos sino cuarenta y tres con veinte. Pero no importa. Todo sea por darles a estos griegos una lección de esas que no se olvidan. Cuando vean que no tienen porvenir en el juego, ya trabajarán como corresponde. Si todos hicieran como yo en este país, ya habríamos salido de la crisis.

De cualquier manera, si era el amor a la patria lo que movía a Perfumo, es innegable que Perfumo había sabido encontrarle a ese sentimiento tan noble su lado productivo, como si Perfumo, a la imagen del patriota que abraza su bandera, le hubiera sacado la bandera y puesto en lugar de la bandera una gallina, pero no una gallina cualquiera, sino aquella de los huevos de oro que todos esperamos encontrar siempre a la vuelta de todas las esquinas. Porque no solo fumó gratis todo ese verano, sino que además, apartando religiosamente el billete de cincuenta pesos que ganaba cada tarde y cambiándoselos cada diez o doce días a don Luna por uno de quinientos, y apartando más cuidadosamente todavía los de quinientos, se compró un traje de hilo blanco que reemplazó, justo cuando el calor empezaba a apretar, a aquel otro azul marino que él había lucido otoño, invierno y primavera. Trajeado así, bien bañado y perfumado, subía todas las noches al auto de la policía, y ya no valía la pena mandarlo al Mingo a que escuchara qué orden le daba Perfumo al chofer; porque el mismo Perfumo se había encargado de manifestar que dar vueltas en auto por la Costanera, en las noches de verano, era algo así como veranear en Mar del Plata. Ya para ese entonces había dejado de usar la 45 y la cartuchera, lo que, después de todo, era casi lógico, porque como dijo una vez Bertolino, debajo de ese saquito moderno bien ceñido al cuerpo, ambas cosas o una sola se habrían notado tanto o más que una muleta. Cuando se lo preguntamos —se lo preguntó Peire, terco como siempre—, Perfumo le dio la explicación más amplia que podía darle dada su condición de empleado policial. Eso dijo Perfumo, por lo menos.

—La policía renueva sus métodos constantemente. Ya pasó la época del revólver a la cintura. Hoy se hace todo de otra manera, viejo. Comprendelo —le dijo Perfumo después.

Esta fue la época más feliz en la vida de Perfumo. Porque no solo estaba lo que se había comprado, sino lo que se pensaba comprar. También esto pudo contarle todavía Bertolino.

Bertolino contó que Perfumo le había confesado que, si los griegos seguían demorándose tanto en emprender el camino del que dependía la recuperación del país, para comienzos del otoño pensaba embarcarse en la compra de una motocicleta. Bertolino contó que Perfumo había dudado entre comprarse una motocicleta o un aparato de televisión, y repitió más o menos las palabras de Perfumo:

—Estos griegos cabezas duras son capaces de seguirse demorando un par de años más. Quién te dice. Entonces, la televisión puede esperar ¿no te parece? —dijo Bertolino que había terminado Perfumo.

Fue entonces cuando Ariotti dio su opinión, porque Ariotti, mientras Bertolino contaba, había vuelto a hacer dibujitos y gráficos en la libreta negra. Ariotti dijo que para el modesto entender de un cabo de la reserva, que era él, Perfumo estaba dilatando demasiado el golpe final, el remate. Dijo que Perfumo se iba en fintas, porque si no ¿cómo se explicaba que todavía estuviera jugando contra los griegos por cincuenta pesos, si esos cincuenta pesos no compensaban ni siquiera el aumento en el costo de la vida? Agregó que bastaba con leer los diarios para enterarse de cómo subían los precios todos los días, y que si los quiosqueros conseguían que les aumentaran los porcentajes de ganancia, a cada uno de los griegos le iba a salir más barato perder al casín ocho con treinta todos los días que ir al cine una vez a la semana.

—Pero yo lo comprendo a Perfumo —dijo después—. Lo que Perfumo quiere asegurarse es una pensión vitalicia. O jubilarse. Eso, jubilarse a los treinta y siete años de edad y uno de servicio. Pero yo le daría el consejo que nunca siguió mi viejo, y por eso yo ahora tengo diez pesos en la cartera en lugar de tener diez mil: más vale pájaro en mano que cien volando.

Nunca supimos si Ariotti no le dio ese consejo a Perfumo o si se lo dio y Perfumo, despectivo como a veces era, no lo siguió. Ahora es tarde

para saberlo porque Ariotti desapareció al día siguiente de los dos hechos consecutivos, y lo último que supimos de él, sin confirmación, fue que estaba trabajando de mozo en la cantina del 11 de Infantería. En principio, nada puede probar que, también esa tarde, Perfumo y el mayor de los griegos no estaban jugando otra vez por cincuenta pesos. Pero, a la vez, rebatiéndolo a Ariotti, podría decirse que si no hubiera sido por el azar, por la mala suerte, por el destino contrario, con toda seguridad todavía hoy Roque Perfumo seguiría cobrando en cuotas diarias su razonable jubilación. Porque esto fue, por otra parte, según el testimonio de Trejo, lo que los seis griegos declararon en la policía y ante el mismo juez de la causa. Lo contó después Trejo, quien, en una de sus metódicas pasaditas por los Tribunales, leyó el sumario.

Trejo contó que los seis griegos habían declarado lo mismo: que ellos nunca habían sospechado nada, con más razón habiendo sido Perfumo funcionario policial, cosa que ellos habían sabido porque el mismo Perfumo se los había dicho chapa policial en mano. Y que ellos no salían nunca de noche, porque eran hombres de trabajo que pagaban el alquiler de sus establecimientos y el impuesto a los réditos sin un solo día de atraso. Pero que esa noche habían concurrido a la cena anual de la colectividad y que habían comido tanto que, para favorecer la digestión, habían resuelto volver caminando. Y que por eso, y por ningún otro motivo, venían esa noche caminando por la calle Corrientes. Y que habían visto de lejos el café que está en la esquina de Corrientes y avenida Pellegrini, pero que de ninguna manera habían pensado en entrar, porque ellos eran hombres de trabajo que habían venido al país a trabajar y etc. etc. Y si habían mirado hacia adentro del café había sido por pura casualidad, por mirar, simplemente, y que había sido entonces cuando habían visto que Perfumo estaba jugando al casín con un señor alto y morocho de aspecto respetable. Y que esto no hubiera sido nada, porque también un policía tiene derecho a pasar un rato amable jugando al casín con otro policía o con cualquiera. Pero que algo, al pasar, les había llamado la atención y que entonces, arriándose al vidrio de la ventana, habían visto que Perfumo no solo no era zurdo sino que en lugar de ser un chambón como ellos, que eran gente de trabajo y etc. etc., era un jugador de campeonato. Y que a veces, para que

la gente aplaudiera, porque había más de una docena de mirones, Perfumo cambiaba el taco de mano y, jugando con la izquierda, hacía tales maravillas que la gente, en efecto, aplaudía. Y que ellos habían permanecido allí más de media hora con la nariz pegada al vidrio, en dos filas de tres, los más bajos adelante y los más altos atrás, mirándolo a Perfumo; pero que después se habían mirado ellos, los griegos, sin decirse una palabra. Y que entonces habían seguido caminando, esa vez por avenida Pellegrini y en dirección de la calle Entre Ríos, sin decir todavía una sola palabra, pensando solamente. Pero que al llegar a la esquina de Entre Ríos habían resuelto darle a Perfumo una lección, pero una lección que le aprovechara en vida, porque si llegaban a matarlo no habría habido manera de comprobar que había aprovechado en algo la lección. Por lo cual, si bien reconocían haber sido ellos los autores de la paliza, negaban terminantemente haberlo puesto a Perfumo de cabeza abajo en la pileta; cosa que había que atribuir, no a que había sido puesto, sino a que se había caído.

Esto fue lo que declararon los seis griegos, sin ponerse de acuerdo según Trejo, porque la policía los cazó esa misma tarde en sus respectivos cuchitriles, sin darles siquiera tiempo a que consultaran a cualquier ducho avenegra de los Tribunales de Rosario.

Fue por eso que Perfumo no sospechó nada. Porque si hubiera sospechado cualquier cosa, lo natural hubiera sido que hablara por teléfono al café dando parte de enfermo, y no solo esa tarde, sino las tardes de cinco o seis meses, hasta que los griegos empezaran a olvidarse. Pero no sospechó nada y, en verdad, lo que le pasó a él le hubiera pasado al más pintado. Esto fue lo último que pudo contar Bertolino. Porque a nosotros, la jubilación que se estaba tramitando Perfumo había llegado a parecernos un negocio más bien pobre, no pobre en sí, digamos, sino expresivo de una cierta pobreza de espíritu, de modo que, para ese entonces, solo de tanto en tanto echábamos una miradita a la mesa en la que él había depositado el sueño de una vejez tranquila. Por eso pudo contarle Bertolino, porque él y el Gordo López fueron los únicos que miraron hasta el momento en que nosotros también tuvimos que mirar.

Bertolino contó que también esa tarde todo había comenzado y seguido tal cual todo venía comenzando y siguiendo desde hacía más o menos

cuatro meses a esa parte, o sea, Perfumo que reía, jaraneaba y confraternizaba con los griegos y los griegos que reían, jaraneaban y confraternizaban con Perfumo, siempre un poco menos los griegos, pero de cualquier manera tan ostensiblemente que, como recalcó el mismo Bertolino, solo faltaba que se tiraran pancitos por la cabeza para que aquello pareciera una vulgar despedida de soltero. Dijo Bertolino que si todavía él y el Gordo López seguían mirando era únicamente porque estaban allí; porque si no hubieran estado allí, de ningún modo hubieran seguido mirando, tan de memoria se sabían la forma en que las cosas habrían de ocurrir: la amplia ventaja inicial del griego, la disminución de la diferencia hacia la mitad de la partida, la suave aflojada de rienda al taco de ébano y el correspondiente triunfo de Perfumo, siempre por ventaja mínima. Bertolino dijo que así fue y que también esa tarde, antes de jugar la segunda partida, Perfumo repitió lo que venía diciendo desde hacía más o menos ciento veinte días:

—No se puede ganar contra la suerte, amigo heleno —dijo Bertolino que había repetido Perfumo.

Bertolino contó que todo siguió de manera tan idéntica a como venía siguiendo en los últimos cuatro meses que, en cierto momento, él y el Gordo López tuvieron la clara impresión de que, sentados allí y mirando, estaban realmente tirando la vida. Dijo Bertolino que él había dicho eso y que el Gordo López, tras menear la cabeza de arriba para abajo, había dicho que sí; y que cuando el Gordo López decía que sí había que tener atención a la maroma; y que así se dijo:

—Atenti a la maroma, Bertolino.

Dijo que él y el Gordo López habían hablado de esas cosas sin dejar de mirar, pero que miraban menos porque ellos dos ya veían hasta en la sopa lo que allí estaba sucediendo. Pero que de pronto les había parecido que algo que siempre había estado allí ya no estaba y que entonces, mirando bien, habían visto que lo que faltaba eran los otros cinco griegos, que siempre habían estado sentados en el banco que estaba debajo de la pizarra, flanqueado siempre el que anotaba por los otros cuatro, dos de cada lado. Bertolino contó que eso, a él y al Gordo López, no les había despertado ninguna sospecha y que por eso habían seguido charlando

de esas cosas, sin dejar de mirar, pero mirando menos, tan fatigados los tenía aquello que ya veían hasta en la sopa. Pero que otra vez, de pronto, les había parecido que algo que siempre se había movido allí ya no se movía, y que entonces, volviendo a mirar bien, habían visto que el griego que había estado jugando con Perfumo ya no estaba y que Perfumo, solo junto a la mesa, había dejado el taco sobre la mesa y estaba encendiendo un cigarrillo.

Bertolino contó que Perfumo, medio escondido detrás del cigarrillo, le había guiñado un ojo como queriendo decirle que, después de todo, cincuenta pesos son cincuenta pesos, qué carajo, pero que en ese momento el Gordo López le había dicho a él, a Bertolino, algo acerca de esas cosas y que entonces habían seguido conversando, ya sin mirar, porque esa tarde estaban en vena como nunca para los temas serios. Bertolino dijo que, en medio de la charla, a él y al Gordo López les había parecido que alguien lo llamaba de lejos a Perfumo, pero que no habían mirado porque en ese momento estaban llegando a la conclusión de que tirar la vida allí, sentados en esas sillas y mirando lo que ya veían hasta en la sopa, era ya una soberana estupidez. Y que cuando como diez minutos después habían vuelto a mirar hacia la mesa habían visto que tampoco estaba Perfumo, y que lo único que quedaba de lo que había sido una especie de despedida de soltero era el taco de ébano, quieto en el sitio donde lo había dejado Perfumo cuando había encendido el cigarrillo. Bertolino dijo que si él y el Gordo López se habían quedado allí pese a todo había sido porque estando ya perdida la tarde era completamente inútil tratar de salvarla, porque si no, se hubieran ido; y que habían seguido mirando el taco, ya en silencio, aunque él, por su parte, no podía decir si lo estaba mirando o admirando, y que esto había durado unos diez minutos más. Pero que entonces habían sido ellos, él y el Gordo López, los que se habían mirado.

—Fue entonces cuando te chisté —le dijo Bertolino al Mingo.

Cuando el Mingo miró, miramos todos.

—Deben de estar en el baño. Andá a ver qué pasa —le dijo Bertolino.

El Mingo tardó mucho más en ir que en volver. Aunque, en verdad, no volvió, porque fue de la puerta misma del baño desde donde nos llamó.

—¡Muchachos, vengan...! ¡Perfumo...! —gritó.

Corrimos tan rápido que entramos en los baños antes que el propio Mingo. Pero tuvimos que esperarlo, porque allí no había nadie, salvo el olor, que había nacido a la vida junto con el café y que seguramente lo sobreviviría.

—¡Acá, acá! —dijo entonces el Mingo y se precipitó hacia el patiecito que se abría junto a los baños. Entonces lo vimos a Perfumo, o mejor dicho vimos solo medio cuerpo de Perfumo, porque el otro medio, el que iba desde la cabeza engominada hasta el sitio en que él había llevado la cartuchera el tiempo estrictamente necesario, estaba enteramente sumergido en el agua que llenaba la pileta de lavar. Lo levantó Palomo con una sola mano, y cuando Palomo lo extendió en el suelo de boca para arriba, vimos, además de las huellas de unas cuantas trompadas desordenadamente distribuidas, que tenía el color del mármol, del mármol blanco,

—Está listo. Pero, por si acaso, hay que llevarlo a la Asistencia —dijo Palomo, que tenía en su haber un cruce a nado del Paraná.

Lo alzamos y lo estiramos en el asiento trasero del taxi de Tejerina, que estaba, como siempre, parado frente al café con la bandera baja y enfundada (porque Tejerina, que estaba en el café, había dicho ya mil veces que no había Cristo, ni ley ni servicio público que pudiera obligarlo a seguir trabajando si él, después de dos horas de trabajo honrado, había sacado un jornal que consideraba decoroso). Adelante, junto a Tejerina, se sentó Crespi, y atrás, cuidando la muerte de Perfumo, Palomo. Los demás nos quedamos un rato en la vereda y después entramos de nuevo, con Bertolino y el Gordo López al frente.

—¡Es ese taco...! —dijo de pronto Bertolino.

El taco de ébano estaba sobre la mesa de casín, en el mismo sitio en que lo había dejado Perfumo cuando había decidido encender lo que sería el último cigarrillo de su vida. Nosotros nos acercamos y nos paramos, formando un apretado semicírculo, a unos respetuosos tres metros de distancia, por si acaso, con Bertolino y el Gordo López siempre al frente, Bertolino bien pegadito al Gordo López, como si el Gordo López hubiera sido la garantía de que no podría haber compromiso, tradición o palpito que desoyera el frío consejo de la mente. Y Bertolino debía de saber que alguien le diría aquello para lo cual él había pensado la respuesta con diez

meses de anticipación, una mañana de diez meses atrás, en el café que está frente a la Mixta. Se lo dijo Ariotti, resguardado en la seguridad que le prestaba el estar al fondo del todo, más cerca de la puerta que ninguno.

—Es tuyo, Bertolino. Agarralo —le dijo Ariotti.

IV. El final de todo

Bertolino ni se molestó en darse vuelta para buscarlo o mirarlo. Lo único que hizo fue seguir mirando el taco de ébano, porque le bastaba con abrir la boca para que la respuesta saliera con la misma rapidez con que sale un pájaro de la jaula. Y la abrió, aunque tardó en hacerlo, y no porque no quisiera sino porque quizá no podía, pues si el Gordo López estaba allí, recordándole aquello, él también estaba allí, recordando lo otro. El Mingo contó luego que Bertolino solo abrió la boca después que el Gordo López lo codeó para recordarle aquello.

—Como dijo una vez el Gordo López, yo ni loco. A lo mejor es mío. Pero de mí no va a pasar, porque a mí ni siquiera va a llegar —dijo entonces Bertolino.

Dijo esto y se desprendió del grupo, pero no en dirección del taco sino hacia un costado y conservando aquellos prudentes tres metros de distancia. Hizo esto y lo miró a don Luna, que a su vez estaba mirando como sin ganas de seguir mirando, porque más de una vez había dicho que estaba seguro de que era ese bendito taco el que le provocaba mal de ojo. Lo miró a don Luna y entonces dijo lo que aún debía de estar fuera de los cálculos del Gordo López.

—¿Tiene a mano un poco de querosén, don Luna? —dijo Bertolino.

—Medio litro, me parece —dijo don Luna.

—¿Me lo alcanza?

Nosotros no comprendíamos nada, porque lo que faltaba era que Bertolino se dispusiera a darle al taco una lustradita o algo por el estilo, pero por si acaso empezamos a recular, hasta que Ariotti, desde atrás, dijo «No pisen». Por lo que dejamos de recular y entonces vimos que Bertolino, llevando en una mano la botella de anís llena de querosén que le había alcanzado don Luna, se acercaba al taco.

—¡Bertolino! —gritó el Gordo López, pero Bertolino hizo: «¡Chit!» y tomando el taco por la boquilla con dos dedos que parecían un cangrejo lo levantó despacito y lo tendió en el suelo, los dos dedos pegados todavía al taco pero formando el cuerpo una comba que intentaba conservar aquellos tres prudentes metros antes mencionados. Nosotros siempre habíamos creído que ese taco era un potro negro pero en ese momento, tendido en el suelo junto a la mesa de casín, nos pareció una serpiente, por lo que, por si acaso, empezamos otra vez a recular, hasta que Ariotti, desde atrás, dijo: «Pucha, che. Quédense quietos», pero después Arancibia chico contó que había sido Ariotti el que había empezado a recular primero. Entonces dejamos de recular y vimos lo que estaba haciendo Bertolino.

Bertolino estaba derramando el querosén sobre el taco de la misma manera en que debía de plancharse el pantalón una vez a la semana: la botella de anís que iba y que venía, inclinada, desde una punta del taco a la otra, y el chorrito de querosén que caía sobre el taco, parejo, constante, matemático, bien prendida la botella a la mano derecha de Bertolino o viceversa, pero formando el cuerpo de Bertolino aquella comba que intentaba conservar aquellos tres metros que la prudencia aconsejaba; hasta que la botella quedó vacía y Bertolino la puso en el suelo y la pateó hacia atrás. Entonces nosotros, que habíamos empezado a comprender, comprendimos más; y cuando Bertolino sacó la cajita del bolsillo y encendió el fósforo no nos quedó ninguna duda. Por lo que en lugar de recular, avanzamos hasta recuperar el terreno que habíamos perdido en las dos reculadas anteriores; menos Ariotti, quien, según contó Arancibia chico, dijo:

—Es inútil. Aquí no se puede hacer nada en orden. —Y siguió reculando hasta la puerta.

El fósforo encendido cayó en el charco de querosén y el taco de ébano empezó a incendiarse como un barco. Se quemó así, chisporroteando y echando humo, como luchando contra las llamas, hasta que el final solo quedó intacta la arandela central de bronce, mientras el resto parecía una larga y retorcida cola de ratón. Bertolino no tuvo paciencia para esperar que don Luna trajera lo que hacía falta: él mismo fue hasta el mostrador, trajo la escoba y barrió las brasas y las cenizas hasta el rincón trasero del

salón. Fue al volver del rincón cuando le dijo al Gordo López que le dolía el estómago.

El Gordo López contó esa noche, en el edificio de la Caja Mutual de la Policía, que Bertolino lo había tenido loco toda la tarde con las caminatas. Dijo que nosotros habíamos visto cómo, después de barrer los restos del taco, Bertolino lo había sacado del café casi a la rastra y que él, el Gordo López, había creído que lo que quería Bertolino era simplemente dar una vuelta hasta la esquina para tomar un poco de fresco. Pero no: Bertolino había seguido caminando y así, seguido por él, por el Gordo López, había caminado como veinte cuadras; veinte cuadras le habían parecido a él, al Gordo López, que era gordo, pero a lo mejor habían sido menos, dijo. Contó que a él le había dado un trabajo enorme seguirlo a Bertolino, porque Bertolino disparaba como si la turquita le hubiera acabado de exigir el cumplimiento de la palabra empeñada, y que aunque él, el Gordo López, se apuraba todo lo que le permitían sus gordas piernas, Bertolino le iba sacando cada vez más ventaja; pero que de tanto en tanto Bertolino lo esperaba para decirle que ya no solo le dolía el estómago sino que el dolor se iba corriendo hacia la derecha, hacia el lado del hígado. Pero que apenas le decía esto volvía a caminar y a sacarle ventaja y contó el Gordo López que así, caminando siempre delante Bertolino y detrás él, y esperándolo a veces Bertolino para decirle que el dolor aquel no paraba de correrse, se había hecho de noche, hasta que al final él, el Gordo López, había conseguido, con la excusa de que tenía que ir al baño con urgencia, que Bertolino lo esperara parado en una esquina. Dijo que entonces había entrado en un almacén y que, escondido detrás de una pila de latas de duraznos al natural, había llamado por teléfono al café. Y que había sido entonces cuando se había enterado de que el velorio de Perfumo se hacía en el edificio de la Caja Mutual de la Policía.

El Gordo López contó que convencerlo a Bertolino para que fueran juntos al velorio de Perfumo le había llevado sus buenas diez o quince cuadras con sus correspondientes esperas, porque Bertolino argumentaba que si el velorio de Iriarte había durado hasta las nueve de la mañana, no menos tendría que durar el de Perfumo, si Roque Perfumo no había sido menos amigo de todos que Germán Iriarte; y que qué apuro tenía en-

tonces el Gordo López si recién eran las nueve de la noche, dijo el Gordo López que alegaba Bertolino. El Gordo López dijo que lo que lo había salvado había sido el paso a nivel que está a la altura de Santa Fe al 30, no el paso a nivel en sí, sino el tren de carga que había empezado a pasar cuando ellos, después de bordear la Facultad de Medicina, habían desembocado en la calle Santa Fe, siempre con Bertolino al frente y proa al oeste. Porque entonces Bertolino, sin dejar de caminar, yendo y viniendo esa vez a lo largo de la barrera baja, había aceptado, pero con una condición: que volvieran de la misma forma en que habían ido, o sea, caminando. Dijo el Gordo López que él había consentido sin sacar bien las cuentas, pero qué otro remedio quedaba si lo único que está al oeste es la provincia de Córdoba, dijo, y que así, caminando, habían comenzado a regresar. Por lo cual, al llegar al edificio de la Caja Mutual de la Policía lo primero que había hecho él, el Gordo López, había sido sentarse en ese silloncito en el que todavía estaba sentado; porque él se acordaba muy bien de la cara de Perfumo, pero no de cómo era de blando un silloncito.

Cuando el Gordo López terminó de contar, vimos que Bertolino salía de la sala mortuoria con la misma cara de dolor con que lo habíamos visto entrar, cara que nosotros no supimos si atribuir al pesar por el difunto amigo o al dolor que, según el Gordo López, Bertolino decía que tenía clavado en el hígado. Vimos que salía y que buscaba algo, y que lo que buscaba estaba con nosotros, sentado en el silloncito.

—Vamos a caminar, Gordo —le dijo entonces Bertolino.

El Gordo López lo miró primero a Bertolino, pero lo que dijo lo dijo mirándonos a nosotros; porque lo que buscaba él era ayuda. «Para qué, Bertolino. Se está tan bien aquí...», dijo después sin dejar de mirarnos. Y nosotros dijimos que sí, y no mentíamos, porque realmente estábamos muy bien en ese vestíbulo amplio y bien iluminado, y sabiendo que al fondo estaba el barcito donde uno podía tomarse una ginebra casi al precio de costo. Dijimos que sí varias veces para que Bertolino viera y escuchara.

—Está bien, Gordo —dijo entonces Bertolino y volvió a entrar.

Sentado en ese silloncito lo dejamos al Gordo López cuando, al rato, decidimos dar otra pasadita por el buffet; porque el Gordo López dijo que si el buffet venía hacia el silloncito, él, por su parte, encantado, pero que,

caso contrario, ni soñara el buffet con que el silloncito se moviera un solo centímetro del lugar en el que alguien, alguna vez, lo había puesto. Sin embargo, una hora más tarde, el Mingo vino y dijo que no solo el silloncito estaba vacío sino que él además lo había tocado y que estaba frío, y entonces, buscándolo al Gordo López, llegamos a la conclusión de que tampoco estaba Bertolino.

—Estarán caminando —dijo Peire, mirando el silloncito vacío.

En lo que solo estaba parcialmente acertado, porque el que estaba caminando y no por la calle, sino por los pasillos de la Asistencia Pública, era el Gordo López. Dado que cinco minutos después que Peire dijo aquello, un policía jubilado vino a decirnos que alguien preguntaba, por teléfono, por alguno de los muchachos del café. Fue justamente Peire el que acudió al llamado, y lo que dijo cuando vino lo dijo tragando saliva, como si ya hubiera tenido ganas de salir a la calle en busca de la primera mujer, doncella o no, que lo aceptara como marido.

—Era el Gordo López, desde la Asistencia. Bertolino está frito. Parece que le dio un ataque al corazón —dijo Peire, tragando saliva.

Menos mal que, junto al cordón de la vereda, estaba el taxi de Tejerina con la bandera baja y enfundada, de modo que entramos los que pudimos y fuimos volando a la Asistencia. Cuando llegamos, de lejos vimos a un gordo que estaba caminando por uno de los pasillos laterales, y de inmediato, aunque estaba de espalda, supimos que era el Gordo López. Entonces el Gordo López nos contó. Dijo que si Bertolino estaba muerto no era por su culpa, por la del Gordo López, porque él le había dicho y redicho que no siguieran caminando, y que se había pasado diez o veinte cuadras alcanzándolo únicamente para decirle eso; pero que Bertolino le respondía, antes de volver a sacarle ventaja, que eso ya no era dolor sino una puñalada, y que así, agarrándose el hígado, seguía caminando. Hasta que había sido Bertolino quien, unas diez cuadras más allá, se había detenido a esperarlo y que cuando él, el Gordo López, lo había alcanzado, Bertolino no le había dicho nada acerca del puñal.

—¡Ay, Gordo! —dijo el Gordo López que le había dicho solamente Bertolino antes de caer redondo sobre las vías del tranvía.

Esto fue lo que nos contó el Gordo López en el pasillo de la Asistencia,

y después, entre el velorio en marcha de Perfumo y el velorio por organizarse de Bertolino, tuvimos que movernos en serio. En el mismo taxi de Tejerina fuimos algunos hasta la casa donde vivía Bertolino. Pero cuando llegamos y quisimos subir al famoso altillo nos encontramos con que, precisamente para impedirlo, estaban la patrona y el perro de la patrona, un mastín de noventa centímetros de alto por un metro veinte de largo que se la pasó mostrándonos los colmillos como si nosotros hubiéramos estado trabajando de dentistas a domicilio; y no solamente la patrona y el perro sino también un elástico de cama turca que la patrona había hecho ajustar, verticalmente, a la entrada de la escalera que llevaba al altillo. Porque la patrona nos dijo más o menos setenta y siete veces que Bertolino le debía siete meses de alquiler y que si ese rufián se creía que iba a seguir durmiendo a su costilla, allí estaban el elástico, el perro y ella para demostrarle que estaba equivocado. Solo cuando Peire repitió por séptima vez que Bertolino, para dormir en lo futuro, había elegido un lugar más tranquilo, y se lo describió, la patrona se hizo a un lado y mandó al perro a la cucha. Entonces Palomo sacó el elástico con una sola mano y nosotros subimos al altillo. Pero cuando entramos y miramos, comprobamos que no solo allí no había un roperito que contuviera un florero perfumado, sino que ni siquiera había un roperito, salvo que así la hubiéramos llamado a la soguita que cruzaba, en diagonal, la pieza, y de la cual colgaba algo que en un tiempo debía de haber sido un impermeable, pero que, aun no siendo ya impermeable, debía de haber sido el impermeable en uso de Bertolino; y que la cama turca que faltaba, en la que tantas veces habría dormido la turquita, era la que Palomo, abajo, había devuelto a su posición original.

—¿De qué velorio me están hablando? —dijo entonces Ariotti, con las manos bien metidas en los bolsillos del pantalón—. El que encuentre un peso, que levante un dedo.

Esa mañana, a las once, el único que faltó al entierro de Perfumo fue Bertolino. Y esa tarde, a las cinco, al entierro de Bertolino no faltó nadie. Las seis horas de diferencia no dejaron de tener importancia porque el mayordomo de La Piedad, de quien se había hecho amigo Tejerina durante el entierro matutino, nos guardó en un lugar fresco la palma de flores

que le habíamos puesto a Perfumo y nos la devolvió, bastante bien conservada, cuando a la tarde llegamos con el ataúd de Bertolino. El único problema que se planteó fue ese RIP que figuraba como sola inscripción en la cinta violeta que envolvía a la palma. Problema que ya había empezado a plantearse a la mañana, cuando Peire, después de mirar la palma, había dicho que esa I del medio era un invento del dueño de la florería, porque Perfumo se llamaba solamente Roque Perfumo, y no Roque Inocencio Perfumo ni Roque Ítalo Perfumo. Por lo cual a la tarde, cuando habíamos ido a buscar la palma a la mayordomía, Peire le había preguntado al mayordomo si no tenía un poquito de pintura blanca para convertir esa P en una B, porque, le dijo, si bien Bertolino no se llamaba ni Roque ni Inocencio ni nada parecido a eso, sino Leandro, poniendo una B en lugar de la P quedaría siempre mejor disimulado que esa palma había sido ya usada para el entierro de otro difunto cuyo apellido empezaba con P. A lo cual el mayordomo respondió que, en confianza, si él no sabía qué quería decir ese RIP, sabía, por lo menos, que no eran las iniciales del difunto, porque si no, dijo, todos los difuntos que él había visto enterrar en veinticinco años de trabajo consecutivo —licencia por enfermedad de más, licencia por enfermedad de menos— debían de haberse llamado Roque Inocencio Perfumo o algo parecido a eso, cosa que a él le parecía totalmente improbable. Esto dijo el mayordomo del cementerio, y entonces nosotros pusimos la palma junto al sitio donde había sido enterrado Bertolino y salimos del cementerio un poco más rápido de lo que lo hacía la gente que había ido a otros entierros. Y fue al llegar a la puerta cuando nos dimos cuenta de que Ariotti se había ido sin saludar.

Así desapareció para siempre Ariotti: sin saludar siquiera. Porque el Gordo López fue, por lo menos, más ceremonioso, pues a la tarde siguiente vino al café y nos contó, aunque sin sentarse, que acababa de hacerse socio del Club Calzada, club que si bien no quedaba a la vuelta del café quedaba por lo menos dentro del perímetro urbano, dijo, y que allí podríamos encontrarlo en adelante, tanto para charlar como para jugar una modesta partida a la básica. Nos dio la mano a todos y salió, no solo sino acompañado de Peire, y nosotros pensamos después que Peire lo había acompañado a pie hasta el Club Calzada pues estuvo tres días sin aso-

marse por el café. Al cuarto, cuando reapareció, lo hizo solamente para informarnos que se había puesto de novio, y que si en adelante lo veíamos menos, sería porque a una novia hay que atenderla como corresponde y de ninguna otra manera. Y debió de atenderla muy bien, porque un mes después Tejerina nos contó que Peire se había casado y que él lo sabía no solo porque había llevado en el taxi a Peire y a su mujer hasta el Registro Civil, sino también porque había salido de testigo.

Cuando Tejerina nos contó esto, ya había cambiado el sitio de parada de su taxi. Lo que nosotros sabíamos era que había dejado de aparecer por el café sin previo aviso, pero una noche, caminando por Córdoba hacia el oeste vimos que, parado frente a la farmacia que está en Córdoba y Mitre y con la bandera baja y enfundada, estaba el taxi de Tejerina. Después lo vimos a él, que estaba apoyado en el reborde de la vidriera de la farmacia y en actitud de estar respirando algo con fruición. Primero nos contó lo de Peire, pero después habló de sí mismo. Nos dijo que, después de la serie de muertes ocurridas en el café, él, que era medio curandero, se había aconsejado a sí mismo un cambio de aire y que, experimentando aquí y allá, había llegado a la conclusión de que no hay clima más sano que el que se respira en la proximidad de una farmacia, por lo que allí lo veíamos, bien sentado y respirando aquello tan sano que él no sabía si bajaba, subía o flotaba, pero que alargaba la vida en veinte años por lo menos; y nos invitó a que probáramos, a lo cual el Mingo respondió que, por supuesto, ya lo estábamos haciendo, pero que lo único que se percibía allí era el olor del toscano que el mismo Tejerina estaba fumando; respuesta que a Tejerina le pareció tan insolente que, para darnos a entender que teníamos que irnos, cruzó la calle y levantó la bandera del taxi.

Allí lo dejamos a Tejerina, de modo que cuando un año después quisimos contarle lo de Peire, nos llegamos una noche hasta la esquina de la farmacia y allí lo encontramos, bien sentado en la vidriera y respirando aquello. Le contamos que, sin duda, Peire había seguido atendiendo con toda eficacia a la que en un tiempo había sido su novia, porque lo habíamos encontrado la tarde anterior por la calle, no ya solo ni solamente acompañado de su mujer, sino acompañado de su mujer y empujando un cochecito en el que dormían dos pebetes igualitos, no igualitos a

Peire sino igualitos entre sí, tan igualitos entre sí y tan distintos de Peire que Peire se había apresurado a aclarar que lo mismo eran hijos suyos. Le contamos esto y lo que Peire había dicho antes de seguir empujando el cochecito:

—Así es, muchachos. Llega un momento en que uno se da cuenta de que la vida de hogar lo llena todo —le contamos a Tejerina que había concluido Peire. A lo que Tejerina, que era soltero, respondió que él, si no tenía un cochecito ni dos pibes, tenía por lo menos su taxi y el airecito que se respiraba en la proximidad de la farmacia.

Para ese entonces el café era ya un recuerdo y nosotros, los muchachos, nos pasábamos las tardes y las noches buscando, entre la batahola de bares americanos, restaurantes y supermercados que habían empezado a abrirse por todas partes, un lugar decente donde afincarnos. Nosotros nunca habíamos pensado que alguna vez tendríamos que irnos de La Gran Victoria. No lo habíamos pensado cuando la generación mayor había seguido desapareciendo en fila india detrás de las huellas de Ariotti, el Gordo López, Peire y Tejerina, ni aun cuando habíamos terminado por quedarnos completamente solos, nosotros, los muchachos, que teníamos veinte años, pero que parecíamos no tener otro tema de charla que el pasado, como si a los veinte años nos hubiéramos quedado de pronto sin vida propia, sin futuro. Porque no había sucedido lo que nosotros habíamos creído que debía suceder, o sea, la renovación del elenco, lo que Ariotti, de estar presente, habría llamado el arribo de las tropas de refresco, pues, al parecer, por toda la ciudad había corrido la voz acerca de aquel asunto de la mancha.

Lo que nosotros veíamos era que la gente que entraba en el café lo hacía únicamente para mirar la mancha desde aquellos tres difundidos metros de distancia, y que después de mirar la mancha, la gente se iba del café sin consumir siquiera un miserable cafecito. Nosotros también eludíamos el sector de la mancha, no por temor sino por si acaso, y a veces nos daba pena verlo a don Luna dirigirse con el balde, el trapo de piso y la botellita de detergente hacia las siete baldosas y tratar de borrar la mancha que había dejado el ex taco de Corrales, una mancha oscura y ondulada, como un gigantesco ciempiés que medía casi siete baldosas de

largo por media de ancho. Trabajo que durante tres o cuatro meses resultó tan completamente inútil que una tarde vimos que don Luna, en lugar de dirigirse hacia la mancha con los implementos de limpieza, lo que llevaba en una mano era un martillo. Después vimos que don Luna, arrodillado junto a la mancha, como siempre, pulverizaba minuciosamente las siete baldosas con el martillo, y no solo minuciosamente, observamos, sino con un fervor particular, como si en lugar de destruir hubiera estado construyendo. Y vimos también lo que hizo después: fue hasta el mostrador y volvió con un tachito y una pila de siete baldosas nuevas, relucientes. Entonces vimos cómo extendía la mezcla en el hueco que habían dejado las siete baldosas recién pulverizadas y cómo colocaba las siete baldosas nuevas, con qué amor particular lo hacía. Y escuchamos lo que dijo luego, cuando se paró y contempló las siete baldosas inmaculadas:

—Ahora sí—dijo don Luna restregándose las manos. Luego sobrevino un período de expectativa que duró exactamente quince días. Porque a los quince días, en el lugar donde había estado la mancha brotó una humedad extraña, un tipo de rocío que don Luna tenía que estar secando a cada rato, porque apenas don Luna terminaba de pasar el trapo seco sobre las siete baldosas nuevas, ya volvía a brotar o a posarse, nadie podía afirmarlo a ciencia cierta. Hacia ese tiempo lo que la gente venía a ver, entonces, no era la mancha sino la humedad, el rocío, la garúa invertida, hasta que a los quince días empezó a formarse una loma, una montañita que fue creciendo y creciendo ante los ojos de todos; y entonces era la montañita lo que la gente se paraba a mirar desde la distancia consabida. Hasta que a los quince días la montañita hizo ¡plop! y apareció una boca, una especie de cráter que uno tenía que eludir no solo a causa del efluvio sino por razones de seguridad personal. Y era eso, entonces, lo que la gente se paraba a mirar.

Dado que estaba de por medio nuestra propia estabilidad en La Gran Victoria, nosotros se lo dijimos a don Luna, porque una de dos: o cobraba un tanto por cabeza por mirar el cráter o revocaba el cráter y aquí, señores, no ha pasado nada, le dijimos. Don Luna se tomó su tiempo antes de responder: estuvo más o menos un cuarto de hora mirando el vacío con una mirada blanda, redonda, impersonal, y después, cuando respondió,

así de blando, de redondo, de impersonal fue el tono de voz, el sermón, la letanía.

Respecto de lo primero respondió que si él, alguna vez, hubiera querido poner un circo, lo habría puesto, y que si no lo había puesto había sido porque no había querido; y en cuanto a lo segundo, se limitó a repetir cinco o seis veces si no nos jorobábamos. Pero después se explicó, y lo hizo tocándose las rodillas, masajeándoselas. Contó que, hacia esos días, el dolor en las rodillas no lo dejaba pegar un ojo en toda la noche, y que ese dolor lo venía sintiendo desde la primera vez que, arrodillado, había intentado sacar la mancha; y dijo que no le vinieran a él con que era a causa del ácido del detergente porque él, al principio, había usado jabón de tocador, y que al detergente había llegado después de probar con cuanta clase de jabón se vendía en plaza.

—No se joroban. Por mí, que escupa lava, si le parece. Que sea lo que el taco quiera —dijo al fin, y nosotros descubrimos que él también había terminado por creer en el cuento del maleficio.

De cualquier manera, maleficio o cuento, nosotros habíamos descartado de plano la idea de que alguna vez tendríamos que irnos de La Gran Victoria y salir a buscar otro sitio en el cual pudiéramos seguir aprendiendo lo que años antes habían aprendido Iriarte, Perfumo y tantos otros para llegar a saber, a los cuarenta años, lo que a los treinta y cinco habían sabido aquellos, o un poco más todavía, si esto era posible. No lo habíamos creído ni aun en los momentos en que no había un solo miedoso o tacaño mirón parado a tres metros del ya pavoroso cráter —hacia el que marchaba, día y noche, una caravana de hormigas negras a las que nadie molestaba— y éramos nosotros, los muchachos, los únicos pobladores del café. Y una tarde en que, para parecer más, nos habíamos sentado en distintas mesas, el Mingo dijo lo que todos veníamos pensando desde casi un año atrás.

—No hay por qué preocuparse. Porque mientras sigamos viniendo todas las tardes y tomemos nuestro par de cafecitos, nadie nos va a echar de aquí —dijo el Mingo desde la mesa que estaba junto a la ventana.

En lo que habló como un sabio, porque nadie nos echó de La Gran Victoria. Porque, para echarnos, tendríamos que haber estado adentro, y lo

que pasó fue que una tarde no entramos, no pudimos entrar. Vimos antes, de lejos, el letrero rojo que las persianas bajas. Era un letrero enorme que cruzaba como una vincha el frente del café. Cuando llegamos, leímos lo que estaba escrito arriba con unas letras blancas y gordas como nubes de verano: «Aquí, gran remate», leímos. Y lo que decía debajo lo leímos mejor desde la vereda de enfrente, porque el letrero estaba colocado un poco encima de las persianas.

—Lo único que falta es que lo rematen a don Luna con su reuma a las rodillas o lo que sea y todo —dijo el Mingo cuando terminamos de leer.

De don Luna no supimos más que lo que nos dijo una vecina dos días después del remate: que, renqueando, había salido del café con una valijita de fibra en una mano y un frasco gigante de linimento en la otra. Esto supimos esa vez, y lo otro lo contó el Mingo tiempo después, cuando nosotros llevábamos todo ese tiempo trotando por las calles en busca de ese lugar en el cual pudiéramos seguir aprendiendo lo que nos faltaba aprender. El Mingo contó que lo había visto a don Luna vendiendo pescado en uno de los puestos de la feria que está en Catamarca y Ovidio Lagos, y que no se había acercado a saludarlo porque la cara de don Luna no era de esas que invitan a que uno se acerque y las salude. Dijo que entonces, escondido atrás de un árbol de la vereda de enfrente, había visto que don Luna trataba a los pescados como si los pescados hubieran sido aquellas siete baldosas manchadas por el incendio del ex taco de Corrales, y que cuando no estaba tratando de esa manera a los pescados lo que hacía era frotarse, pero no solo las rodillas, sino también los brazos, metódicamente de izquierda a derecha y cada vez más rápido, tan rápido que al final parecía el ventilador que, según el finado Perfumo, el Turco Yale había reclamado para su uso personal en la Jefatura de San Francisco. Esto contó el Mingo esa vez, y lo otro lo contó meses más tarde, cuando todavía andábamos explorando la ciudad para ver si en la ciudad existía ese lugar que pudiera enseñarnos el resto de lo que a los cuarenta años tendríamos que saber.

Contó que él no lo había visto con sus propios ojos, sino que se lo había contado el puestero que vendía pescado en el mismo puesto en que don Luna lo había estado haciendo meses antes. Dijo que a don Luna le habían cortado un dedo de una mano, porque como consecuencia de

tratar a los pescados como los trataba, se había clavado una espina en un dedo, y como consecuencia de estar siempre tan ocupado en frotarse, había descuidado la herida, de modo que para evitar que la gangrena le comiera la mano, los médicos habían optado por cortar el dedo.

Esto contó el Mingo esa vez, y lo otro lo fue contando a medida que se lo iba contando el vendedor de pescado: a los seis meses le cortaron la mano; al año, el brazo. Y esto fue lo último que supimos por boca del Mingo. Porque lo otro, que fue lo último que supimos en definitiva de don Luna, no tuvimos necesidad de que nos lo contara nadie.

Una tarde de dos años después lo vimos en las populares del hipódromo. Estaba sentado en una silla de ruedas y fumaba furiosamente un cigarrillo tras de otro. Cuando ya el pucho le quemaba los labios lo escupía, y entonces el chico que empujaba la silla le ponía otro entre los labios y se lo encendía. Le habían cortado las dos piernas y el otro brazo, parecía una especie de gigantesco pez martillo recién sacado del agua, pero cada ojo, bajo las cejas peludas y negras, era francamente una puteada.

campos,



En una carta dirigida a César Tiempo, Amaro Villanueva sentenció: «De esa pluma va a salir la gran novela agraria argentina. Vive en San Javier, provincia de Santa Fe. Y esa es toda su dirección». Se refería a **Luis Gudiño Kramer (1898-1973)**. Lo notable es la fecha, 5 de septiembre de 1937. Restaban todavía tres años para que este autor diera a conocer su primer libro, *Aquerenciada soledad*.

Gudiño Kramer comenzó a escribir sus primeros relatos precisamente en San Javier, en la costa norte santafesina. «De noche encendía una lámpara, y empecé a recoger los latidos de esas poblaciones, los alaridos de los indios, las noches serenas, sólo interrumpidas por la ronda policial, los milicos al tranco de los caballos que tocaban el silbato a cada cuadra», según sus palabras. Pero este no era sino un nuevo (y finalmente irreversible) giro en una vida llena de aventuras. Entrerriano de nacimiento, este autor tiene uno de los prontuarios de oficios más originales de la literatura argentina: grumete en el vapor en la carrera La Paz-Rosario, ayudante de tenedor de libros, bibliotecario, empleado de banco, cuidador de ovejas, rematador, administrativo, segundo mayordomo de campo, topógrafo del Instituto Geográfico Militar, chacarero, periodista y, por último, jefe de redacción del diario *El Litoral*. Se convirtió, con el tiempo, en uno de los más destacados escritores del litoral argentino en el siglo XX.

Su obra narrativa comenzó con *Aquerenciada soledad* y siguió con *Tierra ajena*, *Señales en el viento*, *Caballos*, *Sin destino aparente*, *Cuentos de Fermín Ponce*, *La creciente* y otros cuentos y *Las hermosas criaturas*. En forma paralela, Gudiño Kramer publicó los libros de ensayo sobre literatura y arte *Exaltación de los valores humanos en la obra de Hudson* y *Escritores y plásticos del litoral*; y otros dos centrados en la historia y el folklore regional: *Médicos, magos y curanderos* y *Folklore y colonización*. El indudable sesgo social de su obra debe colocarse en línea con la militancia que mantuvo, a lo largo de su vida, en las filas del comunismo criollo.

Los relatos «Soledad» y «El orden de la ruta» pertenecen a su libro *Aquerenciada soledad*, publicado en 1940.

Luis Gudiño Kramer
Soledad y El orden de la ruta

En puntas de pie, para no despertarlos, el hombre se acercó hasta sus hijos, les arregló las ropas y se quedó mirando esos rostros que el sueño embellecía. Después pasó a su dormitorio y, contemplando a su mujer sintió que una ola de ternura lo invadía, sacudía su sensibilidad, serenaba su espíritu.

Puso su mano en la frente dormida y acarició los párpados que cerraba el sueño. Una sombra violeta circundaba los ojos tantas veces besados y el ritmo sereno de la respiración estremecía su seno cálido de madre.

Volvió a la soledad poblada de imágenes, a su cono de luz, a su absorta ansiedad de comprensión y de belleza.

La lámpara irradiaba un suave calor. El monótono ruido de la combustión acunaba sus recuerdos. Dejó el libro sobre sus rodillas, cerró los ojos fatigados y comenzó a rever su vida. Su pobre vida atormentada de hombre feliz en apariencia, de horrible soledad en la intimidad de sus sentimientos.

Así se veía en sus imágenes. Solo en la noche. Soledad del que vela, único y solo frente a todas las acechanzas. Afuera el rocío, las estrellas tan altas, los árboles dormidos, la calle desierta, la vida en suspenso. Las angustias del vivir cotidiano comenzaban a disiparse, a diluirse en el seno maternal del silencio. Pero del fondo de sus impresiones y de sus recuerdos, angustiosa y dolorida, se levantaba esa conciencia de su deber, de un deber de ser comprensivo y vigilante, rígido y tierno, generoso y prudente. Se prometió ser mejor cada día. Cada día más sencillo, más frugal, más simple y generoso.

Pero cada día —sí, cada día y a cada nuevo esfuerzo y renunciamiento— se sentía más solo. Y es que de tanto prodigar ternura y ansiedad a su

alrededor iba dejando su alma abandonada. Pensó que a su corazón —no encontraba otra imagen— lo había estrujado tanto, que ya cada ternura le causaba dolor.

Alguien se quejó en sueños. Abandonó su mundo de recuerdos y corrió, angustiado. No; no era la fiebre ni la enfermedad, ni el dolor de la carne. Eran los sueños, nomás.

Salió a la noche y ante ella, empequeñecido y tembloroso aún, recordó aquellos versos de Fernández Moreno: ¡dormid tranquilos que yo estoy despierto!

Y entró en su reino, engrandecido y limpio de recelos. Se sintió completamente hombre, responsable y paternal. Y dio paso, en su conciencia, a la vejez que se insinuaba y que se resistía a aceptar con un resabio de egoísmo.

Los mundos distantes, el universo inmenso... ¡bah!... su mundo, el mundo de la gota de agua, ¡eso era lo importante y verdaderamente grande!

Y retornó a su mundo.

Su mundo

Él hubiera deseado estar marcado, quemado por un fuego de llama permanente. Que sus creencias no cambiaran como el agua o el aire de cada mañana. Ser cualquier cosa.

Una imagen proyectada en el cielo; una sombra fugaz en las paredes o un estremecimiento en el vuelo de los pájaros, en cambio de su fría apariencia, de su fácil conformidad.

Ser una piedra de esas que están en las pircas que orillan los caminos de la sierra, o el ladrillo endurecido por el amasijo y templado por el fuego. O el pedazo de carbón, negro y martirizado que da calor y pequeña vislumbre. Cualquier cosa sustantiva y simple, útil o ardiente o fulgurante.

Cantaban los pájaros en los árboles de su huerta y sintió que tampoco esa era su huerta. Los árboles que plantó su mano estaban por ahí, sobre la tierra ajena.

Y comprendió su angustia.

Tuvo conciencia de su desazón, y un recuerdo confuso que parecía nacer en la corriente de su sangre, le traía desde oscuras y lejanas raíces un mandato. La voz de su atavismo.

Y esa confusa pero poderosa conciencia lo identificaba con los hombres y ambientes que pronto vendrán, con su hálito primitivo, vigoroso y fecundo.

Pueblos y hombres; leyendas y realidades supervivas a lo largo del camino de la costa le infundían, en ese plano de reminiscencias, una seguridad de vida, de permanencia, de posteridad.

Sintió alegría al encontrar su sendero. Y pensó: He aquí el puente de arco iris del negro inocente para llegar al cielo con su acémila.

Su arco iris la tierra. Trabajada y sudada por sus antepasados.

Y presintió el campo, ahí, a la vuelta.

Desemboquemos en él con la misma impresión de deslumbramiento que cuando venimos caminando por esas últimas calles del suburbio, y al ir a doblar una esquina, nos encontramos con toda la maravillosa soledad y vacío del campo delante de los ojos miopes de no mirar el horizonte.

La vida es larga...

El perfume de los naranjales rinconeros se nos anticipa apenas pasamos el puente colgante. Un automóvil no es un caballo, evidentemente, pero, así y todo, al sentir el viento libre golpeando los cristales del coche y en el rostro ansioso de campo y en el espíritu con sed de silencio, creemos sentir esa impresión del resero de Güiraldes, de vuelta al pago después de un viaje aleccionador.

El campo, en realidad, es más que una presencia. No existe solamente en extensión, sino en hondura. El hombre ese que nos pasó apurado porque tiene que llegar a Helvecia antes de que cierre el Banco, en realidad no viaja el campo, sino el camino.

En cambio, el haragán aquel que encontramos, de bombacha suelta y alpargatas, a la puerta del primer rancho, está impregnado de campo

desde la punta de la chancleta hasta la bombilla del mate. El campo en él es un aura vital, una naturaleza, una presencia y una eternidad. Lo miramos con nostalgia, como iremos mirando todo eso primitivo, antiguo y vegetal, sólido y permanente. Los brotes del campo. Así, llegaremos a la Vuelta del Dorado, paisaje barato de cromo. Los ubajayes y los ombúes, menesterosos entre la tierra arada, no son los de Fígari, pero nos llevan a un recuerdo necesario, pues es preciso enterrarse en la tierra antigua, dormir de vez en cuando doscientos años de historia y despertar oyendo alaridos mocobíes y proclamas enjundiosas en el buen castellano de los conquistadores.

Al norte nos espera mayor liberación. Campos, haciendas y Algarrobos son como una sinfonía tonta coloreada por los rayos del sol y los arcoiris de nuestros recuerdos.

Nosotros pasamos, mientras árboles, bestias y hombres, enterrados hasta el corazón en una libre esclavitud cotidiana, nos alargan su olor fecundo y su vibración vegetal.

San Javier nos recibe con los cipreses del cementerio y la alta torre de su iglesia. Vahos de indio, presagios de malón, olor de alfalfa. Vacas sueltas y niños mendigos; estrellas enturbiadas por el fino polvo que arremolina el viento norte. El caballo está atado al palenque de la pulpería. Música de acordeón y la presencia de duendes en todas partes, poniendo claridad en las calles sin luces y alegría y dolor en la cara oscura de los vigilantes y en los dientes blancos de los indios.

Los ojos se abren a la luz violeta y procuramos ver qué misterio es el que embellece tanta miseria. Qué alegría hace girar la rueda loca de los molinos y por qué sale esa música pegajosa y honda de las calles desaparejas y de los viejos muros ennegrecidos.

Don Evergisto o don Lanchi nos explican la magia. La magia era ese para qué apurarse, ese mínimo esfuerzo.

Otros que digan el elogio hiperbólico; que otros coloquen el mosaico de las palabras. Nosotros percibiremos el aura vital, el oculto sentido de que está impregnada esta naturaleza, que emana de las arenas, del río y de las nubes, de las palabras perezosas y de las posturas indolentes.

Ya se apagó el eco de las epopeyas, malones y soldadescas. Revolu-

ciones y largas procesiones misionales no han dejado, en las movibles y cambiantes arenas, el más pequeño rastro. Mañana el pavimento alisará y borrará mejor la impronta del pasado. Por él pasará en movimiento la ambición del progreso. Pero estos pueblos seguirán recostados al río, mirándose en constante contemplación. Mientras todo pasa, ellos y sus gentes permanecen. La vida es larga, para qué apurarse.

El orden de la ruta, saliendo de Santa Fe, es el siguiente: Puente Colgante, Colastiné, San José del Rincón, Puente de Leyes, Santa Rosa, Vuelta del Dorado, del Saboyardo, Cayastá, Campo del Medio, Helvecia, El Laurel, Los Algarrobos, Saladero Cabal, Colonia Mascías, San Patricio, San Joaquín, La Elisa Vieja, Puerta de Mántaras, Naranja Dulce, Colonia Francesa y San Javier.

Pueblos, muy pocos. Ruinas. Nombres en los itinerarios, en los mapas y en la memoria de los traperos, sin realidad en la época presente. Cuanto más, una chimenea o las grandes calderas echadas sobre el costado que el cáncer del óxido les deforma, señalan lo que fue un enjambre de trabajo y de hombres en lucha. Más allá los ladrillos de una estancia, de una casa señorial que derrumbó la taba y la pereza: San Patricio. Nosotros alcanzamos a ver, enhiestas aún, las paredes octogenarias de grandes ladrillos, y con restos de patios coloniales de baldosa perdidos entre una densa raigambre de gramillas. Los techos de tejuela derrumbados a medias permitían al sol agostar líquenes y musgos, mientras un timbó, que había prendido sus raíces en mitad de un aposento, ya alcanzaba con sus ramas la altura de las paredes. El árbol, protegido de los vientos hostiles por la fábrica de gruesos adobes, estaba allí, señor de las ruinas, cargado de nidos y de cantos. Un balcón de rejas, voladizo, asomaba su curiosidad colonial hacia el río. Y entre sus rejas, las enredaderas silvestres habían tejido un tapiz de guías, hojas y flores.

Todo, ahora, es una pila informe de escombros. El timbó se yergue solitario y a sus pies, salvada de la rapiña por el orín, la reja.

San Patricio es un nombre. El nombre de un campo donde veinte colonos sufren la miseria del trabajo sin esperanza.

La historia, que pretende conferir jerarquía al suelo empapado de sangre derramada en luchas fratricidas o donde el indio entregó la suya, inocente y salvaje, debemos escribirla con palabras de sorpresa y de asombro. La historia en estas tierras maravillosas está en continuo asombro, y desde mucho antes de Garay; de mucho tiempo atrás de la emigración de los diaguitas... desde antes del nacimiento de los bosques y tal vez desde antes que esto fuera un mar o un ancho río, sobre cuyas arenas, ahora, sembramos el maní y levantamos nuestros ranchos de chorizo y paja, todo ha sido una constante renovación sobre el mismo paisaje inalterable. La vida es larga pero el tiempo es corto. Revoluciones, malones, haciendas y después tractores. Caminos y escuelas. El campo domesticado llegó hasta el horizonte. Pero el hombre, siempre el mismo esclavo sobre la tierra ajena, fecunda o estéril, fácil o indomable. Árboles y hombres creciendo más para adentro, para las raíces, que para su extensión. Cosas y hombres, como el timbó, solitarios. Sus esfuerzos, las ramas de su linaje y de su esfuerzo, no se han unido todavía para formar el bosque.



Lermo Balbi (1931-1988) creó para su literatura una comarca propia, imaginaria pero con mucho de real, a la que llamó Corda. En Corda, Balbi fusionó el espacio de las chacras y de los pequeños pueblos del departamento Las Colonias, en el centro de Santa Fe. Y también un tiempo, el que transcurrió en su infancia campesina cerca de Jacinto L. Arauz: «Una época de oro, llena de estíos, cosechas, olor lúbrico de semillas, galpones con cereal almacenado, caravanas de colonos y peones hacia la trilla, cuadros de luz y aroma a siega, muchachas con ropas claras, anchos sombreros y pañuelos frescos bajo el sol llevando la merienda a los trabajadores al pie de las parvas, a la sombra de la cortitrilla, en medio del campo refulgente», según sus propias palabras.

Balbi combinó su trabajo de escritor con el docente. Fue ese itinerario el que lo devolvió a los pueblos y los campos una vez que se graduó de Profesor de latín, castellano y literatura en el Instituto Superior de Rafaela. Ejerció como maestro rural en Sotomayor, Providencia y Pilar. Recién después de varios años retornó a Rafaela, ciudad que lo consagró como uno de sus grandes escritores.

El origen de su extraño nombre de pila está rodeado de misterio: «Él nunca supo o quiso decir su significado y por qué se le impuso. Solamente aclaraba que había partido de la tía Luisa en cuya casa había nacido. Incluso le fastidiaba cuando en alguna reunión se insistía sobre el tema», señaló su biógrafo Enri Milesi.

Además de su narrativa, que incluye *Los días siguientes*, *Tres cuentos*, *Los nombres de la tierra* y *Continuidad de la gracia*, Lermo Balbi publicó tres libros de poesía: *El hombre transparente*, *La tierra viva* y *Arauz muerto y celeste*.

El relato «Las lluviosistas» pertenece a su libro *Los días siguientes y otros relatos*, volumen antológico especialmente concebido por Jorge Isaías para la Biblioteca Digital.

Lermo Balbi
Las lluviosistas

Las hermanas Verónica y Pina Polanta fueron las últimas lluviosistas que tuvo Corda en su larga historia. Luego de que ellas dejaron libre el oficio, nadie quiso intentar el trabajo, ya sea porque la actividad no es propia para el común de la gente (no todos tienen condiciones para hacer llover), ya sea porque el tiempo, al avanzar hacia épocas más modernas, se organizó mejor con sus elementos atmosféricos y los colonos aprendieron a depender de sus regímenes; ya sea porque las hermanas tuvieron sus serios desencantos después de haber dedicado la vida entera a contentar a la gente con sus lluviecitas, sus chaparrones y sus verdaderos diluvios, según fuera la necesidad general de la colonia. Este final quizá influyó en los que hubieran querido seguirlas en la ocupación, aunque su vasta fama fuera suficiente para tentar a cualquiera.

Ellas dos fueron munificentes y hacendosas a pesar de su ancianidad. Casi todos las conocieron viejas y nadie alcanzaba a comprender cómo de cuerpos tan entecos podía salir la fuerza de la lluvia. Porque ellas eran además muy delgadas, muy secas de carnes, muy planas, propio que un trozo de cecina y cualquiera que se les pusiera al lado parecía en cambio grueso y exuberante. Mujeres pródigas, como doña Veneranda Suppo, la esposa del juez, por ejemplo, evitaban siempre acercárseles para no parecer una montaña de carne y huesos y las dos viejecitas, en cambio, despreciaban cosas tan notables que ocupaban tanto lugar y no traían provecho. «Una mujer estúpida en cuerpo tan grande —decían ellas— es mucho más estúpida todavía».

Si los colonos de Corda estaban necesitando agua —agua del cielo, se entiende— con el fin de alentar un triguito esmirriado por la seca para que reverdeciera y encañara, iban hasta las viejas hermanas y les decían:

«Pina y Verónica Polenta, nuestro trigo de la harina y del pan necesita agua. ¿Qué se precisa para que le caiga la lluvia?».

Ellas se ponían una mano en el corazón, hacían reír sus hondos ojos pesquisidores, se consultaban un rato en voz muy baja en un rincón de la galería para que los otros no oyeran y volvían a enfrentarse con la comisión peticionante y le decían punto por punto lo que alguno tenía que hacer para que lloviera el agua que venían a pedir. Nadie decía ni mu y se iban a cumplir para conseguir la lluvia que llegaba puntual, fresca y vivificante como la habían deseado. Y la generosidad y poder de las hermanas seguían creciendo.

A veces parecían complicados los pedidos de acciones previas que debían cumplirse para obtener la lluvia, pero ellas prescribían y la lluvia venía. Se cumplía tal cual, o no se cumplía. No había más opción que hacer lo que ellas indicaban. Pero en Corda se las apreciaba mucho aunque sintieran la inexcusable tiranía con que ofrendaban sus poderes. Eso sí, no exigían más que lo correcto, porque vivían de su profesión como África Rivero que era modista vivía de la suya, o como doña Teresa Bortolotto, que era desembichadora y vivía de su trabajo.

«Pina y Verónica Polenta, nuestro centeno está a punto de tomar arañera por falta de agua. Ya que el cielo no quiere llover, ustedes tienen que llamar al chaparrón. ¿Qué se necesita entonces para eso?».

Las hermanas deliberaban otra vez en secreto y venían con la receta que los pedidos corrían a cumplir. Se vestían con largas hopalandas que se echaban encima en los momentos previos a las tormentas para hacer los conjuros y esas prendas eran como de una tela rarísima porque las gotas que siempre las tomaban por las chacras a donde iban a influir con sus poderes, les resbalaban hasta los pies sin dejarle una mancha de humedad. Se decía que la habían obtenido de un mágico llegado al pueblo en un día de fiesta con su baulito al hombro y un teatrillo plegable en el que actuaba una enana blanqueada con albayalde, no más alta que un gato, que traía tapada para que nadie la viera antes de pagar sus veinte centavos.

Pero al mágico, que se llamaba Bartolón y sabía hacer muchas cosas como convertir el agua en dulcísimo vino garnacha y sacar aves de su bo-

nete, nunca había podido hacer llover y, atraído por la fama de las lluviosistas se fue una tarde, después de la última función, a hablar con las dos para preguntarles qué se hacía en esos casos. Algunos dijeron después que a cambio de la receta, ellas recibieron esa tela de Polonia por la que el agua resbalaba. El mágico se fue con su baulito, su enana esparrancada y su teatro plegado y, quizá, también si no se llevó al secreto para hacer llover, cosa que habrían cedido las hermanas —¡mujeres al fin!— por una pieza de tela blanca que ni el turbión más contumaz vulneraba.

Se necesitaba agua para hacer nacer el maíz y allá iba la comisión a pedirles: «¿Qué se hace en estos casos Pina y Verónica Polenta?».

Y ellas iban a consultarse en secreto para volver con la luz de la sabiduría en los ojos: «Se encierra en una lata un sapo enlazado con cabello de mujer rubia y cuando se duerma lo traen para acá».

La comisión pedía enseguida un cabello a Adela Pradolini que ya había aprendido a no cortárselos porque en las recetas, muchas veces, se necesitaban algunas de esas fulgurantes hebras de oro y buscaban el sapo que enlazaban, el cual no tardaba en dormirse arrobado por los placenteros cuidados que los esperanzosos le dedicaban. Ya en manos de las dos mujeres, a las que de lejos veían cruzar los campos vestidas de blanco, nadie sabía qué destino le daban, al pobrecito, en tanto el cielo se preparaba para la lluvia.

Un poco más adelante, las hermanas empezaron a decir con intranquilidad que los tiempos venían difíciles. Que el Dios del cielo exigía un poco más para abrir las nubes de la lluvia, por lo que ellas debían corresponder con sacrificios más trabajosos.

Beppo Somaglia, que no creía en el buen corazón de las viejecitas, se rió de ellas y dijo que eran unas brujosas que trabajaban con el diablo.

Empezó un período de lluvia remisa y fue la comisión y les dijo: «Nos está faltando el agua para que nazca el alfa y la hacienda se va a morir de hambre. ¿Qué se precisa para que llueva?».

Ellas fueron a consultarse, rieron desde adentro de sus ojos celestes y al volver dijeron con sustanciosa parvidad: «Tomen cabello de mujer rubia y lo atan por doce horas a la lengua del Beppo Somaglia». Y la comisión salió de esa casa e hizo lo que las mujeres mandaban para que

lloviera. Cosa que realmente sucedió para alegría de todos. Con lo cual el Beppo quedó conforme y nunca más aludió a brujas y al demonio.

Pero se supo que Margarita Gerlero, por envidia, hablaba descuidadamente de ellas a causa de esa tela blanca de Polonia que no le quisieron dejar tocar. Margarita Gerlero empezó a decir que era un hule cualquiera y que no había nada de mágico en eso, con lo cual el brujo de la enana las había embromado justamente a ellas que eran tan sabias.

Por esos días faltaba agua para hacer crecer el lino nuevo que tenía tantas ganas de florecer y no podía pues sus raíces estaban paralizadas por la sequedad. Fueron como siempre y les preguntaron.

«Tomen plumas de tuyango y hacen un buen pincel. Con ese pincel untado en... (y les dijo en qué debían soparlo) lo pasan alrededor de la boca de la Margarita Gerlero. Se vuelven acá con ese pincel». La pobre muchacha, por culpa de su amor a la verdad, debió sufrir las molestias del emplasto y por más que gritó y escupió de rabia, no la eximieron del sacrificio por el bien de todos.

Doña Veneranda Suppo, la jueza, o sea la mujer de don Benacho Suppo, el juez (que eran los padrinos de la muchacha), dijo que la autoridad del marido no podía ser menor que la de las dos hermanas por más lluviosistas que fueran. Y que hacer llover cuando a cualquiera se le antojara no podía seguir. La mujer, en eso, era bastante cuerda, como se ve. Y que la lluvia era cosa del cielo no de brujas ni de los espíritus, por lo que era necesario hacérselo saber a las hermanas.

Por esos días alguien necesitó agua para su campito en La Rinconada donde la seca se hacía notar antes por lo salado de la tierra y convenció a la comisión para que en su nombre pidiera un poquito de lluvia. No demasiada: lo suficiente para no molestar a los otros y tener como para aguantar hasta que se precisara realmente una lluvia grande en toda la comarca.

Fueron a pedir el trabajo a las lluviosistas y ellas les dijeron: «Esto exige alguna dedicación, a lo mejor un poco más que otras veces; vaya a saber por qué, pero todo se pone más difícil ahora». Y recetaron.

La comisión se dirigió con mucho respeto, con mucho «disculpe usted» y mucho «es para el bien de la colonia» a hablar con la jueza, pero ella no

quiso saber nada de hacer ningún sacrificio de su parte y los despachó como habían venido: con las manos vacías.

Y no llovió. Fue entonces cuando llegaron los tiempos desoladores: vientos de fuego, sembrados mustios, frondas marchitas, animales sedientos y la tierra como ceniza. Ahora sí, la comisión entera tenía una lluvia grande que pedir y allá acudió.

«¡Ay, ay, esto es serio y enorme! —dijeron mermas de ánimo las viejecitas— en tiempos como los de hoy Dios no larga el agua así nomás. Y por algo será».

«Pina y Verónica Polenta, ¿qué debe hacerse entonces para una calamidad como esta?», preguntaron ansiosos. Y ellas se lo dijeron.

Pero por más que volvieron con humildad a la casa del juez, con desazón, con el estado de quien va a pedir clemencia, la mujerona tampoco quiso ceder y esta vez se enojó de veras exigiéndole a Benacho Suppo, su marido, que fuera y actuara por su cuenta.

El desastre de la sequía prolongado por esa dificultad tenía pendiente a todo el mundo y, cada uno, por su parte, pensaba cómo podía ayudar para salvar pesares. Por eso alguien decidió que la única manera de obtener las bragas de la señora jueza era esperar que las tendiera en el alambre cualquier día de lavado general.

Enormes, enormes, flotaron atadas a un mástil una mañana entera, infladas e impolutas, remedando la gran capacidad de contenido que ese viento cargado de humedades y promesas, traviesamente complotado, se empeñaba en sugerir. Allí quedaron hasta que la intervención oficial mandó arriarlas. Pero el hurto del valiente colono que ansiaba la lluvia fue largamente recompensado por el cielo. Llovió. Llovió lo necesario y aún más. Llovió bella y despaciosamente tanto como los campos esperaban y llovió con la paz y la gentileza de quien desea resarcir la larga falta de un don preciado. Llovió para bien y alegría de todos.

Menos para Verónica y Pina Polenta. Don Benacho, ensoberbecido por su mujer, demostró a todo el mundo que sabía manejar la autoridad. Y la profesión de lluviosista, en Corda, desde entonces está vacía.

Ahora llueve solo cuando el cielo sabiamente lo dispone.



La historia del narrador **Carlos Eduardo Carranza (1881-1935)** guarda la forma de un mito. Nació en Casilda, vivió un tiempo en Rosario y finalmente recaló en la ciudad de Santa Fe. Allí, además de su trabajo como periodista, formó una legendaria dupla junto a Mateo Booz en la década de 1920. Escribieron a cuatro manos *El salvador de la estirpe*, una novela por entregas para el diario *La Nación*. Y también teatro: *Don Osorio*, una de aquellas obras, llegó a estrenarse en Santa Fe bajo la dirección de Armando Discépolo.

La carrera literaria de Carranza, sin embargo, se vio truncada con su prematura muerte en 1935. Ese mismo año había dado a conocer su primer libro en solitario, *Abalorios (Cuentos)*. En ocasión de su homenaje, Mateo Booz confesó: «Debo decir también algo que pocos saben: Carranza era poeta, un gran poeta. Tenía el don de la imagen fulgurante y original y el secreto del número y el ritmo. Era implacable crítico de sí mismo, destruía o guardaba recatadamente esas composiciones».

Con el correr del tiempo, no sólo su poesía, sino también la figura entera de Carranza terminaría sufriendo el olvido. Su libro, *Abalorios*, se volvió inhallable incluso en las bibliotecas públicas. Nunca, hasta hoy, pudieron volver a leerse esos relatos en los que Carranza desplegó sus personajes y esas atentas observaciones de los diferentes ámbitos santafesinos, desde los pueblos del centro de la provincia o la propia capital, hasta los montes del norte. *Abalorios* es el testimonio de su lugar como precursor de la narrativa santafesina, junto a Mateo Booz y Alcides Greca.

El relato «Huakalo» pertenece a su libro *Abalorios*, publicado en 1935.

Carlos Eduardo Carranza
Huakalo

Cuando estuvo hecho el desvío ferroviario don Parmenio Quiroga necesitó más brazos para la explotación de su obraje «Los Tucos». Entre una mesnada de correntinos y santiagueños, fuertes como los quebrachos de la selva, llegó Edisto Gutiérrez, un gigantón rubio de casi dos metros de estatura.

—Este no ha de servir para maldita la cosa —pensó el capataz Sandalio Vidal, mozo bajito, oriundo de Goya, que tenía un desprecio olímpico por los hombres de talla elevada. Y después de mirarlo insolentemente, de pies a cabeza, interrogó:

—¿De dónde venís?

—Del Ambato de Catamarca.

—Ah, los de allí no sirven ni para afilar un hacha. Y, ¿en qué querés ocuparte?

—Soy carrero.

El capataz lanzó una carcajada.

—¡Trabajo de haragán!... Y con ese peso... Pobres mulas...

El señor Quiroga intervino:

—Vamos a necesitar otro carrero, Vidal. Tómelo nomás.

Gutiérrez se incorporó al personal de «Los Tucos» y desde el primer día demostró su capacidad en el empleo. Sus «paradas» eran las que más rendían y mejor aspecto presentaban. El catamarqueño sabía tratar a las recuas, convirtiendo en dóciles cuadrúpedos a las mulas más pícaras. Les fue poniendo nombres a todas: Bonita, Paqueta, Pulida, Chiquita, Calavera... Hablaba con ellas como con seres humanos y rara vez empleaba el látigo para avivarlas.

—Hemos hecho un negocio con este Gutiérrez —decía don Parmenio.

La esposa del obrajero, doña Cata, mujer frívola que de tiempo en tiempo caía a «Los Tucos», abriendo paréntesis a su vida mundana de la Capital, se burlaba del gigante. Los peones la apodaban en quechua «Uman Puca» (cabeza colorada) en gracia al rojo matiz de sus cabellos. Hábil amazona, corría como un demonio por los bosques y caminos, sin compañía. A Gutiérrez jugábale bromas pesadas, muy de seguido. Una vez la halló el carrero tendida sobre la hierba en el fondo de una picada. Daba la impresión de estar muerta. La alzó y cuando consternado prodigábale los más respetuosos nombres, ella se retorció entre los robustos brazos del auriga, presa de una risa epiléptica. En otra ocasión Gutiérrez oyó voces que lo llamaban del lado de la acequia y al correr en esa dirección vio a doña Cata, con medio cuerpo fuera del agua que le pedía le alcanzara sus ropas dejadas sobre las ramas de un sauce.

¡Qué bromista era la patrona!

A Gutiérrez lo acompañó al obraje su mujer Evarista y un hijo de cuatro años: Toto. El chico era rubio como el padre; la mujer una linda criolla con unos ojos provocadores y un bosque de pelo retinto. Contrastaban fuertemente los dos tipos: él colosal, buenazo, callado y trabajador; ella menudita, parlanchina y haragana. Gutiérrez la adoraba, a pesar de sus defectos capitales. Frecuentemente, al llegar a su rancho, rendido por el cansancio, encontraba el fogón apagado y el hijito dormido. Sin esperar a que Evarista volviera de sus excursiones por las viviendas del obraje, prendía fuego y preparaba la comida de los dos.

Sandalio Vidal, tipo de presa, acostumbrado al dominio de la mujer de aquel medio áspero y violento, apenas conversó con Evarista hizo una confidencia en rueda íntima:

—¡Pan comido!

Se los veía paliquear muy a menudo.

—Tenga cuidado —le decían los peones al capataz— Gutiérrez puede darse cuenta.

—¿Y a mí qué? —respondía el prevenido llevándose la mano al costado donde tenía el Éibar. No le causaba miedo el gigante, lo consideraba un flojo y hasta se animaba a correrlo con una varilla de urunday. Además él estaba harto de «Los Tucos» y cualquier día se mandaría mudar.

Sandalio Vidal, malo como una yarará, no contaba con la simpatía de sus patrones, pero don Parmenio Quiroga necesitaba allí quien se impusiera al elemento bravío que periódicamente entraba mezclado a los nativos pacíficos y por eso toleraba al capataz, haciendo la vista gorda ante muchas de sus demasías.

Gutiérrez se había percatado de la amenaza que acechaba a su rancho, pero ante una advertencia más paternal que autoritaria, la Evarista se encolerizó. La tenía su hombre acostumbrada a los mimos y halagos. Ahora le venía con zonceras.

Él no volvió a decirle nada.

Doña Cata lo vio entrar un día en su casa. El hombrón iba con sus pilchas de gala, blusa negra, bombachas de gambrona enchufadas en las medias y pañuelo de seda blanco. Voltejeando entre las manos el alón refirió sus cuitas a la patrona, con voz trémula:

—Yo quisiera, doña Cata, que Ud. le diera unos consejos a la Evarista.

«Uman Puca», maquillada como para una soiré de Santa Fe, echó por el embudito de sus labios embadurnados de rouge un hilo de humo, sacudió el pitillo egipcio y miró al carrero con los ojos entornados. ¿Qué consejos quería que le diera a esa chinita? No valía la pena. Pero prometió.

—No se haga mala sangre, Gutiérrez; lo que sobran en este mundo son mujeres.

Cuando el catamarqueño giraba sobre sus talones para marcharse, dio ella un salto de la mecedora y tomándolo de los brazos lo hizo volver.

—¿Nunca ha querido Ud. a otras mujeres, Gutiérrez?

El auriga meneó la cabezota.

—¡Zonzo!

Al día siguiente, Gutiérrez al regresar del trabajo se encontró con la novedad de que su compañera lo había abandonado llevándose todas sus ropas y dejando al niño en poder de unos vecinos.

—Se ha ido con Vidal —le dijeron, esperando una reacción violenta. Pero Gutiérrez se echó a llorar como una criatura, abrazando a su hijito.

—No están lejos... Allí no más en el otro obraje... en Las Achiras... ¿Por qué no los va a buscar y los castiga? —le insinuaron los compañeros.

El catamarqueño meneó su cabezota rubia.

—¡Huakalo! —lo apostrofó el otro carrero santiagueño Albano Gaité, diciéndole en quechua, llorón.

¿Qué podía valer un hombre que en vez de vengar su honor ultrajado derramaba lágrimas como una mujer?

—¡Huakalo! —repitieron otros a quienes le resultaba fácil ofender al hombre manso y resignado.

Y desde entonces a Gutiérrez ya no se le dio otro nombre. Hasta aquellos que lo estimaban lo llamaban por ese remoquete, sin molestarlo.

Pasaron los días. Huakalo, como si nada hubiera ocurrido en su vida, seguía transportando en su carro desde el aserradero al desvío las maderas del obraje, cada vez más cariñoso y tierno con sus mulas. Ahora les adornaba las cabezadas con flecos de tientos y borlas de lana, colgándoles al cuello dijes sonoros que encargaba a don Parmenio cada vez que iba a la ciudad.

—¿Y mamita? —preguntaba a veces el chico, su inseparable compañero en las horas de trabajo y descanso.

A Huakalo se le encogía el corazón en el pecho. A veces Toto lo veía enjugarse los ojos con el dorso de su mano enorme y abandonarle las riendas. Lo llevaba siempre en el carro y le enseñaba a pronunciar los nombres de las bestias.

—¿Será carrero como yo? —se decía—. ¿Será tan disgraciao como su padre? —Pensando en lo último en las vueltas de algún tortuoso camino de la maraña, deseos sentía de matar a la criatura y matarse él.

Al patrón le había explicado su conducta con motivo del abandono de su mujer:

—El hombre es hombre don Parmenio. Eia es la culpable. ¿Pa qué la voy a castigar, si no me quiere, no?

—Si Ud. no fuera tan flojo lo hacía capataz —le dijo Quiroga que andaba preocupado con la partida de Vidal y veía en Gutiérrez a un hombre honrado.

Huakalo bajó la cabeza sin contestar, como abochornado.

Días más tarde, un hachero correntino, despedido por haragán, lo atropelló con cuchillo a don Parmenio en la puerta del escritorio.

Gutiérrez, presente, se interpuso resueltamente, tomó del brazo al agresor y lo desarmó.

—Me he equivocado, Huakalo —exclamó el patrón abrazándolo—. Ud. es un hombre sereno y valiente.

—Patrón, yo soy güeno y nada más.

Y como Quiroga le ofreciera el puesto de capataz, se negó.

—No, don Parmenio, yo no he nacido pa mandar. Yo solo quiero ser peón... Déjeme con mis mulas. —Y no fue posible convencerlo.

La vivienda de Gutiérrez era la nota feliz en las treguas del trabajo. Como si el drama del rancho destruido hubiera despertado en su corazón un vibrante raudal emotivo, el hombre tosco del trajín diurno se convertía por la noche en una caja musical. Huakalo cantaba vidalitas acompañándose a la vihuela y su voz dulce era un regalo para las chinas. Doña Cata solía cerrar la novela de Pitigrilli con que entretenía sus ocios para escucharla extasiada.

Huakalo, a haberlo querido, hubiera encontrado en sus muchas admiradoras del obraje fácil lenitivo a sus pesares, pero el hombre parecía no tener más alma que para su pibe y sus acémilas.

Saliendo de la estación del Desvío, Gutiérrez se encontró inesperadamente una tarde, con Sandalio Vidal. No lo había visto desde la fuga de Evarista. El ex capataz de «Los Tucos» estaba entre un grupo de hacheros que conocían su aventura. Huakalo se detuvo, hizo crujir entre sus manos el cabo del látigo y miró con fijeza a su ofensor.

—¡Tata, vamos! —gritó en ese instante el niño que lo esperaba sentado en el pescante del carro.

Gutiérrez tuvo un momento de vacilación. Alternativamente paseó sus ojos del grupo al minúsculo tripulante del vehículo que, como si intuyera el peligro, unía a sus llamados unos ademanes de impaciencia.

Al fin, resuelto, volvió la espalda a los hombres y marchó rápidamente hacia el rodado empuñando las riendas. Apenas partió estallaron las mal reprimidas carcajadas de aquellos, sobresaliendo del coro burlón la risa estrepitosa de Vidal. Huakalo la siguió escuchando durante un largo trecho como un eco infernal.

—¿Por qué llorás, tata? —inquirió el niño viendo correr por las mejillas del gigante dos lagrimones.

Huakalo lo acarició en silencio.

Promediaba diciembre. Un calor intolerable atormentaba a los hom-

bres y a las bestias y en la población del obraje todo parecía que iba a sucumbir bajo el sol que brillaba como un ascua ardiente bajo el implacable cielo de acero. El termómetro del escritorio señaló 45°. El amanecer había sido una promesa de día asfixiante y a medio día, exhaustos, rendidos, volvieron a sus ranchadas los hacheros. Los perros carleando buscaban los menguados recortes de sombra de los aleros con las lenguas lívidas y los ojos vidriados... Hasta la avestrucita charabona de Toto, que nunca se guarecía bajo techo, aplastaba el buche en el piso de tierra. El viento norte echaba un resuello de horno sobre las casas. Chorreaban sudor las camisas de los hombres y las mujeres andaban casi desnudas. Los bueyes, desuncidos de los cachapés, rechazaban mugiendo el agua caliente de los bebederos. El horizonte empezó a obscurecerse, poco a poco.

—Va a llover —dijo doña Cata.

—No, patrona, tenemos luna de seca y el norte nos embroma —contestó Albano Gaite, ahora capataz del obraje.

—¡El nublado es quemazón! —anunció don Parmenio, bajando precipitadamente de la azotea con un anteojo militar.

Por la dolorosa experiencia de años atrás ya se sabía lo que significaba aquel hecho. Un peón, a todo lo que daban los remos del caballo, apareció en el fondo de la picada y un minuto después echó pie a tierra frente a la administración. Traía noticias alarmantes. Los bosques ardían como yesca a dos leguas a la redonda. Las Achiras, la Zulema, El Cevilito eran un semicírculo de fuego que, estimulado por el viento, venía cerrándose sobre «Los Tucos».

Quiroga ordenó libertar los animales y enganchar los carros. No quedaba otro camino expedito para la fuga que el del sur, cortado por el arroyo Las Iguanas. Tendrían allí que desuncir y vadearlo a lomo de mula.

La faja negra del horizonte fue elevándose. Inmensas nubes de humo, rasgadas continuamente por cárdenos resplandores, condensaban el hollín de los montes carbonizados que el viento hacía caer sobre la tierra y los árboles todavía indemnes, como una erupción volcánica. Pronto la humareda alcanzó el cenit, cubrió el sol y entenebreció la tierra. Ramas encendidas volaban crepitantes por el aire, resolviéndose en secas explosiones, como estallidos de cohetes. Algunas cayeron en los corrales. Las

bestias, tocadas por el fuego, se enfurecieron y en medio de relinchos y mugidos rompieron las cercas o saltaron sobre ellas, dando coces en el vacío. Las mujeres apeñuscadas en la casa de los patrones oraban ante los retablos. Otras despavoridas, con los hijitos en brazos, clamaban presas de un terror pánico. Aves de la selva corridas de los nidos posaban sobre los ranchos y se metían en los habitáculos.

El único ser tranquilo parecía ser «Uman Puca». Se había hecho ensillar el zaino de sus correrías por el bosque y en rigurosa indumentaria masculina de breches, polainas y sombrero de cowboy, tenía de las bridas al hermoso equino acariciándole la cabeza con la mano para aquietarlo.

—¡Tata! —clamó el heredero de Gutiérrez, mezclando su espanto al de los otros chicos.

Ella lo atrajo maternalmente hacia sí, calmándolo.

—Se para el norte —vozarreó Gaite en ese instante.

—Está cambiando, y esto nos salva si sigue —dijo Gaite.

—¿Y Huakalo? —inquirió la obrajera.

No lo veía por ningún lado ni apareció al final de una búsqueda larga y afanosa. Nadie recordaba haberlo visto en las casas cuando empezó la quemazón. ¿Dónde estaría?

—¡Hay que buscarlo! —ordenó imperiosamente la patrona, y montó a caballo lanzándose al galope en dirección al monte. Cuatro hacheros correntinos la siguieron.

Empezaba a soplar el sur barriendo suavemente las nubes de humo que volvían a replegarse sobre los focos del incendio. Refrescó la atmósfera y clareó el ciclo con un sol ya en ocaso.

Noche cerrada regresó la amazona con su escolta. Los ijares de los caballos cubiertos de sudor espumoso daban una idea del esfuerzo que habían realizado y las caras caídas de los jinetes informaban mejor que las palabras.

«Uman Puca» apeose de un salto, arrojó la fusta y fue a sentarse al lado de su marido que, codos en las rodillas y cabeza entre las manos, ocupaba un banco, a la puerta de la administración.

—¡Pobre Huakalo! —exclamó doña Cata, mientras encendía un cigarrillo rubio.

Y no pudo decir más porque una atronadora algarabía de gritos y exclamaciones hizo incorporar a los esposos.

—¡Huakalo! ¡Huakalo! ¡Ha llegado el carrero! —proferían hombres y mujeres.

El gigante seguido por una caterva de varones y chinas cruzó el patio llevando en sus brazos un fardo cubierto con un poncho mojado. A la luz del farol suspendido de lo alto de la puerta, los Quiroga reconocieron al catamarqueño, ennegrecido el rostro, chamuscado el cabello, sangrante, espantoso. Algunos girones de ropa tapaban sus carnes desgarradas. Dos muñones con coágulos de sangre negra como brea eran sus pies. Lo tendieron en un catre después de librarlo de su carga que colocaron en otro.

Quedaron todos asombrados. Lo que traía el carrero era su mujer. ¡La Evarista!

Gutiérrez abrió los ojos.

—¡Querido amigo! —solo supo decirle Quiroga.

Huakalo sonrió y empezó a hablar. De sus labios salían difíciles pero claras las palabras.

—Yo juí a traísela a mi pibe, ¿sabe?... Eia la pobrecita quería venir... ¡Acaso no es la magre?... El correntino no la dejaba... se hizo el malo y me peleó... y... ¿qu'iba a hacer?... Dios me perdone... Lo cosí a puñaladas... Así... Así...

Alzó el brazo derecho y como si tuviera en él el fierro homicida finteaba en el aire. Lo extenuó el esfuerzo y se sosegó. Al rato le volvieron las energías. Eran las últimas. Se extinguía.

—Pucha qu'es fiero el bosque quemao... Me faió el cabaio y tuve que andar como una legua a pie... las llamas parecían viboritas... Patrón, me muero... Yo juí un hombre güeno... un hombre güe...

Pesadamente la cabezota del gigante cayó sobre la almohada y Huakalo quedó inmóvil. Hombres y mujeres se arrodillaron imitando al patrón que lloraba. Solo «Uman Puca» permaneció de pie, dominando el cuadro, fría e inmutable.

En el cielo, ahora completamente despejado, brillaban las estrellas derramando paz sobre el duelo de la selva castigada por el fuego.

pueblos,



«Él suponía que era rico porque tenía cien o doscientas gallinas, algunas vacas y caballos. Esto, en Italia, era propio de una persona destacada económicamente y él se basó en eso. Indudablemente, el abuelo no sabía cómo se acaparaba la tierra, cómo se compraban grandes extensiones de tierra. Se conformó con las vacas y gallinas. Era un rasgo lindo, me gusta», confesó alguna vez **Gastón Gori (1915-2004)**. Y en ese relato familiar y sensible que une al inmigrante humilde con la tierra y el trabajo se cifra el corazón de su tarea como historiador y narrador.

Gori nació y se crió en Esperanza, pueblo que fue en su origen la primera colonia agrícola organizada del país. Fue uno de los fundadores de la Juventud Demócrata Progresista del lugar y antes de cumplir los 20 años viajó al campo de un tío suyo en las cercanías de Villa Ana, en el nordeste santafesino. Allí tomó contacto con los quebrachales y vio de cerca la despiadada explotación a la que eran sometidos los hacheros y las familias contratadas por la compañía La Forestal. Investigó durante más de un cuarto de siglo antes de dar a luz su primera obra sobre el tema, pero fue insoslayable: «Fue el digno Gastón Gori quien con su libro *La Forestal* dejó todo al desnudo», sentenció Osvaldo Bayer sobre aquel libro de 1965.

Gori, cuyo nombre verdadero era Pedro Raúl Marangoni, se estableció en Santa Fe. Trabajó como abogado y más tarde se dedicó de lleno a la escritura. Colaboró con los diarios importantes de la región como *El litoral* y *La Capital*, y también con la revista *El Hogar*. Su obra publicada es enorme: «Hay 47 primeras ediciones, incluyendo algún folleto, y hay 40 reediciones de libros. Ochenta y siete veces me publicaron libros, y tengo 87 años», declaró poco antes de morir.

Entre sus libros de poesía se cuentan *Mientras llega la aurora*, *Se rinden los nardos*, *Palabras de refutación gozosa* y *Poemas en la tormenta*; entre los de ensayo *Sobre la tierra ensangrentada*, *Vagos y mal entretenidos*, *La pampa sin gaucho*, *El pan nuestro*, *Inmigración y colonización en Argentina*, *Esperanza madre de colonias*, *La narrativa en la región del litoral*, *La tierra ajena*, y entre los de narrativa *Vidas sin rumbo*, *El desierto tiene dueño*, *La muerte de Antonini*, *Nicanor y las aguas furiosas*, *Pase señor fantasma*.

El relato «Calixto Brillard, se acabó tu chata...» pertenece a su libro *El camino de las nutrias*, publicado en 1949.

Gastón Gori

Calixto Brillard, se acabó tu chata...

I

Calixto Brillard estaba en la ribera del río Salado, en el paraje llamado Mihura. Trabajaba unos tientos. Era viejo, de más de sesenta años; barba blanca y espesa; cubríale el cabello sombrero descolorido bajo cuyas alas sobresalía grisáceo con natural desenvoltura.

En el río flotaba su antigua chata en desuso, sujeta a un árbol de la orilla, y hacia el sur, un puente de troncos a pique y barandas de madera dura no alcanzaba a elevarse sobre las copas de algarrobos que, más atrás, se extendían tupidos hacia ambos lados como si el cauce del río hubiese penetrado abriendo herida en el monte en busca del Paraná arrastrando sus aguas turbias que, de legua en legua, rebasaban en bañados cubiertos de totoras y camalotes.

Era en el mes de enero de 1868; solo la choza de Calixto Brillard había en el paraje, paso obligado entre Santa Fe y la colonia Esperanza.

Donde el monte dejaba claros extensos, el duro pastizal nacía fuerte y compacto de modo que apenas se distinguían las huellas que, prolongadas desde el puente, iban rumbo a la colonia por campo virgen, y hacia Santa Fe, entre bosques y praderas.

Por el lado de la colonia aparecieron carruajes. Eran tres carros atados cada uno con cuatro caballos y venían con carga de trigo. Los colonos estaban sentados en la última estiba de bolsas y daban gritos acuciando a las bestias y restallaban golpes de látigos. Calixto dejó sus tientos para observarlos. Se acercaban al puente y los caballos cinchaban repechando la subida hasta que los carros con ruidoso traqueteo hicieron cimbrar los troncos del puente retumbando sobre el agua. De cada carro partieron

fuertes voces saludando a Calixto y gritándole:

—¡Adiós, viejo, se acabó tu chata!

Pasaron a la orilla opuesta con mayor rapidez para alcanzar el camino y alejarse entre nubes de tierra hacia Santa Fe.

Calixto quedó mirando el puente que arruinaba completamente su negocio y comenzó a recordar su vida desde 1848, cuando aún vivía en Buenos Aires.

II

La escuadra francesa había bloqueado el puerto y para él resultó poco menos que imposible permanecer en la ciudad. Tras el Restaurador, el pueblo porteño sentía herido su orgullo local y apenas si callaban su amor patriótico los que desprestigiaban la política del dictador. En barrios de negros, mestizos y mulatos, la pasión «federal» se encendía en vivas voces y en implacables repudios.

—¡Mon Dieu, mon Dieu! Estos me matan —decía Calixto, aludiendo a la gente exaltada de su vecindad, y se refugiaba en su habitación con paso rápido, mascando la boquilla de su pipa que por bajar en cerrada curva parecía incendiarle las barbas.

¡Pero qué iban a matarlo! Lo que le hacían eran burlas crueles, pero nada más que burlas, puesto que lo sabían asustado e inofensivo.

—Franchute amarrete, carpintero vichador, te vamos a tirar al río para que tragues agua de esta patria que no es de unitarios inmundos ni de franceses traidores...

Calixto Brillard, el ya sin sosiego, no podía exponer ni una sola razón que le valiera amistades rosistas ni simpatía pueblera.

Desde que desembarcara como inmigrante, ocho años de paz llevaba golpeando en su banco de carpintero. Nunca aspiró a levantar cabeza por sobre la medianía ni a mezclarse en luchas locales. Era hombre de labor y si analizara sus sentimientos, podía decir: amo a este suelo como al terruño donde nací; aquí trabaja Calixto, y aquí entre argentinos morirá enseñando el oficio a cuanto negro quiera aprenderlo... Pero quebrada había

sido su paz. Las renovadas voces de guerra levantaban el tono contra extranjeros, de tal suerte que en un trágico anochecer oyó también junto a su puerta una turba envalentonada, que fuese o no por él, concluía así su canto terrible:

«Suene la hora de justa venganza
que provocan piratas ingleses,
que humillar ese orgullo sabremos
a la par que a los crueles franceses...».

Como serlo, sí era Calixto cuidadoso de su vida y más aún por no hallar en ella motivo alguno de malquerencia para con los porteños, salvo su origen, si es que en su origen hubiese culpa. El temor de sufrir represalias siendo tan inocente hizo que modificara sus costumbres, permaneciendo encerrado las horas en que no trabajaba o prolongando labores en su taller; e hizo más: comenzó a pensar en su condición de extranjero, en su apartamento voluntario de la vida local.

Él tenía su ocupación, no ganaba mucho, pero gastaba poco en comida, vino, ropa y tabaco. Por las calles se agitaba con frecuencia la muchedumbre, pero nunca mezcló a los sucesos, cualesquiera que fuesen, más que su curiosidad, y se recogía luego en su casa a leer algún periódico, a fumar su pipa y muy de tarde en tarde, se reunía con parroquianos, de preferencia franceses que recordaban su país sin disimular mucho su desdén por gauchos, negros y la generalidad de revoltosos sin doctrina. Tampoco Calixto había penetrado bien la esencia de nuestras pasiones populares ni considerado con equidad la ruda vida en la campaña argentina, de manera que cuanto ocurría en el orden político o en las costumbres locales, no lo suponía más que expresiones bárbaras de una sociedad llena de fermentos contradictorios, una sociedad sin esperanzas, minada con mal de América. Este error confundió su conciencia y siendo extranjero, se mantuvo alejado de contiendas, diatribas, rencores, apóstrofes, etc. Pero reencendido en torno el fuego localista, imposible le fue vivir en paz, mientras surcaban el Plata naves con pabellón francés.

—¡Franchute traidor! Carpintero espía, andate al río con gringos de tu laya...

Bien era verdad que no merecía este odio, pero no estaban los tiempos para esclarecer esas verdades, y el hombre temblaba cada vez que frente a su puerta pasaba al galope una partida de soldados, o cuando oscurecida ya la ciudad, algún ensoberbecido daba golpes contra los postigos de su ventana. Por tales causas una madrugada del año 1848 cuando aún la niebla cubría las aguas del río y fluctuaba con lentitud movida hacia el mar, embarcado en goleta de no mucha envergadura, entre fardos de mercancías, se alejó de Buenos Aires, para remontar el Paraná esperando hallar en ciudad de provincia la seguridad que creyó perdida allí donde el odio y el terror ensombrecían la vida de los porteños. En el buque conversó con marinos italianos y también con un bravo bretón lleno de palabras y carcajadas. Por el río iban en confraternidad espontánea los que, nacidos en lejanas tierras, se solazaban observando las magníficas riberas del agua indígena. Plateaba el sol las crestas de las olas y en las curvas menos amplias del río, los árboles de ambas márgenes, tupidos, altos y hermosamente verdes, por crecer numerosos en las orillas, parecían cerrar el paso del barco hasta que llegado al final de la curva volvía a verse el río, más ancho, más lento y brillante.

Brillard, aunque ignoraba de qué manera ganaría su vida en el futuro, se sentía más tranquilo y confiado como si la pampa prevista en el cercano verdear de los campos y alguna hacienda pastando con mansedumbre le dieran la impresión de mayor firmeza, o lo acercaran más al agrado de vivir en un país donde, a pesar de sus revueltas políticas y de su brava gente guerrera, podía esperarse que la riqueza y la paz florecieran y extendieran la bondad de su beneficio. Con esta impresión llegó a Santa Fe, y no le pareció mal que anduvieran por sus calles, soleadas y silenciosas, alguna india desgüeñada; carretas con hombres ataviados como los que mercaban en la Recoba o los que pecoreaban en la campaña; y también, en medio de calles y paseos, entre baldíos invadidos por altos yuyales, por vereda enladrillada junto a descascarada fábrica, vio con agrado algún señor de hierático porte, pausado y nostálgico, quizá camino al Cabildo o a solemne entrevista que, en la humilde ciudad de losas, naranjos y sueños, tendría valor documental.

Sí que era tranquila Santa Fe, aunque hirviera en su gente fermento de

celo por el destino de la cosa pública. Pero no andaba en plano de asuntos gubernamentales Calixto Brillard. Necesitaba la gente sillas, mesas, puertas y ventanas, y oficio de carpintero era el suyo. Hizo el conocimiento de la pequeña aldea y caminó por todos sus barrios fumando su pipa. Penetró en pulperías y fondas, y como eran sencillas las personas y no mal visto el forastero, se orientó en su trabajo y lo obtuvo sin gran sacrificio. Aspiró a ser hombre afincado y la pequeñez de la población —somnolienta cuando en horas de la tarde ardiente el sol relumbraba con violencia en casonas enjalbegadas— lo alentó, pues fácil era acercarse a todas las familias.

Lo que aún tenía de extranjero en su corazón fuese adormeciendo al favor de horas pacíficas en la ciudad apenas conturbada por noticias de conspiraciones, amenazas de guerra, que cruzadas por el Paraná se difundían con temerosas insinuaciones. Como si convaleciera de su temor a represalias gustábase ahora salir a observar por el sur los manchones verdes de las islas recortadas en el horizonte en fondo celeste del cielo, límpido, puro, tanto que elevándose hacia él las campanadas sonoras de la iglesia San Francisco, no se podría discurrir con exactitud si a tal cielo se debía la claridad de los sonos o si el bendecido rincón donde tenía su templo el Señor disfrutaba beneficio de luz celestial... Menos sosegado era el barrio en horas del atardecer. Andaban paseantes por sus calles, como no se tratara de personas que iban a templos por cumplir votos, a orar llevadas por fe inquebrantable a santos y santas de su predilecta oficiosidad. Por la mañana llamábanle la atención muchachos panaderos similares a los bonaerenses, montados en mulas o caballos, distribuyendo el pan contenido en dos grandes costales de cuero. Montados a mujeriegas iban dando altas voces que repercutían en zaguanes y patios movilizándolo al servicio.

Brillard era atraído cada vez más por lo pintoresco y penetraba en lo íntimo de la vida más profunda de la aldea y para su mayor confianza en el país, obtuvo trabajo en taller de armadores famosos por la construcción de goletas. Era buen carpintero Calixto e iba haciéndose también mejor hombre para esta tierra de llanuras enormes, de ríos dilatados, de grandeza en potencia, donde no deslucían ensueños turbas desgredadas de pobres vergonzantes, indios mercaderes al trueque, gente enganchada en

regimientos originalísimos para ojos europeos. El que temió en Buenos Aires por su vida, aunque trabajara a la par de negros artesanos, en Santa Fe descubriría una forma de solidaridad que no sospechara antes.

Se hizo más conocido cuando más inclinado se fue sintiendo a compartir su vida con compañeros de labor en el rústico astillero junto al río. Quizá se casara si no contara cuarenta y nueve años de vida, que parecían muchos para él. De cuando en cuando algún suceso político local animaba el ambiente de Santa Fe o el paso de milicias agrupaba curiosos y despertaba comentarios. Lejos ahora de mantenerse indiferente observaba y conversaba aventurando a veces alguna opinión dicha con la misma lentitud con que el humo de su pipa se ensanchaba y desaparecía...

A principio de 1856 pocos creían en Santa Fe que llegaron colonos a labrar la llanura. La ciudad vivía envuelta en sopor de costumbres casi coloniales. El breve caserío estaba como arrinconado en la margen del Paraná y se bastaban las familias con escasos productos de la tierra cultivados no más allá de extramuros; y cuando alguien miraba hacia el norte despoblado, sus ojos no distinguían más que algarrobos, espinillos, talas y ombúes; y más lejos aún, leyendas de misterios y peligros se tejían con puntas de flechas salvajes en el cañamazo selvoso del Chaco. Pocos creían en colonos europeos, como si resultase imposible imaginarlos allí donde los matorrales guarecían alimañas y donde aún la gramilla no conquistara toda la pampa en expansión precivilizadora. Pero Calixto Brillard sí creyó y el recuerdo de las campañas francesas refrescaba de alegría su rostro. Más solemne sería para él el suceso cuando llegaron los colonos porque en su espíritu se ahondaba profundamente la esperanza de convivir con ellos, y unirse al ritmo de vida creadora. Y bien eficaz resultaría porque para él no guardaba novedades la tierra santafesina donde se consideraba hombre del mismo pueblo.

—Yo —decía en rueda de amigos— nací en una aldea. Cerca de ella los campesinos sembraban trigo y también he visto viñedos numerosos. Trabajar la tierra es noble y a este país le falta eso. Van a venir muchos, yo lo creo. Serán pobres, eso digo, porque los ricos no aran. Trabajarán bien y es buena toda esta tierra...

Cuestión casi personal hizo del asunto y mientras la aldea continuaba

viviendo y comentando los menudos hechos del día Calixto se posesionaba «del gran pensamiento de colonización». Hablaba de agricultores y sus recuerdos de juventud promovían curiosidad y simpatía. Los domingos o feriados, caminaba por la plaza Mayor y se unía a grupos de conocidos entre los que nunca faltaban aficionados a riñas de gallos y a carreras de caballos.

—Calixto, si no esperas a los colonos —le decían con sorna— vamos al reñidero que doy ventaja a favor del batarás de Nicasio...

—Puedo ir al reñidero y puedo esperar algún día a los colonos... —respondía algo amoscado.

—¡Y piensa todavía que alguien ha de meterse en el Chaco a sembrar!

Por la plaza Mayor caminaban personas desocupadas, sin alterar el antiguo movimiento común en la ciudad donde había comenzado, no obstante, a adquirir certidumbre la noticia: inmigrantes de Francia o Suiza llegaron a puerto desde Buenos Aires rumbo al norte. Y fue para Calixto como día de gloria cuando una mañana del mes de marzo se corrió por todo el caserío la nueva de que un barco venía con numeroso pasaje de hombres, mujeres y niños. Extraña expectativa dominaba a la gente y cuando arribó a puerto en su cubierta se agrupaban seres de raros trajes, de sombreros nunca vistos, todos en actitudes de calmosa incertidumbre como si al mirar por vez primera el caserío en los alrededores del puerto no acertaran a penetrar en el clima ni en la extensión del panorama. El río mismo parecía más convulsionado; el indígena Paraná por cuyas aguas remontara ese primer desprendimiento de otro aluvión humano que, como aquel ya antiguo español, se extendería sobre todo el territorio. Brillard estaba entre los primeros que observaban las maniobras de desembarco y cuando comenzaron a descender los inmigrantes, se mezcló entre ellos saludando en francés, sonriendo y parloteando. Uniose a grupos de colonos reverdecido de recuerdos. Para él cada hombre traía en sus vestidos, en su rostro, en sus maneras un retazo del suelo nativo; y siendo así, no es extraño que haya hecho preguntas excesivas para aquellos hombres dominados por el desconcierto. Anduvo por las calles y los acompañó mezclado entre el público encendido en comentarios y alusiones. El gobernador encabezaba y dirigía a los agricultores en su primer contacto

con el país. Alumbraba para Santa Fe una nueva luz...

Los gringos se establecieron en la colonia Esperanza. Brillard los visitaba cada mes para ofrecer sus servicios de carpintero. Era poco lo que podía hacer, pues los colonos vivían en medio de urgentes necesidades y casi desamparados. Se fabricaban enseres indispensables con rudimentarias herramientas. En vez de afirmarse en la tierra como esperaban, durante el primer año la colonia sufría un desbarajuste alarmante. Miseria y sufrimiento era lo corriente y como corolario, malentendidos y grescas desorganizaban lo poco que se había hecho. Calixto se solidarizó con todos los dolores de los gringos de tal manera que él mismo parecía, en Santa Fe, un reciente inmigrante en plena lucha. Algo quería hacer por ayudarlos pero sus palabras de nada valían en la calle o en el astillero.

Durante la creciente del Salado —río que corre entre Santa Fe y la colonia—, un agricultor se atrevió a cruzar el paso de Mihura. La corriente lo arrastró apenas su carruaje se introdujo unos metros. Caballos y vehículo se perdieron en el desastre. Ese paso fue desde entonces nueva espina clavada en el pensamiento de Brillard. ¡El paso de Mihura! Otro obstáculo para los inmigrantes, sumado al agobio de la desesperanza que se generalizaba.

—¡El Mihura! —decía Calixto—. ¿Quién hace algo por construir puente? ¿No vale la pena construir ni un miserable puente?

—Por qué no lo haces tú —le decían con sonrisas en el astillero.

Comenzó a viajar con más frecuencia y cada vez que cruzaba el río le parecía más grave el obstáculo. Después del primer accidente, otros peligraron en las aguas pues crecían con irregularidad y nunca podía precisarse cuando el riesgo era menor. Calixto se sintió llamado a cumplir con una tarea de bien público. ¡Para eso era hombre del pueblo santafesino! En julio de 1857, el gobernador recibió una nota inesperada donde le decía: «...ante la rectitud de vuestra excelencia me presento y como mejor proceda expongo: que habiendo tenido en vista la grande dificultad e inconveniente que les presenta el río Salado a los agricultores colonos en sus continuas negociaciones desde aquella banda a esta, perdiendo y destruyendo tanto sus carruajecitos como sus caballos en el frecuente tránsito de dicho río, me he determinado a hacer construir una embarca-

ción plana llamada chata de 10 cuartos de ancho y algo más de 6 varas de largo con el objeto de allanarles las referidas dificultades que hoy tienen los expresados colonos, colocándola previa la disposición de V. E. en el citado río Salado, a inmediaciones del paso del Mihura; en la que pasará carruajes y caballos dentro de ella siendo muy moderado el precio. No pido otra prerrogativa para esta empresa que aquel dominio que me es necesario mantener en el punto de pasaje como administrador de ella, etc. / Calixto Brillard».

A pocos días del Acordado que firmó el gobernador, el astillero perdió a uno de sus oficiales y Calixto fue dueño de un servicio de utilidad pública. Puso en su labor tan extraordinario empeño como exiguo era el fruto que obtenía. Viviendo en punto tan desolado, fue popular en la colonia y en Santa Fe. Y eso le bastaba y llenaba de orgullo.

—Yo sirvo a la colonia. Allí donde usted la ve, mi chata me ha costado mi ahorro y mi sudor. ¡Soy un hombre de este país, qué diablos!

Durante los primeros años bastó para cruzar el Salado tan rudimentario transporte, pero la colonia intensificó su tráfico. Cuando muchos campesinos tuvieron carruaje el gobernador Oroño hizo construir un puente en el mismo sitio donde la chata vencía las crecidas aguas del río. Y la marea del progreso arrasó con «la pequeña empresa» de Brillard...

No obstante persistió el hombre en su empeño y casi once años vivió en su choza resguardada por los árboles de la ribera transportando, de vez en cuando, a algún carrero complaciente.

Pero el puente concluyó por arruinarlo. Por él, día a día pasaban rumbo a Santa Fe, cargas de cereales o colonos de a caballo, mientras Calixto iba como aminorándose en la perspectiva de su pobreza. Por eso cuando a fin de 1868 toda la cosecha de Esperanza fue transportada pasando por el puente, decidió abandonar su chata y entregarse a la incertidumbre de una nueva manera de vivir. Estaba resuelto.

En los pilares del puente se arremolinaba el agua y le adhería camalotes. La creciente venía ensanchando el cauce del Salado y Calixto, previendo el desborde, se apresuró a concluir el trenzado de tientos para arrastrar la chata y asegurarla en tierra. Era su último trabajo, su último trámite en la liquidación de su industria. Abandonaba el río vencido por el puente. A

seis leguas de allí, la colonia se enriquecía con pujanza de juventud.

Aseguró su chata, reunió algunos enseres y ropas dentro de un cajón y caminó hasta la carretera para esperar quien lo llevara a la región del trigo...

Calixto vivió sus últimos años cuidando animales en casa de un campesino. Se distraía visitando a los colonos para recordar con ellos los días en que era dueño del Mihura y vencía la corriente turbia del Salado.



«Yo nací en una región argentina que se estaba haciendo, al borde del bosque virgen y del Paraná sin costas, y entre una humanidad también boscosa, que taladraba un poco a tientas sus picadas entre el garabato, guiada por el instinto, los pájaros y las víboras». Así refiere el Padre **Leonardo Luis Castellani (1899-1981)** los años de su infancia en Reconquista, su ciudad natal.

Castellani cursó el bachillerato en el Colegio de la Inmaculada Concepción en Santa Fe y al concluirlo ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús, en Córdoba. Dada su gran capacidad los jesuitas lo enviaron a Europa para continuar su formación. Primero estudió filosofía y teología en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, y más tarde psicología en La Sorbona, en París. Regresó al país en 1935 ya convertido en sacerdote. Entonces emprendió una colosal tarea como narrador, periodista, crítico literario, ensayista y teólogo, que signaría el resto de su vida. En 1946 se postuló como diputado por la Alianza Libertadora Nacionalista, motivo principal por el cual fue expulsado de la Compañía de Jesús, y privado de ejercer, en las dos décadas siguientes, el ministerio sacerdotal.

Un controversial signo militante —en línea con la tradición del catolicismo nacionalista, con fuertes tintes antisemitas y misóginos— domina gran parte de su obra. Lo más trascendente de su literatura, sin embargo, se vincula a la invención, al policial, género del cual fue un verdadero precursor en Argentina. Castellani publicó *Las 9 muertes del Padre Metri* en 1942. Una década más tarde, Rodolfo Walsh incluyó uno de esos relatos en la célebre antología *Diez cuentos policiales argentinos*. El autor aparece allí junto a Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares.

El Padre Metri, su detective con sotana, se parece (y mucho) al propio Castellani. El territorio en que se movieron fue el mismo: lo que se conocía entonces como el Chaco Santafesino, de Reconquista hacia el norte, extendiéndose incluso hasta Goya y Resistencia, con escapadas a Buenos Aires y Europa. Pero el centro de los sucesos lo ocupa el pueblo santafesino de San Antonio de Obligado, del cual Metri es en la ficción párroco y fundador.

Dentro de la numerosa obra de Castellani, caben mencionar sus libros de ficción escritos bajo el pseudónimo de Jerónimo del Rey, *Camperas*, *Historias del Norte Bravo* y *Nuevo gobierno de Sancho*; los de poesía *El libro de las oraciones* y *La muerte de Martín Fierro*; los de ensayo *Cristo ¿vuelve o no vuelve?* y *Doce parábolas cimarronas*; y la traducción anotada de la *Suma teológica* de Tomás de Aquino.

El relato «La cabeza entre los lirios» pertenece a su libro *Las 9 muertes del Padre Metri*, publicado en 1942.

Leonardo Luis Castellani

La cabeza entre los lirios

«Nada más se ha podido averiguar sobre la terrible muerte del Párroco de San Antonio de Obligado. Ese hombre tuvo una cantidad de puntos en su vida oscuros. La gente por acá cuenta de él cosas inverosímiles. No falta quienes lo tienen por una especie de santo»...

(De una carta del Comisario Ramayón al Gobernador Iturraspe).

Nada diríamos acerca de la misteriosa muerte del padre Metri, que la policía jamás llegó a develar y cuya mera discusión provoca todavía en el Norte santafesino violentas pasiones, de no haber llegado a nuestro poder por tres conductos diversos un conjunto de datos que, armándose y urdiéndose unos contra otros, edifican una conjetura probable, apta a dejar fuera de la infamia del doble y horrendo asesinato a uno de los principales sospechados de la zona, era hombre de matar a cualquiera frente a frente, aunque fuese un cura; y abrigaba profundo fastidio al ya anciano y fatigado Párroco de San Antonio de Obligado, no tanto por creerlo partidario del traidor Iturraspe, «Judas de los radicales», como se murmuraba sin verdad del viejo párroco, cuanto por las firmes filípicas que volcaba con endiablado brío desde el púlpito contra el andar sembrando hijos naturales, vicio chaqueño del que La Llana por desgracia supo dar extenso y longuirepercutiente ejemplo, para decirlo con los dos adjetivos del pintoresco franciscano. Pero matar a un hombre de frente es una cosa y matar a un viejito en esa forma de destroncarle la cabeza a filo de cuchillo, eso es otra cosa de las que no están en el ámbito de lo posible con don Florencio, el caudillo criollo.

Las policías bravas del Norte se embarullaban enormemente con los datos extraños del caso, a saber, el vaso vacío, la mano al ojo, los signos misteriosos del cura y las últimas palabras del tano Stéfano, más misterio-

sas aún. Si no hubieran espantado a la niña que encontró el cuerpo más de lo que estaba, y la hubiesen escuchado con paciencia, habrían podido columbrar de golpe la verdad, suponiendo que así lo desearan, como la columbré de golpe yo a cerca de medio siglo de distancia, apenas me contó la niña Chela, hoy respetable matrona, los datos objetivos del suceso, y los pude relacionar con otros escuchados en mi niñez de mi abuelo don Leonardo y más tarde en mi muchachez de mí tío Celestino, gran archivo también él de leyendas y casos del Norte. Pero la policía lo que tenía delante era la posibilidad de jorobar fiero al caudillo Radical, (y por eso dije «si lo hubiera deseado saber») como de hecho lo reventaron en dos inicuos años de cárcel, en que no le probaron nada de nada, y de donde salió avejentado diez años y quebrado de amargura; porque así eran, señores míos, las policías aquel entonces, no como ahora en Buenos Aires, donde los de la justicia ya no aprisionan inocentes, ni detienen o retienen arbitrariamente, ni tratan a lo perro, ni maltratan a los detenidos, ni se mueven por política, ni son más temibles que los mismos bandoleros, ni en general hacen la menor injusticia, arbitrariedad ni brutada con los que son del gobierno y tienen buenas cuñas, ni tampoco con los otros. Que algo habemos de progresar de entonces a esta parte.

Basta de prólogo. Doña Celia tenía entonces 12 años, vivía con don Leonardo, iba dos veces al día a llevarle la leche y los miércoles y sábado a barrerle y arreglarle los ornamentos al cura. Lo quería mucho como todos los antoñenses, pero le temía también bastante. Siempre Metri fue imponente, con aquellos ojos imperiosos con un requinte o fugaz destello de loco; pero ahora en la vejez, se le habían ellos como ahondado en una especie de abstracción nocturnal donde brillaban lejanos puntos dorados como estrellas, que un paisano dijo (y creo fue el indio San Pablo) que «el padre Metri anda siempre viendo cosas», y como se rieran diciéndole: «vos también», completó murmurando: «no, cosas que yo no veio ni naidés ve». Celia le tenía —miedo no digamos pero— respeto desde el extraño suceso del ataque que creo conté en otra parte, cuando lo halló arrodillado en la iglesia un domingo enteramente tieso y frío como muerto, pero que se recordó en cuanto lo llamó por su nombre, rogándole con fervor no lo contase a nadie (con lo cual le faltó tiempo para contarle

a medio mundo) por donde se vino a saber, confirmando con el indio Pablo, que toda la noche la había pasado así, y que muchas otras noches lo mismo. ¿Epilepsia? Por lo demás, se sabía que nunca dormía en la cama, aunque la deshacía con ingenua picardía, y hasta trataba de ensuciarla; y que ayunaba a pura agua días arreo. Esto, con el recuerdo de sus pasadas hazañas, las explosiones de su genio indomable, y su misma sugestiva traza de hombre, nutrían en aquella gente primitiva aunque no zonza, el temor reverencial que en Chela era casi miedo; y el mismo La Llana no era inmune. Psicológicamente imposible que un lugareño soñara matarlo. Tuvo que ser un extranjero. Y el que lo mató era un fanático impío, y evidentemente, cruel y bárbaro.

La mañana del 8 de diciembre de 1897 se encontró el cadáver de Metri sacrílegamente mutilado y en la tarde del mismo día en la Purísima reventó como un tasi o una granada el tano Stéfano en su mísero rancho de las afueras dejando como única herencia y referencia de vida aquella absurda inculpación contra el padre Metri (que en ese momento estaba amortajado en la iglesia) encerrada en las misteriosas y obstinadas palabras que le oyeron al morir entre convulsiones de condenado: «El fraile Metri me ha matado». Parecía hidrófobo. No tenía ninguna herida. En todo el día no había comido nada, testigo de la autopsia. Nunca se supo quién era, pues hasta el nombre debió ser fingido. Tenía unas manos largas de hombre fino. Le encontraron una Divina Comedia, un viejo fraque azul de seda y una vieja pistola riquísima, (de mango marfil labrado con incrustes de plata y las iniciales R. R. di B.) que aunque cargada, al gatillarla no dio fuego de puro vieja. Como no había razón de cargar este cadáver también a La Llana, la gente dijo peritonitis y todos contentos.

La casita parroquial, testigo de este misterio chaqueño, era de un piso, chata, adosada a la iglesia, larga más de media cuadra, un simple ringle de habitaciones enfiladas con un gran patio jardín adentro, que no honra como arquitecto mucho a mi abuelo don Leonardo. El despacho del cura estaba casi en la esquina de la cuadra, y tenía además de la ventana al patio una calle por la cual Celia vio aquella mañana trágica a través de la muselina, las misteriosas señas al rascarse un ojo y el vaso con cerveza primero lleno y después vacío que a nuestro juicio son las claves de todo.

Por desgracia, la niña no entendió el mensaje, y aunque lo hubiera entendido, probablemente estaba de Dios aquel desenlace fatal. La niña vio a Metri de frente, sentado a su mesa con otro hombre que a ella le daba la espalda, hablando animadamente en una lengua críptica, y haciendo en medio de su abundosa gesticulación habitual, unas señas raras que la llenaron de pavor. Corrió en busca de don Leonardo que estaba afuera, y anduvo buscándolo desesperadamente sin hallarlo, hasta que al fin de una hora o algo menos (el intervalo entre primera y segunda misa) volvió azorada a la parroquial, bichó otra vez por la ventana, halló que las dos sombras habían desaparecido, y entonces entró resueltamente movida de la alarma o el miedo mismo. No lo hubiera hecho. ¿Qué será para una chiquilla asustada ver de golpe en un gran cantero de lirios en medio del jardín de adentro, la cabeza del padre Metri saliendo de la tierra como un hongo diabólico de ojos enloquecidos, como si estuviera enterrado hasta el cuello? Con razón hasta hoy no ha olvidado el menor detalle y gracias todavía que no se volvió loca. Cayó redonda al suelo desmayada. Cuando la gente que estaba esperando la segunda misa, que no salía, invadió impaciente la parroquial, allí la hallaron como una muerta frente a la cabeza entre los lirios. El ingente cuerpo del pobre cura yacía escondido en la matorra, el asesino le había segado la cabeza limpia, la había parado cuidadosamente al borde del cantero, y (detalle atroz) le había cortado la lengua.

Don Leonardo casi enloquece de rabia y la gente de espanto, y eso hizo perder varias horas que hubieran sido preciosas. Mi abuelo hizo levantar el cuerpo, se precipitó a buscar un arma, requirió al sargento Cleto (al cual halló en la Comisaría borracho como una uva) envió un chasque a por la policía de Ocampo, corrió al hotel a buscar a Stéfano, donde le dijeron que faltaba el extranjero del hotel y del pueblo más de un mes hacía; donde resultó que cuando cayeron en la tapera de pescador que tenía el gringo Stéfano a la margen del Amores, era ya anochecido y encontraron al repelente forastero moribundo. Estaba revolviéndose en una cama inmundada, donde parecía hubiera yacido abandonado por meses enteros. De hecho, la vieja bruja que le traía de comer, testimonió haberlo cuidado más de dos semanas, que las pasó con mucha fiebre («mal de hijada» decía ella) y grandísimos dolores; lo que hizo creer en una peritonitis a mi

abuelo el doctor González que lo autopsió, vaya una autopsia la que habrá hecho el gallego González, que era de aquellos medicastros españoles antiguos de ruibarbo y lavativa. La misma extraña exclamación con que murió el desconocido: «Metri me ha matado» sirvió para exculparlo, era demasiado absurda. Y la policía con el juez destrucción (que así los llamaban por allá) se precipitó contra La Llana, en cuya casa hasta el cuchillo del crimen pretendieron hallar, y que no encuentra el que quiere. El vaso de cerveza, al rascar del ojo y la pantomima contada por la guayna fueron dejados a un lado —el vaso de cerveza lleno según la niña que la policía encontró vacío— dejados aparte y descartados, excepto de la memoria de mi abuelo el arquitecto que siempre que narraba el caso —y era cada lunes y cada martes— mencionaba los tres detalles y se quedaba meditando...

Encontré a doña Celia C. de Báez en París, imagínense. Hablando nos hallamos paisanos y por caso me entero que era la nombrada «Chela del padre Metri», tan mentada de mi pueblo. No me quería contar la muerte del padre Metri, porque la tenía su magín demasiado hincada, y cada vez que hurgaba allí, soñaba por la noche horrorosamente. Pero al fin me relató lo que aquella mañana misteriosa viera, y fue para bien de todos. Esposa de un afamado médico porteño, tenía un pisito alquilado en Campos Elíseos cerca de la Estrella, donde iba yo los días de vacación en busca de mate; y a la vista del bosque de Boloña, podado y peinado como un Corot, me contaba visiones de la fiera jungla chaqueña, que por momentos las veía la viejita más claras que aquel bosque pintado de enfrente.

He aquí lo que vio. Llegaba con un litro de leche a la parroquial por el lado de la iglesia, vale decir que antes tenía que pasar la ventana del despacho. La cual estaba abierta, pero con parasol de muselina. La voz del padre Metri discutiendo acaloradamente la paró curiosa, o mejor dicho, otra voz fría, lenta, implacable, «como una serpiente», se mezclaba incisiva con la rica y borbollante voz del franciscano. Se arrimó a la cortina y miró. Era un día bochornoso del verano chaqueño, la cortina pendía lacia y tiesa, el sol tupidísimo la cribaba como un cristal, se veía clarísima la figura de Metri en el fondo, apartado de la mesa donde estaba su pipa y un vaso lleno de cerveza, «lleno, lleno, estoy segura»; y aquí mismo, al

alcance de la mano, la espalda de un hombre inmóvil con los brazos sobre el escritorio y alguna cosa grande y brillante en sus manos. La niña no reconoció al hombre de espaldas (por lo demás no conocía a Stéfano) porque su atención se hipnotizó inmediatamente en el extraño aspecto del amado párroco. Tenía el rostro desencajado, hablaba con gran pasión vertiginosamente en un idioma incomprensible; pero lo más sorprendente de todo eran sus manos. Sus manos, que jamás hablando él quedaban quietas (porque Metri, como buen nápoli, si lo atan de pies y manos se queda mudo) hacían ahora un crochet indescriptible, una serie de interminables gestitos que se perseguían unos a otro y retornaban los mismos con regularidad obsesionante, «rascarse el ojo, enjugarse la cara, golpear-se la sien» y otros parecidos, y vuelta el mismo juego mientras la lengua no cesaba de bailar como tarabilla. El otro hombre le daba unas como voces de mando, «como serpiente, como un juez que lee una sentencia de muerte», frío, siniestro, imperturbable. La niña se encontró de golpe temblando de miedo. Sentía algo en el aire, era como una pesadilla, dos muñecos manejados por hilos invisibles, una incomprensible maquinaria absurda. Fue a gritar y en ese instante vio que el fraile ponía el dedo en los labios y sus ojos imperiosos la paraban; y esto se repitió cuantas veces abrió la boca para hablar, que serían tres o cuatro, y una vez que extendió la mano para correr la cortina. Entonces el miedo pudo más y alejándose de puntillas huyó como una exhalación a buscar a don Leonardo, tropezando, cayendo, hablando sola. Don Leonardo, doña Magdalena y Luis Héctor, su hijo, habían salido, la casa estaba sola, solamente su hermano el mudito Braulio dormía plácidamente en una mecedora. Chela corrió por los vecinos buscando al arquitecto, sin ocurrírsele en su azoramiento la sencillísima deducción que lo tuviera cerquísima, es decir, en la iglesia esperando la misa. Todo salió mal aquel día. Cuando volvió a la parroquia, el crimen estaba consumado, con rapidez febril, con astucia felina, con misterio impenetrable. La cabeza entre los lirios con los ojos revirados.

Doña Celia me contó esto y empezó a llorar silenciosamente, llevándose la mano a los ojos, pero mirándome entre los dedos, como es costumbre mujeril. Yo la miré también, y de golpe me corrió un frío por el lomo y salté en la silla.

—¡Doña Celia! —le dije— ¡Rásquese el ojo! ¡Un hermano sordomudo!

—¿Qué? —dijo ella.

—¿Sabe usted hablar por señas a lo mudo?

—¡Es claro que sé! —me dice ella— desde chica.

—¿Cómo se hace la «e» con signo mudo? ¿No es algo como rascarse el ojo? ¿No es de este modo, índice y pulgar rozando párpado y ojera, el ojo en medio?

Hice el signo y ella me miró petrificada. Entonces los ojos se le despalancaron.

—¡Oh, Dios mío! —dijo— era eso mismo. ¿Qué quiere decir eso?

—Es sencillísimo —le dije lleno de excitación— el padre Metri le estaba transmitiendo un mensaje mudo al mismo tiempo que hablaba para ganar tiempo en calabrés o en tano con su asesino, lo cual elimina al criollo La Llana, ¡por Cristo! Vio su cabecita contra la muselina y empezó a hablarle a usted por señas. Probablemente no podía hablar de otro modo. ¡Sí!, ¿no dice usted que el otro tenía algo en las manos... algo brillante? Sí, estaba encañonado por una pistola. De ahí sus gestos de «calla, calla», de ahí su vertiginoso lenguaje mudo, que el otro no podía entender, mas tampoco entendió usted por causa del disimulo. ¡El padre Metri le estaba pidiendo auxilio!

Aquí vi cómo querían al padre Metri: apenas proferí esta imprudente revelación o conjetura, la pobre viejita había caído de bruces sobre un almohadón llorando a mares («¡Oh idiota, oh idiota que fui, me llamaba, yo no entendí, fui la causa de su muerte!») afligida de una manera impresionante, que tuve miedo de algo serio, porque el corazón no lo tenía muy fuerte. Por suerte, Dios me inspiró otra idea, que fue eficaz para consolarla. Conjeturé el mensaje, no era difícil de adivinar más o menos, con la exactísima descripción de los hechos que ella me hiciera, ese doble rasque ojo que volvía obsesionante «en menos de un padrenuestro dos veces», un mensaje corto con dos y juntas repetidas a poco intervalo...

—Señora —le dije— no se aflija ahora, usted no tuvo la menor culpa, usted sin saberlo cumplió exactamente lo que Metri le pedía.

Levantó la cabeza asombrada.

—Sí, señora —le dije— instintivamente usted hizo lo que Metri su-

plicaba, fue la fatalidad lo que impidió salvarlo. ¿Qué es lo que puede haberle dicho? Estoy seguro de adivinarlo. ¿No es una cosa como ésta? Y rememorando mis días de colegial, traduje rapidísimamente en signos de mudo el siguiente mensaje:

Avise a don Leonardo urgente. Avise a don Leonardo urgente. Avise a don...

El aspecto de la pobre vieja no lo olvidaré nunca. Se quedó tiesa mirándome como hipnotizada, asintiendo que sí con la cabeza, llorando hilo a hilo, mirando con los ojos perdidos más allá de mi cabeza aquella otra barbuda cabeza querida sobre el fondo del presbiterio haciéndole una cadeneta de señales desesperadas e incomprensibles que en este momento adquirirían como un milagro un sentido fulminante y trágico. Pobre doña Chela. Pero fue cosa que Dios quiso.

Me faltó tiempo para contarle todo a mi tío Celestino en la hora de almuerzo. Estaban con él Toto y tía Manuelita, puesto que era huésped mío en la Rue de Grenelle esos días. Le conté mi descubrimiento y mi conjetura, que era la misma de mi abuelo, de que el gringo Stéfano había muerto al fraile en Dios sabe qué diabólica vendetta. Le reporté punto por punto la narración de doña Celia Báez, casi con sus mismas palabras. Y entonces ocurre el segundo descubrimiento. Los ojos flor de lino de mi tío en su cara regordeta y franca llamean de repente, pega un golpe en la mesa y dice todo atorado:

—¡Y ahora sé quien mató al tano Stéfano y porqué dijo al morir que había sido Metri!

—¿Quién lo mató? —pregunté.

—¡La pipa! —dijo mi tío—. ¡La pipa de Metri! ¿Estaba armada o desar-
mada?

—Sobre eso no me dijo nada —repuse—. Estaba al lado de un vaso de cerveza...

—¡De cerveza! ¡De nicotina querés decir! ¿No sabes la vieja costumbre del padre Metri? ¿No te la contó nuca el nono? ¡Es clarísimo como el sol naciente!

La vieja costumbre del padre Metri era limpiar su pipa lo menos posible, cuando la nicotina ya tapaba los vericuetos de su cachimba tirole-

sa enorme, más parecida a un narguilé turco que a cosa de Innsbruck o Trieste. Metri llenaba de alcohol puro un vaso alto, desarmaba su porcelana en diez o doce partes y una por una las iba sumergiendo en el alcohol que las deshollinaba químicamente. ¿Supongamos que había acabado esa operación cuando entró el asesino? El vaso de cerveza era una fuerte disolución cafecha de nicotina. ¿Supongamos que el asesino, sofocado con su terrible tarea, que tuvo que cumplir en media hora, retorna anhelante y sudoroso al despacho a buscar algo, su sombrero, el cuchillo, cualquier cosa, huele el rico alcohol de caña, y borrachón como era, lo confunde con un licor y se echa al colete una dosis de ponzoña sobrante para matar a un toro? Cuando se dio cuenta de su mortífero error, achacó perversamente al santo fraile, cuyo remordimiento le traspasaba el alma, la intención de matarlo que había sido en su alma negra el torcedor de quién sabe cuántos años, achacando a intención lo que no fue seguramente sino uno de esos casuales con que juega la ironía terrible y vengadora de la Providencia.

No quiero acabar estos descosidos aunque verídicos relatos sin mentar rápidamente dos secuencias de la muerte de Metri, una ya conocida por todos en Reconquista, la otra de nadie fuera mío conocida hasta ahora.

En la historia y la memoria de las gentes la venerada figura de Metri no podía desaparecer dejando esa efigie atroz de su cabeza trunca, boca sangrienta, ojos desesperados, porque para Dios eso no era decoroso. «Pretiosa in conspectu Ejus mors sanctorum Ejus». La imagen de la cabeza entre los lirios fue sustituida al poco tiempo por la imagen de Metri arrodillado que vio San Pablo.

El indio San Pablo quiso hacerse sacerdote y dos años antes de morir Metri, ingresó en el Seminario de Itatí. Como pronto se vio que para el latín era demasiado duro de boca, el ex cacique dejó los estudios y quedó allí mismo de votero o sacristán de la Virgen Negra. El día de la Purísima de 1897 el Rector de Itatí lo ve de golpe entrar en su despacho muy excitado anunciándole que había llegado el padre Metri, grande amigo suyo. «Es imposible porque hoy no hay vapor y además no me ha avisado nada». Entonces el indio contó que estaba limpiando la iglesia y acababa de ver a Metri rezando delante de la Virgen, y no solamente lo vio sino que lo oyó

llamarlo dos veces, pues volvió hacia él la cabeza sonriente. «Ahí debe estar todavía» —decía el indio muy fijo—. «Tenía en la mano una cosa como una palma y al cuello un cordón colorao». El rector salió corriendo a la capilla, y allí no había nadie, por supuesto. El indio se arrodilló en el mismo lugar donde viera a su amado padre adoptivo, cerró los ojos, y dijo: «No lo veio más, pero oigo que me llama lo mismo, de po'ayá lejo».

La gente de Itatí que estaba en el atrio juntándose para segunda misa no habían visto entrar ni salir a nadie. Cuando al día siguiente se supo la desgracia, la extraña visión del indio corrió por todo el norte como una pólvora. Había tenido lugar exactamente a la hora de la muerte del franciscano.

Yo tenía siete años cuando se la oí a la nona y tenía que hacer esos días, la Purísima justamente, la Primera Comunión. Estábamos confesándonos por primera vez con una punta de chiquilines, me acuerdo que estaba Celestino Lanteri y Tony Castellani, era el atardecer, yo estaba aburrido de esperar turno y de leer el letrero en negras romanas que grabado en una placa de mármol delante de mí rezaba que:

EL PADRE HERMETE CONSTANZI O. F. M.
MISIONERO APOSTÓLICO
DE SANTA FE Y EL CHACO
EMPEZÓ A CONSTRUIR ESTA IGLESIA
DE LA INMACULADA
CONCEPCIÓN DE RECONQUISTA...

cuando de repente vi en la semioscuridad arriba de la placa el retrato barbudo del misionero que estaba en la sala de mi abuelo. Solo que éste estaba vivo, y tenía en la mano un lirio. Yo veía que me miraba, y que los ojos se movían y no solamente se movían sino que me llamaban. No tenía el menor miedo, solamente no sabía adónde quería que fuese, y así se lo pregunté en voz alta, con gran regocijo de mi hermano Luis y Celestino, que no sé por qué se pusieron a reír como locos. Después me dijeron que yo me había dormido y que había puesto una cara de pavo, y estaba hablando solo. Entonces vino el Padre Olessio y yo le conté todo, y encendió

la luz y había un gran cuadro de San José con un nardo y barba blanca.

Pero yo cierro los ojos y veo lo que vi. Era el padre Metri de cuerpo entero con una azucena en la mano entre un montón de azucenas y al fondo el paisaje oscuro y enmarañado de la selva chaqueña, que me causaba un vago miedo. Y la figura me hacía señas de que entrase con él a la selva y yo no quería y él me animaba, y en el entretanto la figura se iba diluyendo y perdiéndose poco a poco, no en la selva, sino para arriba, en una especie de faja de luz que cortaba la iglesia desde el suelo hasta el ventanal de colores, en una luz de cobalto que los vidrios a manera de falsificados zafiros tendían como escala de Jacob en la pobre y chata iglesia de pueblo como una invasión del crepúsculo divino en ese instante policromando el cielo...

Y esto es lo último que se vio en este mundo del padre Metri.



Velmiro Ayala Gauna (1905-1975) relató de este modo su encuentro con la literatura: «En forma casi diríamos casual; cierta vez que me hallaba en la ciudad de Santa Fe, comentaba con un amigo un cuento aparecido en el suplemento literario de un diario, donde el protagonista, perdido en la selva y agobiado por la sed, distingue una planta de caraguatá, va hacia ella y, según el autor, “cortó la flor, la estrujó y bebió el líquido que caía”, lo que es un soberbio absurdo, puesto que el vegetal aludido conserva el agua al unirse al tallo. Yo expresé mi descontento y el amigo, en tono burlón, me respondió: “Y si sabés esas cosas tan bien, ¿por qué no las escribís?” Era como un desafío a mi habilidad y le respondí escribiendo un cuento sobre gente del litoral. Lo envié a una revista porteña y tuve la suerte de que no solamente lo publicaran, sino que me pagaran por el mismo. Entonces seguí enviando, y sin casi quererlo, me vi convertido en cuentista».

Ayala Gauna nació y se crió en Corrientes. A los 22 años, ya recibido de maestro normal, se mudó a Rufino y comenzó a trabajar como docente. En 1930 arribó a Rosario. Fue un activo militante del Partido Socialista y orador en los mítines callejeros. El periodismo radial y la enseñanza fueron sus grandes desvelos además del literario.

Incluso cuando son irreales, como el pueblo litoraleño de Capibara-Cué en el cual transcurren los cuentos policiales de la saga de Don Frutos Gómez, los escenarios de sus cuentos remiten siempre a la provincia de Corrientes. Rufino, Rosario y más tarde la ciudad de Santa Fe fueron sus hogares; el litoral del Alto Paraná y la selva correntina, su patria literaria.

Logró crear un personaje perdurable: «Un tipo con el que usted y yo nos sentiríamos no del todo cómodos porque lo averigua todo casi sin preguntar, pero con el que dan ganas de seguir estando para verlo moverse entre la gente, estudiar los yuyos y los jugos que sueltan los árboles, mediar en alguno de esos conflictos que se encienden entre dos cabezas que son más duras de lo conveniente, sentarse a la puerta de la comisaría a mirar el río, vigilar, sin que se le escape un solo detalle», según Angélica Gorodischer. Se trata, por supuesto, de Don Frutos Gómez.

Ayala Gauna publicó los libros de narrativa *Cuentos correntinos*, *Los casos de Don Frutos Gómez*, *Leandro Montes*, *Otros cuentos correntinos*, *Paranaseros* y *Cuentos y cartas correntinos* y los ensayos *Rivadavia y su tiempo*, *Litoral* y *La selva y su hombre*.

El relato «El cuarto cerrado» pertenece al libro *Don Frutos Gómez, el comisario*, publicado en 1960.

Velmiro Ayala Gauna
El cuarto cerrado

La muerte de Abraham Baidum se presentó rodeada de las circunstancias más desconcertantes. Vivía en una casita de material que constaba de dos piezas, una de las cuales la destinaba a su negocio de tienda y la otra a dormitorio. Esta última tenía una puerta que daba a la calle principal del pueblo y una ventana que se abría sobre otra lateral que conducía al río y allí fue encontrado, una tarde, por denuncia de una vecina que se extrañó no abriese, como de costumbre, con una feroz herida en el cuello por donde se había desangrado, pero, y he aquí lo raro del caso, la habitación tenía las puertas cerradas por dentro y la ventana, además de una poderosa reja, solo se entreabría unos diez centímetros por estar unidos los postigos por una cadena de seguridad. A través de esa pequeña abertura fue que don Frutos, Arzásola y Leiva pudieron distinguir el bulto del hombre en el lecho y como no respondiese a sus llamados tuvieron que unir sus fuerzas para hacer saltar la cerradura de la puerta y entrar a la estancia.

Temerosos que se encontrase bajo los efectos de un ataque, se acercaron presurosos al yacente, pero, apenas lo hicieron, vieron la sangre que empapaba la almohada.

—¿Se habrá suicidau? —dijo don Frutos.

—Así parece —confirmó el oficial— pero, ¿dónde está el arma?

Buscaron por el suelo y luego movieron el cuerpo para ver si estaba debajo de él, sin resultado.

—Entonces, es un crimen —prosiguió Arzásola— y el asesino se llevó el cuchillo.

—Cierto —aceptó don Frutos y añadió—: pero por acá no ha salido. Taba tuito bien cerrau.

—Habrá venido por el lado del negocio... Quizás por una de las puertas del patio —expres  el oficial y pasaron al otro cuarto.

Sin embargo all  también todas las aberturas estaban bien aseguradas con llaves o trancas.

—Pero che, esto parece cosa’e brujas... —dijo el comisario al cabo de un rato de intensa búsqueda—. Tuito cerrau y el tipo muerto’n la cama y sin rastros’l arma...

—Por lógica tiene que haberse escondido adentro esperando la ocasión para salir...

—Pero si lo revisamos tuito.

—Quizás hemos pasado por alto algún rincón. Insistamos...

Encarecieron al cabo Leiva, que estaba en la puerta para impedir la entrada a los curiosos, que redoblase la vigilancia y volvieron a buscar minuciosamente por todo el local.

Fueron golpeando el piso y las paredes por si el sonido a hueco denunciaba posibles escondrijos, abrieron los roperos, vaciaron cajones, etc. Al fin, fatigados y sudorosos, volvieron al dormitorio para descansar un rato. A poco llegó el doctor Levinsky, a quien habían hecho buscar con el agente Ojeda.

El médico revis  el cadáver y dictaminó:

—Deceso por hemorragia intensa provocada por una herida de arma blanca...  Qui n lo mat ?...

—Eso es lo que quisiéramos saber, doutor —le contest  don Frutos— pa mi tiene que haber sido un fantasma.

— Por qué?...

—Porque a pesar de que tuito esto estaba tan bien cerrau que debimos voltiar una puerta pa dentrar, no encontramos a naides y endem s, tampoco hallamos el arma.

— Pero eso es imposible! Quien lo mat  debe haber salido por algún lado si es que no está todavía por acá.

—Sin embargo, doctor —intervino Arzásola—, todo estaba bien asegurado por dentro y no hemos dejado rincón por escudriñar. Parece cosa de magia, pero el asesino mató al hombre y desapareció sin pasar por puertas ni ventanas.

Dejando a Ojeda de guardia, los superiores fueron a la comisaría, que no se encontraba muy lejos del lugar, a tomar unos mates y cambiar impresiones.

El doctor Levinsky, atraído por lo desusado del caso, también se convirtió en aficionado investigador y arriesgó su teoría:

—Yo una vez leí un relato de un hecho similar. La víctima fue horriblemente mutilada por una pequeña fierecilla a la que hicieron entrar y salir por un respiradero que había en la parte superior del cuarto. ¿No pudo haber sido introducido, por entre el espacio que dejaban los postigos, un mono amaestrado para que lo acuchillara?...

—Únicamente un monito tití pasaría por esa estrecha abertura y ese animalejo no podría haberle inferido tan tremenda puñalada— le rebatió Arzásola.

—En efecto —concedió el galeno—, la herida fue causada por un golpe sorpresivo y de singular violencia.

—¡Ya está! —interrumpió el cabo Leiva—, lo he resuelto todo...

—¿Cómo? —aventuró escéptico el oficial.

—Jueron dos... Cuando l'asesino salió el cómplice cerró la puerta...

—Y el que quedó en el interior, ¿cómo salió? —preguntó el médico.

—Güeno, eso es entuavía lo que no puedo esplicarme —admitió el cabo.

—¿Y vos qué pensás? —solicitó don Frutos a Arzásola.

—Yo pienso que cuando Baidum fue a entreabrir los postigos, el criminal, que estaría al acecho, pasó el brazo por entre las rejas y le propinó la puñalada huyendo después. El turco, agonizante, tuvo, sin embargo, fuerzas para llegar a la cama y tenderse en ella...

—Tonses hubiera habido gota'e sangre n'el suelo, cerca'e la ventana y no había. Endemás habría desarreglau las ropa'e la cama y estas estaban bien como si lo hubiesen agarrau dormido...

—Esa es también mi opinión —expresó Levinsky—. La herida era necesariamente mortal y no creo que después de recibirla haya podido efectuar ese trayecto y cubrirse, además, con la sábana. Por otra parte había solamente sangre del lado donde estaba el orificio y en el extremo superior del lecho. De haber llegado herido hubiera manchado otros lugares. ¿No le parece?...

—Lo que a mí me preocupa —dijo en ese momento don Frutos— es el motivo. No robaron nada así que por interés no jué, tiene que haber sido por venganza.

—Siguro, entonce que habrá sido por mujeres —afirmó Leiva—, porque el finau era muy engolosinau por laj pollera.

—Sabés que tenés razón —aceptó don Frutos—. Y aura vamos pa la Bajada que maliceo quién puede haber sido'l fantasma.

El cauce de un arroyo seco formaba un declive en las barrancas, que los capibarenses arreglaron retirando las piedras y rellenando las bases para que sirviera de vía de acceso a los vehículos hasta la orilla del río.

Por ella transitaba, roncando estertorosamente, el «forcito» del hijo de don Quinca llevando a los pasajeros de los barcos que no querían arriesgarse por el más corto, pero abrupto sendero de cabras, que salía junto al almacén de don Pedro y por allí, también, iban y venían los tarros y carretas que llevaban sus cargamentos de naranjas, sandías, melones, lanas, cueros y otros productos de la región para transportarlos a los lanchones y chatas que atracaban en la costa.

De trecho en trecho se veían enormes pirámides de doradas esferas esperando su turno para ser llevadas en canastos a las bodegas.

Tratándose de una mercadería perecedera la naranja se pagaba solamente una vez que estuviese a bordo. A veces, por no haber llegado barcos en cantidad suficiente, la remesa debía arrojarse al agua; otras, crecidas y bajantes extraordinarias movían a los patrones de las embarcaciones a buscar otros puertos más lejanos, pero más accesibles y la cosecha también se malograba.

Pacientes y filosóficos los correntinos se sentaban junto a la pila de naranjas a tomar mate y fumar esperando «tener suerte y vender». Los carros y carretas, ya vacíos, estaban con las varas al aire y los animales, atados a estacas, mordisqueaban un poco de hierba que crecía salvaje o el pasto que en previsión trajeran los dueños, mientras movían desesperadamente las colas para tratar de alejar a las moscas y a los molestos tábanos.

Don Frutos y sus acompañantes pasaron por entre los grupos conversando con uno y otros, en tanto que sudorosos changadores iban y venían

con sus canastos repletos desde las amarillentas pilas a las bodegas, deslizando ágilmente por los delgados tablones que oficiaban de planchada.

De pronto el comisario indicó a un mozo joven, que estaba sentado en cuclillas junto a un fogón improvisado con unas piedras, dispuesto a tomar mate y dijo a Leiva:

—¡Ahí está! Metelo preso a ese bandido...

El aludido se incorporó protestando:

—¿Por qué, pa? ¿Qué hice, don Frutos?

—Casi nada, lo chuciaste al turco Abraham...

—¡Di ande, comesario! S'enquivoca fiero nicó...

—No, Tránsito. Toy bien seguro...

Leiva llevó al joven, que no se resistió, rumbo a la comisaría y el viejo dijo al sorprendido oficial señalándole una caña clavada en la arena, cerca de dos pacientes bueyes:

—Ahí tenés, l'arma...

Arzásola retiró la vara que medía casi dos metros y puso al descubierto un aguzado hierro en su extremo.

—Ves, el mozo ese, que se llama Tránsito Ruiz, viniendo pa estos laus, al pasar frente a la casa, vio por la rendija de la ventana al turco en la cama. Tonses, aprovechando que no había naide cerca, metió la picana que tenía p'azuzar a los güeyes por entre los postigos y se la clavó n'el cuello, después la sacó y siguió viaje...

—Es verdad —dijo Levinsky—, eso resuelve el misterio del modo en que se le dio muerte.

—Primero pensé que podría haber sido alguno con una lanza, pa poder llegar desde ajuera hasta la cama, pero me di cuenta que un hombre con esa arma hubiera llamau la atención al que lo viera. En cambio, uno con una picana, manejando una carreta, no despierta sospecha alguna...

—Pero había otros también con carretas... ¿Por qué eligió a Ruiz de todos ellos? —inquirió el oficial.

—Porque al conversar con l'otra gente me enteré que había llegau a la siesta, maj o meno a la hora en que pudo haberse cometido el crimen y después tenía que ser alguien con un motivo grande nicó p'haser mesejante cosa.

—¿Y él lo tenía?

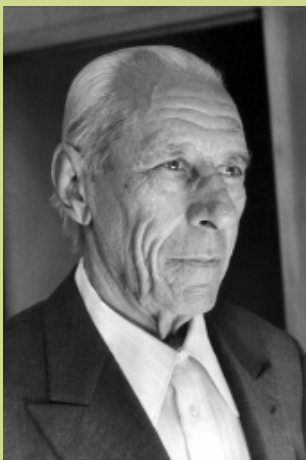
—¡Y de no! Hace un año, cuando Tránsito golvió del Chaco con unos pesos pa casarse con l'hija'e doña Casimira, se encontró que el turco lo había madrugau y visitaba tupido'l rancho'e la muchacha que ya no quiso saber nada con él, comprada por los regalos que le hacía el dijunto...

—¡Ajá!... Ahora solo falta que acepte su culpa...

—Perdé cuidau, que unos días'e calabozo lo van a hacer aflojar...

Y así fue, a los dos días confesó.

islas.



Tras veinte años de trabajo como docente rural en el nordeste santafesino, los quebrachales, las llanuras, las costas e islas bañadas por el río San Javier, se volvieron para **Diego Oxley (1901-1995)** un lugar de existencia y una verdadera obsesión literaria. Criollos, mocovíes, familias de peones, de pescadores, de nutrieros, solitarios buscavidas perdidos entre las islas, nadie plas-mó con tanto fervor como él las historias de esos pobladores de la intemperie insular. Así como las aventuras de hombres rebeldes a toda ley.

Oxley se retiró de la docencia y se mudó a Santa Fe, donde ejerció el periodismo en el diario *El Litoral*. La vida mundana no le impidió volver por largos períodos al San Javier, «como un auténtico islero de adopción», tal como lo definió Eugenio Castelli.

Al igual que Velmiro Ayala Gauna y Luis Gudiño Kramer, Oxley publicó su primer libro después de los 40 años. A *Quebrachos*, ese título inaugural, le siguió *El dolor de la selva*, *Teutaj*, *Tierra arisca*, *Encono*, *Cenizas*, *El remanso*, *Agua y sombra* y *Soledad y distancias*. También escribió una obra de teatro, *Se borran las huellas*.

El relato «La fuga» pertenece a su libro *Las aguas turbias*, publicado en 1975.

Diego Oxley
La fuga

Apresuradamente salta de la canoa robada y se interna en la arboleda de la isla. La lancha de la Prefectura, cargada con gendarmes del destacamento de fronteras, acaba de aparecer en un recodo del río y no es cuestión de perder tiempo. Sabe que no tardarán los perseguidores en descubrir la embarcación y en encontrar su rastro, pero dentro de la maleza será otra cosa; ahí podrá, por lo menos, vender cara su libertad y su vida. Además, seis o siete hombres no podrán rodearlo y no cree que se arriesguen a seguirlo, porque saben que está armado y dispuesto a no entregarse. Zacarías Troncoso no se ha entregado nunca a esos perros y es hombre de no aflojar mientras le quede un resuello.

Cae el sol detrás de la fronda de la costa opuesta y se ha encendido el cielo en una exaltación de rojos que se reflejan en las aguas quietas, para irisar el aire transparente de pureza.

Sigue avanzando apresuradamente, zigzagueando por entre los árboles, sin descubrir la orientación de sus pasos. Luego da un rodeo y vuelve a tomar rumbo caminando ahora con precaución para que no sea tan perceptible el rastro. De pronto se enfrenta con un cañaveral, que penetra sin vacilar, llevando un brazo cruzado ante sus ojos para defender la cara. No se cuida del ruido que producen sus pasos, porque sabe que no podrán oírlo sus perseguidores que aún no han alcanzado la costa. Cuando se detiene, percibe claramente las explosiones del motor de la lancha y las voces confusas de los hombres.

Desde el suelo blando se levanta un vaho pesado y húmedo con penetrante olor a moho.

Ahora camina sin apresuramiento porque ya no hay motivos para ganar distancias a costa de su fatiga y porque quiere reservar sus energías

para poder hacerle frente a cualquier eventualidad. Ahí, o mil metros más adentro, es la misma cosa. Sigue pensando que no se atreverán a entrar en la maleza detrás de su rastro, pero si se animaran ya se encargará de hacerlos desistir.

Se detiene y examina el winchester. Se palpa el cinto lleno de balas y el 44 que descansa dentro de la cartuchera. Eso, junto con su instinto salvaje y con su audacia, son elementos suficientes para hacerle frente a cinco o seis «milicos» y obligarlos a abandonar su propósito de capturarlo.

¡Cuántas veces se había visto en situación parecida, sin que lo arredrara el peligro! ¡Cuántas veces había soslayado a la muerte haciendo uso de su serenidad y de su confianza!

Ahora llega con más nitidez el ruido que produce el escape del motor. Sin duda se están aproximando al lugar en que dejó la canoa y es necesario estar atento para entender la maniobra del enemigo y disponer la defensa. Aguza el oído mientras se abre paso dificultosamente a través del cañaveral enconado. Respira con esfuerzo en esta atmósfera asfixiante.

Por el ruido que se aleja comprende que no se han atrevido a desembarcar para seguir sus pasos. Eso le da la seguridad de que saben con quién tienen que vérselas, que conocen su decisión y su arrojo.

Está oscureciendo en la espesura. Un silencio de soledad infinita lo rodea como si quisiera oprimirlo. Solo se oye, de vez en cuando, el batir de alas de algún pájaro que busca su dormitorio y el ruido seco que producen las cañas al rozar sus hojas ásperas.

De pronto se detiene el motor y la quietud se extiende abarcando el río. Zacarías Troncoso hace alto y luego se sienta en el suelo húmedo; saca un cigarrillo y lo enciende.

—Han desembarcado lejos, pero no conviene moverse porque pueden rumbiar.

Las sombras de la noche van acentuando gradualmente la oscuridad que se cierra sobre la isla. En el cielo aparecen apenas insinuadas las estrellas, para dar más profundidad a su transparente pureza.

Durante un largo rato todo parece dormido. Quietud y silencio prolongados en las sombras estremecidas de misterio.

El hombre continúa fumando y con el oído alerta. De a ratos se ilumi-

na su rostro con el fuego del cigarrillo. El gesto hosco y la mirada dura se acentúan con el reflejo rojizo y se destacan los rasgos que parecen marcados con tajos profundos. Los minutos pasan lentamente como si se arrastraran en la noche.

De pronto, otra vez las explosiones del motor llegan con su tableteo monótono. Sin esfuerzo advierte que se acercan otra vez, enfrentan el lugar en que él está, y se alejan por donde vinieron. Lógicamente hay que admitir que han dejado algunos hombres apostados en lugares estratégicos y que se vuelven para buscar más gente. Tal vez piensan rodear la isla y estrechar el círculo cuando se haga día.

—Y güeno. Si quieren baile, no les viá mesquinar.

Se tira de espalda sobre la tierra mojada y permanece sin pensar durante un momento. Luego sacude la cabeza y se incorpora hasta quedar apoyado sobre un codo. Piensa ahora que es necesario sacar toda la ventaja que sea posible, sin arriesgar mucho.

Está sereno Zacarías Troncoso. No lo conmueve el peligro que amenaza su vida. Al fin y al cabo, este hecho es una cosa corriente. Andar ocultándose en las malezas como las fieras, vivir en sobresalto aguzando los sentidos, desplegar todo su ingenio y su audacia configuran su diario andar en la lucha por la subsistencia. Es claro que ahora se han puesto sobre su rastro estos «perros» de la gendarmería provincial «que saben ser corsarios», pero él confía en su instinto montaraz y en el conocimiento que tiene de las islas y de los caprichos del río.

Se pone de pie y distiende los músculos elásticos. En seguida vuelve a moverse para avanzar silenciosamente en medio de la oscuridad impenetrable del cañaveral, orientándose con seguridad. De a ratos levanta la cabeza y mira las estrellas que ahora se destacan con nitidez en el fondo azul del cielo. Apenas un leve rumor va produciendo su paso cauteloso.

Luego de un rato sale a un limpio y se detiene para escuchar, mientras su mirada de lince escruta las sombras minuciosamente. Intenso silencio pesa sobre la isla.

Vuelve a caminar sorteando matas de paja brava. Lleva el winchester debajo del brazo derecho y el oído atento. Una tensa expectativa lo mantiene encogido y con los músculos listos para el movimiento imprevisto.

Avanza con seguridad en las sombras, sin descuidar las precauciones. Sus ojos se achican y se mueven incesantemente, como si su mirada quisiera meterse en todos los rincones para descubrir cualquier emboscada.

Ahora se enfrenta con un sauzal cerrado y vuelve a detenerse.

—Estoy a cien pasos de la costa —murmura, mientras se agacha hasta apoyar la rodilla en la tierra.

Concentra toda su atención para estudiar las posibilidades que puede aprovechar. Mide serenamente los riesgos, examina las circunstancias y sus eventuales consecuencias. En su imaginación excitada desfilan vertiginosamente todas las derivaciones lógicas con sus pequeños detalles.

—No hay güelta; si me cercan tendré que morir o entregarme por hambre. Esta es la única salida... Y cuanto antes, mejor.

Deja el arma en el suelo, se anuda la blusa en la cintura y se arremanga la bombacha hasta lo alto de los muslos.

—Vi'andar medio pesadón, pero la corriente me v'a sacar.

Recoge el winchester y se pone de pie. Camina lentamente costearlo el sauzal y luego lo penetra avanzando en cuatro pies, sin hacer el más leve ruido. Todo duerme a su alrededor con la profundidad de la muerte; solo las estrellas parpadean de aburrimiento en lo alto de la comba oscura del cielo.

Ahora que va a salir a la costa tiene que extremar las precauciones. Pueden estar distribuidos los hombres y en acecho detrás de algún mogote.

Se tira boca abajo y respira profundamente durante unos minutos. Luego se arrastra con movimientos pausados como un reptil herido, hasta que llega a la barranca y se detiene agitado.

Ante sus ojos penetrantes está el río quieto que se extiende y se pierde en las sombras. El cielo profundo abre un paréntesis de serenidad en la noche, madre de esa calma adosada al infinito.

Zacarías Troncoso afloja los músculos para descansar ampliamente, apoyando la cabeza sobre un brazo. Su respiración se normaliza lentamente.

Sigue pasando el tiempo con uniformidad imperturbable, como si marchara cauteloso para no interrumpir el letargo de esta naturaleza pu-

jante y bravía, dominadora y huraña.

El hombre permanece tranquilo como si no pesara el peligro sobre su ánimo. Esta es su vida de contrabandista, de delincuente, de rebelde, y está en su camino. Sin este excitante, sin esta lucha de fiera acorralada, no sabría cómo pasar los días, no podría quemar esas energías salvajes que lo ahogan.

—¡Perros! Yo les viá enseñar...

Se desliza por la pendiente que lleva al río. Con la correa sujeta el winchester atravesándolo en la espalda y entra decidido en el agua arrastrándose. Luego nada suavemente para ganar el centro de la corriente, casi enteramente sumergido. El frío se pone en contacto con su piel para hacerlo estremecer.

Apenas perturba la quietud ensimismada del río con sus movimientos medidos y suaves, pero avanza con seguridad hacia su destino. Pronto pierde de vista la franja oscura de la isla y solo lo rodean la oscuridad y el cielo engalanado de estrellas. Se hace más inquietante su aislamiento, más intenso su desamparo. Su cabeza es un punto negro que resbala en la superficie pulida y apretada en sombras.

Quiere distraerse Zacarías Troncoso. Sabe que tendrá que nadar mucho para ganar la otra costa y que además de su empeño, tendrá que poner todas sus fuerzas en la lucha. El río es implacable con los que aflojan; desdeña a los débiles y los aplasta como a cosa despreciable.

Siente frío. Imprime más vigor a sus movimientos para evitar sus efectos. Además, tiene que impedir que la corriente lo arrastre demasiado.

Quiere imaginar el propósito de los enemigos, pero se distrae porque la correa que sujeta el winchester a su espalda lo está molestando en el hombro. Se encoge para acomodarla mejor.

Sigue nadando a pesar del peso de la ropa y de las armas. Sus brazos y sus piernas se mueven con regularidad debajo del agua, sin producir el menor ruido. Sabe que el río y la noche llevan lejos los ruidos y no quiere aventurarse a sufrir un contratiempo.

El frío del agua le produce ahora una impresión molesta, como si estuviera por acalambrarse, como si se le endurecieran los músculos y perdieran la soltura habitual. Alarga más los movimientos y los afirma repe-

chando un poco más la fuerza del agua.

—Si pudiera pitar...

Otra vez siente la correa metida en las carnes del hombro. Por detrás del cuerpo levanta el arma para apoyarla en la espalda. Cuando descuida su accionar, se sumerge enteramente para resurgir en seguida chorreando agua.

—¡Pesao el fierrerío! —exclama, con voz entrecortada.

Regulariza otra vez las brazadas y sigue avanzando en medio de las sombras, un poco acezante ahora. Siente el empuje de la corriente con firme persistencia y el rebullir de los remansos empeñados en dificultar su propósito.

Inútilmente tiende su mirada hacia adelante buscando algún punto de referencia. A pocos metros se cierra su horizonte definitivamente y sin esperanzas.

Otra vez intenta distraerse para desvincular el pensamiento del esfuerzo físico. Piensa en sus correrías, trae desde lejos hechos aislados e indiferentes, recuerda hazañas, pero no consigue abstraerse. Hay un dolor muscular en los brazos y en las piernas, un adormecimiento de sus energías, que ya no puede atribuir solamente al frío.

Le resulta imposible calcular el tiempo que lleva nadando y como consecuencia de ello, no puede establecer el lugar donde se encuentra. ¿Le falta una hora de lucha? ¿Le falta más? ¿Resistirá hasta alcanzar la costa?

El dolor del hombro se ha hecho agudo y le produce la sensación de que la correa ha cortado la carne entrando en la sangre. El frío le aprieta los huesos.

Sigue moviéndose rítmicamente. Ni el dolor ni el frío conseguirán doblegarlo porque su cuerpo y su voluntad están hechos a rigor de golpes, porque él mismo está acostumbrado a llevarse por delante todos los obstáculos para vencerlos.

Al levantar el winchester que se ha corrido, vuelve a sumergir la cabeza en el agua y cuando sale respira dificultosamente, con la boca abierta.

—M'estoy queriendo cansar —dice—. Pesa esta carga y el frío m'está maniando.

Reuniendo todas sus fuerzas consigue equilibrar los movimientos

para seguir avanzando en el camino de su salvación.

Pasa el tiempo sin que le sea posible medirlo. Una desorientación inusitada lo perturba, pero su voluntad no cesa en su empeño de mantenerlo firme en la lucha. Sin embargo, se agudiza el dolor de sus músculos y sus movimientos se van haciendo cada vez más torpes y menos efectivos.

Si pudiera ver la costa, le resultaría fácil calcular las posibilidades de conservar sus armas y sus ropas que ahora le pesan extraordinariamente. ¡Son tan indispensables en su situación! Pero ya no puede haber dudas y si no se decide habrá terminado su carrera azarosa.

Desprende con una mano la correa que sujeta el winchester, luego la hebilla del cinto y deja deslizarse las armas al fondo del río. Se sumerge y se ahoga con una bocanada de agua que lo hace toser convulsivamente. La respiración se hace anhelante y señala una agitación extrema.

Se mueve con más soltura ahora, aunque el dolor paralizante del hombro persiste y el cansancio se acentúa.

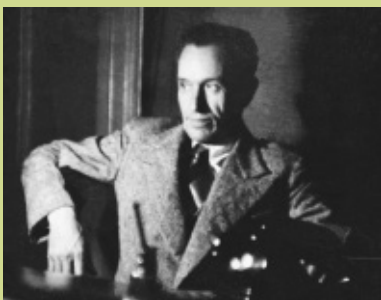
Avanza lentamente hacia las sombras, mientras sus energías decaen y una incertidumbre punzante va minando su voluntad.

—Más vale entregarse al río que a los hombres —piensa.

Al cabo de un rato siente que le pesan las piernas como si fueran de plomo y a pesar de su intento no consigue mantenerlas en posición horizontal. Entonces sus brazos se proyectan hacia adelante buscando un quimérico asidero que lo salve del fracaso y sus movimientos se hacen desacompañados y torpes. Se hunde de pronto y pierde un instante la noción de la realidad...

Cuando se recupera, sus pies se apoyan en el lecho fangoso del río. Camina tambaleante manoteando para no caer y consigue salir a la orilla. Ahí se afloja su cuerpo y se desploma pesadamente, oprimido el pecho de extenuación...

Y de nuevo queda Zacarías Troncoso frente al interrogante de su destino. Mañana, cuando haya recuperado las fuerzas, volverá a la lucha con el mismo ahínco, de cara a la vida. Siempre hosco, siempre rebelde, siempre dentro de la órbita fijada por su instinto de fiera. Hasta que lo mate la policía, o un accidente, o los años...



Al cumplirse seis siglos exactos de la muerte de Dante Alighieri, las autoridades del teatro El Círculo de Rosario encargaron al joven escultor Erminio Blotta, italiano de origen, un busto en mármol del poeta para ser emplazado en el rosal del Parque Independencia. Blotta utilizó como modelo a un amigo escritor con el cual formaba, junto a César Caggiano, el grupo de arte «El Clan». Desde aquel entonces, el Dante que hoy se encuentra en el bulevar Oroño de Rosario no es otro que **Abel Rodríguez (1893-1961)**.

Rodríguez militó en el anarco-sindicalismo y frecuentó el Café Social, punto de reunión de la intelectualidad socialista y libertaria rosarina. Fue redactor de *Tribuna Obrera* y de la revista *Bohemia*. Con el correr del tiempo, el rasgo social de su escritura terminó por vincularlo al grupo de Boedo. En 1929 la Editorial Claridad publicó una antología de jóvenes narradores titulada *Cuentistas Argentinos de Hoy*. Rodríguez aparecía entre las nuevas caras nacionales junto a Roberto Arlt, Leónidas Barletta, Elías Castelnuovo, Eduardo Mallea, Roberto Mariani, Salvadora Medina Onrubia, Álvaro Yunque y Raúl Scalabrini Ortiz.

Su primer libro, *Las bestias*, se publicó por Editorial Claridad en 1930. Catorce años más tarde llegó *La barranca y el río*, el segundo y último de su carrera. La costa rosarina, los trabajadores del puerto, los linyeras, los marineros y los pescadores son sus protagonistas. La edición esta vez corrió por cuenta del Círculo de la Prensa de Rosario al que Abel Rodríguez, cuyo nombre de pila real era Avelino, pertenecía por su labor como periodista en el diario *La Capital*. Más tarde abandonó la ciudad. Vivió un tiempo en Montevideo y finalmente recaló en Buenos Aires.

El relato «Ojos que no miran» pertenece a su libro *La barranca y el río*, publicado en 1944.

Abel Rodríguez
Los ojos que no miran

Bueno; ahora teníamos una canoa. Teníamos también este río Paraná, de corriente ligera; esas islas eternamente verdes y aquel cielo azul que se doblaba sobre la copa de los árboles. Embicar la quilla en la playa gredosa del Charigüé o en la de Castellanos, e internarse luego, tierra adentro, abriéndose paso entre las ramas retorcidas, es una emoción que penetra en el alma lenta y profundamente. Conocemos los riachos pequeños y tortuosos, que a veces salvamos de un brinco. Sabemos que más allá, casi en el centro de la isla, hay un brazo profundo en cuyo fondo se arrastra el pacú negro, hinchado de grasa y de barro, y que sus aguas llevan cardumes de amarillitos y sábalos para depositarlos en las anchas aguas del río; no nos son desconocidos, tampoco, los lugares donde penden los bolsones del camoatí y sabemos, además, extraer la miel sin correr mayores riesgos.

Aquí todo nos parece simple y claro. Las mañanas son hermosas y las noches igualmente bellas. Podemos ir de una a otra isla, sin fatigas, con el pensamiento saltarín y ligero, igual que estas aguas que juegan junto a las bandas del bote. Si se nos antoja, dejamos que la embarcación se gobierne como quiera, mientras permanecemos recostados, blando el cuerpo y más blando el espíritu. Al atracar, casi siempre nos encaminamos por el mismo sendero, seguidos por unos perros de pelambre sucia, que nos olfatean el ruedo de los pantalones, y nos vamos hasta un rancho. Allí charlamos con un criollo que se maneja con un puñadito de palabras. Todo aquello nos era tan conocido, tan familiar, como la cocina de nuestra casa. Podíamos señalar punto por punto. Sin embargo, era raro el día que no atravesáramos el canal, rumbo a las islas, donde, invariablemente, nos ocurría una serie de pequeños sucesos. Una vez, por poco nos pica

una víbora; el ofidio cruzó el sendero, desarticulándose, y penetró entre la maraña de los camalotes. Ni tan siquiera llevábamos el remo para aplastarle la cabeza. Cuando le contamos el caso al criollo, este, sin poner la menor intención en sus palabras, dijo reflexivamente:

—Culebra a lo mejor...

Era un hombre alto y bien plantado. Hablaba como si el sonido de su voz le produjera fastidio. Creemos que había nacido en las islas. Hacía de todo y estaba en todo. Cuidaba hacienda de invernada; cortaba troncos de sauces que solía vender a buen precio; pescaba, cazaba pájaros raros y emparvaba paja brava. Recordamos que alguien, cierta vez, se propuso levantar en el centro de «La invernada» un establecimiento para fabricar ladrillos de prensa. Se trazaron los planos. Se iniciaron las obras. En torno de la fábrica se levantaron los andamios para construir varias casitas destinadas al personal. A una cuadra de la costa se hizo una sólida defensa para desviar la corriente. Cuando el criollo se acercó para curiosear, el ingeniero le ofreció trabajo. Entonces él alzó los hombros diciendo:

—¿Pa qué? Todo inútil... Esta isla camina mucho, amigo...

—¿Pero no ha visto las defensas? —observó el ingeniero.

—No sirven —repuso—. El agua allí es más dentradora que flecha de indio.

Y no dio más explicaciones. A los dos años justo el río se había almorzado las defensas. Y meses después la fábrica y las casas no eran más que un montón de ruinas por donde se filtraba el agua y anidaban las víboras.

Otra vez encontramos un fragmento de carta. El agua había extendido la tinta. Las palabras estaban borrosas, pero pudimos leer algunas frases dispersas. «Este cariño», «...e mata», «No comprendes, cora...», «...tú y...». Y se había salvado esta frase entera: «Llenaré de lacres rojos tu cuerpo adorable». Las olas habían traído el papel desde allá, de donde se dobla la barranca y empieza la ciudad. Saltamos al bote. Esas palabras, mojadas por el río como un pañuelo por las lágrimas, dibujaron en nuestras pupilas la imagen lejana y borrosa de una cabellera rubia, y el viento puso en el hueco de nuestras manos el calor de una cintura fina y lánguida. Acunados por el ensueño, bajo el cielo azul, tuvimos la sensación de la eterna juventud, y eternamente hubiéramos permanecido así, a no ser

por un cimbrón de la línea, en cuyo extremo, bien amarrado por el anzuelo, el surubí daba saltos prodigiosos a ras del agua. Estos gigantes del Paraná no se entregan así como así. Pelean bravamente. Y si no se les diera ventaja para que disparen y se cansen más pronto, el bote arrastrado por ellos podría correr vertiginosamente; pero al poco rato, vencido, jadea en el fondo de la embarcación y sus postreros arrestos no son más que unos violentos chicotazos dados con la cola.

De regreso de la pesca, advertimos las hojas de un diario que el viento ha encajado entre los espinillos. Tiramos de ellas y nos quedamos en las manos con un pedazo de papel amarillento. Leemos al azar: «Diez rehenes han sido fusilados por la muerte de un soldado alemán». Por un momento permanecemos en suspenso, tratando de reconstruir el drama. Nos damos cuenta luego de que la noticia no nos conmueve y que solo nos ha rozado la epidermis. Ausentes y lejanos, nos sentimos como estos árboles, que bien prendidos a la tierra, se esfuerzan por sobresalir de la maraña y llevar las ramas hacia lo alto, para absorber toda la luz. Apenas si nos pasó fugazmente el pensamiento de Valéry: «Contra mayor rigor, mayor libertad». Eso fue todo. Estábamos aprisionados por la luz dorada y cálida. Nuestras cadenas eran estos círculos luminosos, que reverberan por millones en las islas, y cuando nos enredamos entre las sombras, pronto salimos de la densa espesura de la maleza. Ahora, si acaso nos agachamos, es para evitar que las ramas nos arañen la frente. En el fondo del bote hemos dejado el fragmento de lo que fue una carta apasionada. Quizás sea el testimonio de un corazón que sangra, retorcido por los caprichos de una histérica. Pensamos que sería bueno traerla aquí, desnudarla y exponerla al aire hasta que los rayos del sol le llenen la piel de manchas rojas, como los lacres rojos que le dejaban en el cuerpo los labios afiebrados de su amante. Pero aquellos diez rehenes tendrán cada uno diez agujeros en el corazón y una venda de tinieblas en los ojos. No podrán jamás —jamás, ¡qué terrible debe ser esto!— sentirse presos entre los círculos de esta luz que amamos tanto. Nos conmueve una ternura dulce e infantil al saber que el pulso en nuestras venas sigue latiendo isócronamente. Pero al mirar nuestras manos agrietadas y sucias, sentimos un estremecimiento. Por ellas todavía —¿todavía?— circula la sangre, y

siendo así, ¿de qué infamia no serían capaces? Sin duda, el índice, no una, sino mil veces, podría doblarse sobre el gatillo, y a la distancia, bien lejos, sin que nos salpique la sangre, diez pares de ojos sin luz quedarían fijos y bien abiertos hacia el infinito.

Alguien recuerda. Su pensamiento se desata, transpone los límites de la isla, se va más allá del río. Marcha grave y alto. Los rehenes acribillados por las balas abren un mundo distinto del que vivimos. Unos tras otros fluyen los recuerdos, anchos, profundos, igual al silencio que está echado sobre nosotros. Ahí nomás está el Paraná, tan cerca nuestro, y tan nuestro. Sin embargo, de pronto se transforma en una figura borrosa, desconocida. Y ahora estamos en una ciudad sitiada. Se pelea en los suburbios. El combate es duro y áspero. El odio y las balas apagan los gritos, y se muere y se mata con ferocidad. La resistencia se ablanda, cede, hasta que, por fin, al atardecer, cuando la llamarada de los cañones se confunde con el incendio del poniente, el ejército vencedor entra en la ciudad. Los soldados marchan erguidos, con las pupilas resplandecientes de alegría, levantado el ánimo por los acordes marciales de una marcha. La victoria había muerto en ellos al odio. Mas, el odio no estaba frío del todo, como los hombres que lo habían alimentado tanto tiempo y que quedaron allá, tras los vencedores, sucios de barro y de sangre. Continuaba peleando en la retaguardia, bloqueaba los flancos del enemigo, y era terriblemente devastador, porque andaba en libertad y no tenía a quién obedecer.

El ejército vencedor, satisfecho de su costosa victoria, trató de congraciarse con el enemigo. Oficiales y soldados se muestran generosos, amables, con los que se rindieron solo cuando no tenían armas para seguir peleando y cuando también les quedaba poca sangre que verter. Pero el odio acechaba frío y penetrante. Y un día, en los muros de la ciudad, aparece una extraña advertencia, escrita con carbón: «Es un enemigo de la patria el que mire al enemigo». Y desde ese instante, las pupilas únicamente miran al suelo. Hombres y mujeres cruzan las calles con los ojos entornados. Hablan sin verse. Los soldados invasores al principio observan el espectáculo entre risueños y sorprendidos, y cuando interrogan a alguien, advierten que los párpados se cierran aún más. Hasta los niños obedecen ciegamente la consigna. Hay represiones violentas. Los párpados

dos se hinchán de lágrimas, pero no se alzan. El odio renace en los vencedores. Las pupilas abiertas miran con hondo rencor a esas otras dirigidas solo al pardo color de la tierra. Sienten rabia y vergüenza a la vez. Todas las noches ejecutan a varios hombres y mujeres. Abren a balazos los ojos que no se querían abrir. Hasta que, finalmente, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos, abandonan el pueblo. Entonces los párpados de los vencidos se alzan, y las pupilas resplandecen victoriosas y vengadoras sobre la hueste enemiga en retirada.

Y al volver a esta realidad nuestra, tan bella y tan libre, abrimos bien abiertas las pupilas, en un esfuerzo por adueñarnos de todo el paisaje, como si temiéramos perderlo.



«Me siento orgulloso por una referencia que Darwin da cuando dice que a 40 kilómetros al noroeste de Rosario se encuentra el lugar más chato que debe de existir sobre la tierra. Ahí está Serodino, un pueblo clásico de la llanura santafesina, con las estaciones del ferrocarril Mitre que iba hacia Tucumán, zonas de cultivos de maíz, trigo y girasol. Siempre alguien nos llevaba a caballo, íbamos a las chacras a tomar leche al pie de la vaca, a pescar, a cazar. Esa vida me marcó mucho», reveló poco antes de su muerte **Juan José Saer (1937-2005)**.

Su familia se mudó a Santa Fe cuando él tenía 10 años. A la vida rural de Serodino, el pueblo donde nació y transcurrió su infancia, le sucedió la urbana, y más tarde la cosmopolita con su mudanza a París en 1968.

Sin embargo, fueron las experiencias de la llanura y de las ciudades costeras santafesinas las que signaron su literatura. El río Paraná, el San Javier, el arroyo Colastiné o la laguna Setubal, las ciudades de Santa Fe, Rosario y Rincón fueron «el soporte físico a una historia que abarca desde la época de la llegada de los españoles al territorio americano, en *El entenado*, hasta episodios de la historia contemporánea, como en *Glosa o Nadie nada nunca*, jugada por un grupo de personajes que reaparecen una y otra vez, dándole a la obra el aparente carácter de una saga», según Martín Prieto.

Antes de su partida definitiva de Santa Fe, Saer publicó sus libros *En la zona*, *Responso*, *La vuelta completa*, *Unidad de lugar* y *Palo y hueso*. Ejerció el periodismo en el diario *El litoral* y fue docente en el Instituto de Cinematografía de la Universidad Nacional del Litoral. Ya instalado en Francia, publicó las novelas *Cicatrices*, *El limonero real*, *La ocasión*, *Lo imborrable*, *La pesquisa*, *Las nubes* y *La grande*; los libros de relatos *La mayor* y *Lugar*; un único y muy atractivo volumen de poesía, *El arte de narrar*; y los ensayos *El río sin orillas: tratado imaginario*, *El concepto de ficción* y *La narración-objeto*.

Sus libros terminaron por consagrarlo como uno de los autores fundamentales de la narrativa argentina y de la lengua española desde la segunda mitad del siglo XX. Fue traducido a diez lenguas, entre ellas el inglés, el francés, el neerlandés, el griego y el japonés. Un escritor universal que sin embargo admitió: «Prefiero competir con Manuel Gálvez que con Proust».

El relato «Palo y hueso» pertenece a su libro *Palo y hueso*, publicado en 1965.

Juan José Saer
Palo y hueso

Esto fue contado en un pueblo de la costa. Estábamos de paso, sentados alrededor de una mesa en la vereda del hotel, y era el final del crepúsculo: era el verano pesado y lento, junto al río hinchándose para reventar en marzo y anegar el incesante y cambiante litoral desde Misiones hasta el Plata. Los dos de la ciudad, enloquecidos por los mosquitos, tomábamos vermouth, comiendo queso y salame, y el dueño del hotel que era también el dueño del cine y de la tienda más importante del pueblo, y el principal acopiador de pieles de la zona, que había invitado, un hombre muy alto de ojos saltones y húmedos, un gigantón algo flácido y crédulo de treinta y cinco años, habló largamente hasta que fue la noche y pasamos al comedor, y él se olvidó del asunto para dedicarse a hablar de la cosecha del arroz y del aumento de las mercaderías. Así que, mientras los mosquitos zumbaban, y todo el crepúsculo espeso y gradual zumbaba entre los árboles increíbles, entre la grave y cargada vegetación y la arena cambiante y pesada, y los gritos, quejidos y silencios prenocturnos, comenzados a oír poco a poco después de ese momento de la tarde inmóvil en que no hay luz, ni obscuridad, ni gritos, ni nada, ni se ve ni se oye nada, supimos cómo el viejo Arce compró en doscientos pesos a Rosita Rolón al propio padre de ella, Cándido Rolón, unos años atrás, en la vereda misma del hotel, llevándosela después para su casa. Supimos, asimismo, que el viejo Arce tenía en ese entonces sesenta y siete años, Rosita quince, y el menor de los hijos del viejo, Domingo, que era el último de los diez que había tenido el viejo con dos mujeres que se habían ido del pueblo o muerto, y era el único que quedaba con él en el rancho, tenía diecinueve años. Así que trasmitimos tanto lo escuchado como lo supuesto y lo dedicamos a Milton Roberts.

Echado en el catre (era de noche), Domingo oía la voz incesante del viejo Arce aproximándose al rancho. Estaba en la penumbra. Acababa de anochecer. A unos cincuenta metros de allí el agua del San Javier venía a morir en la costa, al parecer con un murmullo rítmico y largo.

Por la voz, Domingo supo que el viejo había estado tomando en el hotel y ahora venía con alguien, ya que hablaba sin cesar explicándole alguna cosa a la otra persona que parecía seguirlo en silencio. También por las vacilaciones y los cambios de voz, Domingo adivinaba con exactitud en qué punto cercano a la casa se hallaba su padre, si tropezaba o se tambaleaba, o si se volvía para mirar a la otra persona, imaginando la encogida figura del viejo Arce, con el sombrero de paja, los pantalones y la camisa rotos, descoloridos y sucios, caminando delante de su silencioso acompañante. No entendía las palabras; oía solo la voz rápida, exasperada y chillona, dificultosa a veces y entonces Domingo pensaba *viendo* «ahora salta el zanjón», «ahora cruza el alambrado», «ahora se ríe de lo que acaba de decir y mira al de atrás por un momento»; echado en el camastro, en la penumbra del cuarto en el que se colaba por el ventanuco rectangular abierto sobre la pared de adobe un complicado motivo blanco y negro que la claridad ultralunar proyectaba a través de la fronda de los árboles que iba a reproducirse inmóvil, como dibujado, como una muestra de tejido arcaico con un marco oblongo expuesto sobre la cortina negra de un museo, un poco más allá del camastro, sobre el piso.

Había estado trabajando en la arrocera hasta las seis, regresando y echándose en su camastro permaneciendo despierto y pensando hasta entonces, y eran como las nueve. Domingo se quedaba distraído muchas veces, donde estuviera, sin que nadie pudiese saber en qué pensaba. Él sí. Él estaba al tanto de que pensaba en la ciudad, en tomar el gran ómnibus amarillo y rojo de las seis de la mañana frente al hotel y viajar de una vez por todas a la ciudad para instalarse allí con un trabajo fijo y cambiar de vida. Comenzó a oír los pasos: las descoloridas y rotas alpargatas del viejo Arce resonando opacamente sobre el sendero de arena, o quebrando la maleza polvorienta que crecía en las inmediaciones del rancho. Después

llegaron y el viejo dejó de hablar. Domingo oyó los golpes de las alparagatas contra el piso de tierra frente a la puerta del rancho y la voz de su padre, próxima y nítida por un momento.

—Perá —dijo la voz a la persona que lo acompañaba.

«Es algún pielero», pensó Domingo, «o a lo mejor es Cándido Rolón; han estado tomando en el hotel», pensó. Se incorporó sobre la cama, sosteniéndose por los codos, en el mismo momento en que la silueta de su padre, de pequeña y oscilante figura, apareció en la puerta, resaltando sobre la grisácea claridad lunar del exterior.

—Domingo —dijo el viejo.

—Acá estoy —respondió él.

—Bueno —dijo el viejo desde la puerta, con voz ensimismada, habiendo confirmado la presencia de Domingo; y mientras se volvía al exterior:

—Prendé el farol —dijo.

—Perá que prenda —oyó Domingo que el viejo decía a la otra persona; y él se palpó el bolsillo de la camisa, sacó la caja de fósforos y fue a descolgar el farol que pendía del travesaño. Lo trajo consigo hasta la mesa, encendiéndolo; primero se trató de una llamita tenue, más intensa en seguida; después volvió a mermar un poco echando un humo negro pringoso y por último se convirtió en una incandescente lengua blanca de luz inmóvil, que expandía una exigua claridad de un tinte ligeramente verdoso.

El viejo entró sin esperar que él lo llamara, apenas la luz estuvo encendida.

—Pasá Rosa —dijo volviéndose para hablar a la persona que lo acompañaba—. Es la Rosita del Cándido. Es mujer mía ahora —dijo el viejo.

El viejo Arce estaba tomado. Él lo supo apenas escuchó su voz, pero ahora con el sombrero echado hacia atrás dejando ver sobre la frente un mechón de pelo entrecano y como húmedo, viéndole los ojos, chicos y brillantes e inmóviles, como pintados y laqueados sobre su exigua cara color tierra, la certidumbre de Domingo se fortificaba. Cuando tomaba, el viejo Arce se ponía desconfiado y miedoso. No miraba a nadie. A veces le daban accesos de furia y se la agarraba con Domingo.

Rosa emergió en la habitación saliendo de detrás del viejo, como colándose sin que él la viera.

—¿Qué decís, Rosa? —dijo Domingo—. Pasá y sentate.

—Háganos un poco de comer, chica —dijo el viejo. Por debajo del ala de su sombrero de paja se tironeaba el mechón de húmedo pelo gris, como pensativamente, mirando el suelo.

—Sí, don Arce —dijo la chica, quedándose inmóvil, mirando a Domingo.

Domingo la miraba.

El viejo fue y se sentó en una desvencijada silla de paja junto a la tosca mesa apoyando un pie sobre el travesaño de la silla. Encogido como estaba, su pequeño cuerpo parecía mucho más pequeño de lo que era.

—¿Qué hay de la arrocerá? —dijo como hablando para sí mismo—. Bueno —agregó rápidamente.

Rosita se hallaba de pie, una mano estrujando un pañuelo, el dorso en la palma de la otra a la altura del vientre, de modo tal que los antebrazos se apoyaban en las caderas. Tenía un vestido de algodón estampado con flores azules, abrochado en la parte delantera, apenas ceñido a la cintura. Calzaba unas zapatillas rojas de goma, nuevas. Viéndola Domingo recordó el baile en la pista del club, el último sábado. Recordó la salida del baile, a la madrugada, y lo que él y Rosita habían hecho en el pasto, echados cerca de la costa.

—Ahí hay carne —dijo Domingo señalando el travesaño con la cabeza.

—Haga un asadito si le viene bien —dijo el viejo Arce.

Rosita fue hasta el travesaño y descolgó una tira de carne oreada que dejó sobre la mesa.

—Indíquele la cocina —dijo el viejo a Domingo, tironeándose el mechón de pelo, los ojos clavados en el piso de tierra—. Después vení, Domingo, así te vas al almacén a traer vino.

La cocina estaba en el exterior, una chocita unida transversalmente a la pared del rancho. Desde hacía por lo menos cinco años el viejo decía que iba a construir una galería para protegerse en los días de lluvia en el trayecto de la cocina al rancho.

Domingo iba adelante; sentía detrás suyo a Rosita.

En la cocina, mientras trataba de encender el farol, dijo en voz baja, en la oscuridad:

—¿Qué decís, Rosita?

—Y, nada —dijo Rosa.

La sintió sonreír tímidamente en la oscuridad. La llama vaciló antes de cuajar, se movía, y después fue una moneda blanca e inmóvil dura. La cara oscura de Rosa emitía reflejos oliváceos; su nariz mocha brillaba.

Al hacerse la claridad, Domingo observó que ella lo miraba seriamente, con una curiosidad atenta y expectante.

—Bueno —dijo Domingo, señalando unos trastos—. Ahí tenés todo. Afuera hay leña y el braserito lo vas a encontrar atrás.

Ella lo miraba. Tenía la tira de carne en una mano.

—Dice la Juana que vos le dijiste que se viniera para acá —dijo—. ¿De veras?

Domingo se volvió para irse.

—Por lo que precisés llamame —dijo.

Regresó al rancho. El viejo estaba encogido sobre la silla.

—Fijate que esta chica era un peso para el Cándido —dijo al entrar él, sin mirar hacia la puerta, como si hubiera estado esperándolo—. Él andaba pensando en casarla. «¿No conoce un hombre bueno, don Arce, para la Rosa?», me dijo.

Parecía haber estado reflexionando sobre lo que iba a decir. Se había echado tan atrás el sombrero que media cabeza, con su desordenado pelo gris, quedaba en descubierto, y la parte posterior del ala del roto pajizo le rozaba la espalda.

—«¿Bueno cómo?» le digo yo —continuó diciendo el viejo—. «Usted sabe, don Arce, un hombre bueno», dice. Ya sabés que yo siempre he sido como un padre para Cándido. «Yo qué querés que te diga», le contesté. «Uno sabe cómo es uno, pero de los demás, quién sabe. Quién dice que no te aconseje y después tengas un sinvergüenza en tu casa». —Miró a Domingo—. Estuvo bien dicho, ¿no te parece?

Domingo miró al viejo pero este se hallaba con los ojos clavados en el piso.

—Seguro que sí —dijo con algún énfasis.

—Bueno —dijo el viejo—. «Eso no sería culpa suya», dice el Cándido. Entonces yo le dije que para casar a la chica tenía que buscar un hombre

asentado, con experiencia, y que él conociera bien: que lo buscara de por aquí, sin ir tan lejos. «¿Usted no sabe quién puede ser, don Arce?», me dice el Cándido. «Y, yo no sé», le digo. «Hombres buenos no abundan en estos tiempos» —miró a Domingo—. ¿No te parece que dije bien? —dijo.

Domingo movió rápidamente la cabeza tratando de no encontrarse con la mirada de su padre. Más bien dejó deslizar su mirada por todo el rancho, semejante al interior de una cueva: cerca de la mesa la luz era más intensa que en los rincones, y todo el rancho estaba lleno de cosas, camastros, travesaños, cuerpos, y también de sombras, y si por casualidad el viejo tocaba con el codo o la pierna la tosca mesa haciendo temblar el farol, todas las sombras y al parecer también todas las cosas se movían en el interior del rancho por un momento.

—Seguro —dijo Domingo sin mirar a su padre.

—«Si usted me aconseja», dijo Cándido, «yo voy a seguir su consejo al pie de la letra» —siguió diciendo el viejo—. «Pero qué consejo te puede dar un hombre viejo como yo. Veinte años atrás, todavía. Ahora corren otros tiempos». «Bien dicho, don Arce», me dice. «Usted es un hombre con experiencia: hombres así no abundan en estos tiempos». «Y así como ves, Cándido», le digo, «vivo solo, sin mujer, teniendo que hacerme la comida y lavándome yo solo la ropa. Si no fuera por el Domingo, que de vez en cuando me cocina, me habría muerto de hambre hace rato». «¿Y cómo, don Arce?», dice el Cándido, «usted, un hombre tan bueno, viviendo en esas condiciones». «Bueno», le digo, «la verdad es que yo estaba pensando en conseguirme una compañera, pero sin apuro, ¿sabés Cándido? Primero quiero hacer una galería que cubra la puerta del rancho y de la cocina, para que la pobre no trabaje a la intemperie». —El viejo hizo silencio por un momento, como reflexionando—. En eso el Cándido me mira fijo —continuó— y dice «¿No quiere tomar un vino, don Arce?». Cómo no iba a ir. Habíamos estado hablando en la plaza, donde nos hallamos de cruce, y nos fuimos para el hotel. El Cándido no dijo una palabra hasta que llegamos, más, miento, hasta después que tomamos el vino y volvimos a salir, y empezamos a cruzar de vuelta la plaza. Dice: «Don Arce, estuve pensando, ¿sabe? Yo sé quién es el hombre que le conviene a la Rosa». «Ah», digo yo, «¿y puedo saber quién es?». «Pero cómo no», dice el Cándido, y después,

dándome un golpecito en el hombro, me mira muy serio y dice: «Usted, don Arce». Me llevó hasta el rancho, la hizo cambiar a la Rosita y le dijo que se viniera conmigo. Y así fue como me la traje.

—Sí —dijo Domingo—. Deme para el vino.

Estaba de pie frente al viejo, la camisa y los pantalones descoloridos, los brazos separados del cuerpo. Era bajo como su padre, pero mucho más macizo y tenía la piel oscura y brillante. El viejo buscó un momento en sus bolsillos, de sentado, con gran dificultad, y después se puso de pie para continuar buscando; después de dar vuelta los bolsillos delanteros del pantalón de uno de los cuales cayó un paquete de Colmena que Domingo vio dar contra el suelo sin moverse para recogerlo, sin hacer siquiera un gesto, con la vista clavada en el viejo, su padre empezó a registrarse los bolsillos traseros haciendo un gesto con la cabeza que al parecer quería decir que no se explicaba dónde diablos había ido a parar el dinero.

—Pero yo no sé —dijo dejando de buscar. Después empezó a acomodarse el forro de los bolsillos y se agachó para recoger el paquete de cigarrillos. Sacó uno y se guardó el paquete—. Bueno —dijo al fin—. Compralo de tu plata que después yo te doy.

Domingo salió al patio a la noche. Por la abertura de la cocina veía la gran sombra de Rosa moviéndose en medio de la tenue claridad verdosa que expandía el farol. La noche estaba límpida, llena de estrellas inmóviles brillando sobre la superficie tensa y lisa del cielo. Todo el lugar estaba iluminado por la claridad lunar, y más allá, visible entre los árboles que formaban un angosto bosquecito anterior a la costa, el río era una plácida planicie atravesada por cambiantes reflejos. Domingo se encaminó a la cocina; Rosa estaba salando la carne sobre una mesita. Junto a ella se hallaba el farol.

—Busca leña —dijo Rosa.

—Voy al almacén —dijo él.

Rosa dejó de salar. Echaba sal con la mano sobre la carne y después pasaba la mano para desparramarla. Dejó de salar.

—¿Es cierto lo de la Juana? —dijo, mirando a Domingo. Este metió los dedos en la bolsa de sal y después empezó a chupárselos. No dijo nada. Volvió a meter los dedos en la bolsita y volvió a chupárselos, y Rosa todavía lo miraba.

—¿Cierto? —volvió a decir Rosa.

—Voy al almacén —dijo Domingo, dándose vuelta y saliendo de la cocina.

Los perros se le aproximaron y comenzaron a saltar y a ladrar a su alrededor. Domingo atravesó el espacio abierto frente a la casa y tomó el sendero paralelo al bosquecito, internándose entre la maleza que crecía a los costados de la angosta cinta de tierra arenosa. Los perros llegaron con él hasta el alambrado; él lo cruzó, saltó el profundo zanjón y al retomar el paso normal oyó detrás suyo a los perros, cuyos ladridos comenzaban a alejarse en dirección a la casa.

Regresó con dos botellas de vino, una en cada mano. Cerca de la casa comenzó a sentir el aroma de la carne asándose. Cuando llegó vio a Rosa en el patio, detrás de la cocina, inclinada sobre el brasero del que se elevaba una columna de humo oblicua y lenta. El viejo la contemplaba apoyado en el marco de la puerta del rancho, su figura nítidamente recortada contra la claridad verdosa del interior.

Rosita se incorporó cuando él llegó:

—Eh, Domingo —dijo, pasándose el dorso de la mano por los ojos.

—Domingo —dijo el viejo—. Sacá afuera la mesa para comer al fresco. Dejá por ahí las botellas.

Domingo dejó las botellas en el suelo y fue hasta el interior del rancho. El viejo le dio paso en la puerta, saliendo al exterior, tambaleando.

Domingo retiró el farol de la mesa y lo colgó del travesaño; al hacerlo todas las sombras se movieron, y como el farol quedó oscilando levemente pendiendo del travesaño, mientras Domingo alzaba la mesa con las dos manos y la llevaba al patio, todas las sombras en el interior del rancho estuvieron moviéndose lentamente; cada vez más lentamente hasta que el farol colgado quedó inmóvil y las sombras se detuvieron.

Domingo depositó la mesa en el patio. Rosa se hallaba inclinada cerca del brasero. El aroma de la carne asándose se mezclaba con el de la humedad, el de los árboles y el de la noche. Detrás de Domingo, contra la claridad rectangular de la abertura, el viejo Arce encendía un Colmena y sacudía después el fósforo arrojándolo lejos de sí, hacia la noche. Los perros se hallaban lejos de la casa, moviéndose y ladrando sin cesar, y de pronto,

amarillos o verdes, duros como piedras preciosas, sus ojos brillaban.

—Chichos, chichos —les gritó el viejo distraídamente, sibilina-mente, avanzando unos pasos para recoger una botella de vino del suelo—. Tráí una sillas, Domingo —dijo mirando la botella.

—¿Quiere que la destape, don Arce? —dijo Rosa viniendo hacia él—. Domingo, tráí un tirabuzón.

—Está en la cocina —dijo Domingo, yéndose para el rancho. Había dos sillas de paja completamente desvencijadas y un cajón precario. Domingo juntó las sillas por los respaldares, las levantó por los travesaños y con la otra mano alzó el cajón, regresando. En la puerta se puso de costado; sacó las sillas primero, y después el cuerpo, y detrás el cajón. Al salir vio la gran sombra de Rosita en el interior de la cocina. El viejo estaba con la botella en la mano, aguardando junto a la mesa. Domingo distribuyó las sillas y el cajón alrededor de la mesa. El viejo se sentó en una de las sillas.

—Dame el tirabuzón —dijo en voz alta hacia Rosa, en la cocina.

—No lo encuentro, don Arce —dijo la voz de Rosa desde la cocina.

—Vaya enséñele, Domingo —dijo el viejo.

Domingo fue a la cocina. Antes de entrar vio la sombra inmóvil de Rosa proyectada contra la pared y el bajo techo de la choza. Al entrar vio a Rosa con el tirabuzón en la mano, sonriendo malévolamente. Domingo se detuvo.

—¿Es cierto? —dijo Rosa, en voz muy baja—, ¿eh? ¿Es cierto?

—Dame el tirabuzón —dijo Domingo en voz baja, aproximándose a Rosa. Ella no se movió—. Dame lo te digo —dijo Domingo, tratando de quitárselo. Ella no lo soltaba y se reía.

—¿Es cierto? ¿Es cierto? —dijo en voz muy baja. Soltó el tirabuzón. Domingo regresó al patio y le entregó el tirabuzón a su padre. Este se dispuso a sacar el corcho a la botella.

—Rosita —gritó hacia la cocina—. Tráí unos vasos.

—Ya va, don Arce —dijo la voz de Rosa desde la cocina.

Domingo se sentó en el cajón, de modo que tenía enfrente el bosquecito y más allá el río. Los perros se movían en el espacio abierto frente a la casa, saltando y corriendo, perfectamente visibles en la claridad nocturna. Ahora toda una franja dorada, la luz de la luna, se había asentado so-

bre el río, y Domingo podía verla. Solo el bosquecito permanecía envuelto en una penumbra más densa.

Domingo encendió un cigarrillo. Echó una primera bocanada de humo y después sopló el fósforo. Rosa vino con los vasos: un alto vaso de vidrio verde, un vaso pequeño y panzón y un jarro abollado. El viejo Arce sostuvo la botella con los muslos y de un tirón sacó el corcho. Echó vino en el vaso verde, hasta el borde, y dejó la botella sobre la mesa. Domingo sacó el tirabuzón del corcho, distraídamente y tapó la botella. Los mosquitos zumbaban alrededor de la mesa y el viejo los espantaba con manotazos cortos y negligentes. Mientras tanto alzó el vaso y de un solo trago se bebió tres cuartas partes del contenido.

—Esta semana vamos a hacer la galería —dijo dejando el vaso sobre la mesa, pasándose después la lengua por los labios.

—Sí —dijo Domingo, pensando en otra cosa.

—¿Y, de ahí? —dijo el viejo a Rosita.

—Ya va, don Arce —dijo Rosita. Fue hasta el brasero y se inclinó para mirar la carne, regresando. Después dijo:

—¿De veras, don Arce que Domingo está por juntarse con la Juana de lo Baucedo?

El viejo se rió.

—Yo no sé —dijo—. Primero va a hacer la milicia, ¿no es cierto, Domingo? Con el traje de militar va poder elegir mejor. ¿Cuál de las Baucedo decís vos? Si tiene como una docena.

Domingo habló con un tono vagamente rencoroso.

—¿Ahora por una vez que la vi —dijo— voy a tener que juntarme con ella? Por favor.

A Rosa no le gustó eso.

—¡Por favor! —repitió.

Comieron. El viejo se durmió antes de terminar la comida. Domingo encendió un cigarrillo y se levantó de la mesa. El viejo tenía las piernas estiradas bajo la mesa, y había entrecruzado las manos sobre el vientre apoyando la cabeza contra el travesaño superior del respaldo de la silla. Continuaba con el sombrero puesto, a punto de caérsele para atrás. La parte visible de su pelo gris estaba revuelta y como húmeda; parecía

pegada al cráneo como una peluca. De vez en cuando el viejo se movía, cabeceaba, gruñía, o roncaba.

—Voy a ver si sale algo —dijo Domingo. Rosa no le contestó. Él fue al interior del rancho y dirigiéndose hacia uno de los rincones se agachó donde había una cantidad considerable de redes, líneas y cañas para pescar; había también un mediomundo con sus tiros y su palo. Domingo hurgó un momento entre el revoltijo de elementos de pesca, deteniéndose de vez en cuando con alguna línea para observar sus anzuelos. Por fin eligió una. Con el cigarrillo pendiendo de sus labios, el humo ascendiendo en una lenta columna gris contra su cara, Domingo trabajó cuidadosamente con la línea verificando el estado de los anzuelos y desenredándola. Después se la puso bajo el brazo, enrollada, descolgó el farol del travesaño, entre las sombras moviéndose, y se encaminó afuera, con el farol en alto, dejando tras de sí, en el interior del rancho, toda la sombra.

Rosa limpiaba la mesa. A la luz del farol aproximándose, su rostro fue tocado por un destello malévolo. Domingo dejó el farol y la línea sobre la mesa, pasó junto a Rosa encaminándose al brasero, sacó un pedazo de carne y regresó con él hasta la mesa, mientras Rosa se dirigía a la cocina con los platos y los vasos. El viejo dormía. El sombrero se le había caído por fin. Respiraba profunda y rítmicamente balanceando la cabeza desnuda. Domingo cortó en pequeños trozos la carne y después, llevando la carne en la palma de la mano, alzó el farol y la línea dirigiéndose al río. Al caminar movía el farol, que llevaba en alto aunque la noche era clara y todas las sombras y las cosas se movían rápidamente alrededor suyo. Los perros saltaban y corrían a su alrededor, en silencio.

La costa era una estrecha franja de arena blanca, hecha también como de materia lunar, y matas de pasto ralo. A un metro de la costa, el río se volvía considerablemente profundo. Domingo colgó el farol en la rama de un sauce caído sobre la corriente; el árbol tenía mucha raíz afuera y su tenue fronda era atravesada por la claridad cálida de la luna. Sobre el río flotaba un reflejo fluctuante, quebradizo. Domingo dejó la carne en el suelo y comenzó a desenredar lentamente la línea. Bajo la claridad verdosa del farol su figura se movía inclinándose, dando pasos en una u otra dirección, moviendo las manos que hacían correr diestramente el piolín. Después

dejó la línea lista en el suelo, buscó los trozos de carne y encarnó uno por uno los anzuelos. Ató el extremo de la línea a una de las raíces del sauce y después, alejándose unos pasos de la orilla, revoleó por sobre su cabeza la línea, arrojándola. Al caer sobre el agua, los anzuelos y las plumas produjeron un «floop» prolongado desintegrando por un momento el reflejo lunar, y convirtiéndolo en un rápido torbellino de esquivas doradas.

Se sentó sobre la arena y encendió un cigarrillo, arrojando el fósforo al agua. De vez en cuando se inclinaba sobre la raíz del sauce para probar la tensión de la línea. Los perros habían desaparecido. Domingo trató de escuchar, hacia la casa, en medio del profundo silencio. Le pareció oír la voz de su padre diciendo «Rosa», y a Rosa responderle.

Despertó estirado sobre la arena, y debían ser más de las cuatro. Un silencio impresionante lo rodeaba. Se hallaba todavía semidormido, de modo que le costó un poco recordar que había tirado la línea, se había sentado a esperar y que al parecer se había quedado dormido. Se puso de pie, sacudiéndose la arena de la ropa, y después buscó un cigarrillo en el bolsillo de la camisa, pensando: «Otra vez hoy a la arrocería» y ayer, al crepúsculo, desde las seis hasta las nueve había estado echado en el camastro fumando cigarrillo tras cigarrillo y pensando en la ciudad.

Encendió un cigarrillo. El farol se había apagado. En la oscuridad, ahora un poco más densa que unas horas antes la llama del fósforo fue una forma súbita, brillante, que después cruzó el aire en semicírculo apagándose antes de llegar al agua. La incandescencia del cigarrillo era un punto débil de resplandor rojizo en la oscuridad.

«Otra vez hoy a la arrocería», pensó. Era peón. Trabajaba ocho horas acarreando bolsas o bien barría el patio, o hacía mandados a los empleados de la administración, pero él había ido a la escuela hasta cuarto grado y no se conformaba con eso.

Ahora se sentía cansado. Pensó regresar a la casa, y recordó a Rosa y al viejo. Se sentó nuevamente en la arena, con lentitud, como dejándose caer, viendo, al hacerlo, el sábado anterior, a la salida del baile: Rosa lo había escuchado atenta y pensativamente cuando él le habló, con cierta cautela y de un modo muy vago, de su proyecto de irse a la ciudad. Ahora ella se había venido con el viejo. «Justo Rosa tuvo que ser», pensó.

«Otra vez al patio de la arrocera», pensó recostándose sobre la arena. Se adormecía en aquella penumbra quieta, estirado de espaldas, con un brazo encogido sobre el pecho, sosteniendo en la mano el cigarrillo consumiéndose. Le dio una última pitada (el resplandor mínimo de la brasa se hizo más intenso) y arrojó el cigarrillo hacia el agua. La brasa fue desintegrándose en el aire, llenándolo de chispas rojas y fugaces, y al caer sobre el agua se apagó súbitamente. Después Domingo se durmió.

2

Con el sol muy alto ya detrás suyo, Domingo caminaba precedido por su larga sombra tenue que serpeaba sobre los pastos y el terreno. Detrás quedaba el río (la luz del sol, blanca y quebradiza, temblaba sobre la superficie) y ahora Domingo atravesaba el bosquecito. El sol se colaba por entre la fronda de los árboles y sus rayos caían oblicuamente en el pasto húmedo, al pie de los troncos. Se oía un rico y enloquecido canto de pájaros. Domingo caminaba lentamente, llevando el farol y la línea, y veía ya, al tiempo que hundía sus alpargatas en el terreno compuesto de algo que era tierra y arena al mismo tiempo, al viejo Arce sentado junto a la puerta del rancho sobando al mate que Rosa acababa de entregarle. El viejo siempre se levantaba temprano. Todos los días, al despertar, la primera certeza de Domingo era que el viejo se hallaba junto a la puerta del rancho, en el verano, o en el interior de la choza lateral, llamada la cocina, en el invierno, mateando desde mucho antes que él hubiera comenzado a despertar. El viejo tenía una botella de caña junto a la cama: despertaba, se vestía, iba a orinar largamente en la letrina que se hallaba a diez metros de la casa, detrás, en dirección contraria al río, y después, antes de lavarse la cara, si es que se la lavaba, o poner agua al fuego, tomaba un trago de caña, se hacía una especie de buche o gárgara con él y después se lo tragaba.

Si bien, y como desde que tenía uso de razón Domingo lo había observado, el viejo se levantaba todas las mañanas muy temprano, antes de la salida del sol, hubiera dado lo mismo que lo hiciera al mediodía o a cualquier otra hora. Se quedaba sentado dos o tres horas mateando y fu-

mando, corriendo la silla a medida que el sol avanzaba de modo de quedar siempre a la sombra. Después se iba al pueblo y no regresaba hasta muy tarde la noche, salvo algunas veces en que volvía al mediodía para poner una tira de carne a la parrilla y aguardar que estuviera a punto para mandársela con un poco de galleta y un litro de vino. Si se quedaba en el pueblo siempre se las ingeniaba para que alguno lo invitara con un poco de mortadela o queso, o con una lata de sardinas y unos vasos de vino en el almacén o en el bar del hotel. Si había estado recolectando conchilla o pescando y había vendido el producto de su actividad o tenía en el bolsillo unos pesos que Domingo le había dado para los vicios, era él el que invitaba entonces a algún otro, o bien juntaban el dinero de cada uno y formaban un solo capital que era indefectiblemente comido y bebido.

Así que daba lo mismo que el viejo se levantara a las cuatro de la mañana o al mediodía, y ahora estaba sentado junto a la puerta del rancho, tal vez desde las cinco o las seis, fumando o sorbiendo pensativamente el mate que Rosa, de pie junto a él, con el vestido floreado de la noche anterior, acababa de entregarle. El viejo estaba con el sombrero puesto, las piernas separadas, y un poco encogido sobre la silla. Rosa se hallaba mirándolo, cruzada de brazos, vio Domingo saliendo del bosquecito, entre los perros que habían salido disparando desde detrás de la casa y ahora lo rodeaban saltando y ladrando a su alrededor. Él los ahuyentaba tirándoles suaves golpes con el pie y el farol.

Rosa ni siquiera lo miró cuando él llegó junto a la silla baja en que se hallaba sentado su padre. Tomó el mate que el viejo le devolvía y fue caminando indolentemente hacia la cocina.

—¿Salió algo? —dijo el viejo.

—No —dijo Domingo, pasando junto al viejo y penetrando en el rancho. El camastro del viejo se hallaba desordenado. En el suelo, junto a él, había un espiral consumido: solo quedaba un trocito incrustado en la base de la lata, y el resto era un montoncito de ceniza intacta en el piso. Domingo colgó el farol en el travesaño y dejó la línea en el lugar donde se hallaban los otros elementos de pesca. Quedó un momento de pie, como pensativo, y se encaminó nuevamente al exterior.

—Esta noche podemos comenzar la galería —dijo el viejo. Ya lo había

dicho por lo menos mil veces en los últimos tres años. Hacía referencia al asunto tres o cuatro veces por día.

—Sí —dijo Domingo, mirando hacia el bosquecito.

Rosa regresó con el mate desde la cocina, dándoselo. Domingo lo agarró y comenzó a sorberlo. Miró a Rosa: estaba recién lavada, el rostro todavía un poco hinchado por el sueño, el pelo estirado hacia atrás sobre las sienes, todo mojado. De un borbotón de pelo oscuro sobre la frente, había comenzado a deslizarse una gotita de agua que dejaba sobre la oscura superficie lisa de la frente una estela brillante. La gota se detuvo en el entrecejo. Domingo recordó el último sábado, a la salida del baile, él y Rosa echados sobre el pasto, cerca del agua.

—Ando con ganas de cruzar a la isla —dijo el viejo, como hablando para sí mismo— y probar con la nutria. Lástima que no tenga escopeta. El Cándido tiene dos. Dice que una anda queriendo venderla: dice que con darle cincuenta pesos en el acto y ciento cincuenta más cuando se vaya pudiendo, la entrega. Dice que no hay más que engrasarla para que ande lo más bien.

Domingo terminó de sorber el mate y se lo devolvió a Rosa. Esta regresó a la cocina. Domingo la miraba alejarse: el vestido floreado producía un tumulto indolente y tembloroso al ser sacudido por las nalgas.

—La conchilla no da para nada —decía mientras tanto el viejo—. Hay muchos juntadores y en el depósito te dan lo que quieren. La nutria sería un buen negocio, ¿no te parece?

Rosita desapareció por la puerta de la cocina, el negligente tumulto floreado, y Domingo se volvió hacia su padre. Este miraba pensativamente el bosquecito y, más allá, el río.

—Y —dijo Domingo—, seguro.

Ahora claro —dijo el viejo enseguida—. Harían falta esos cincuenta pesos para la entrega. El Cándido vende el arma porque necesita. —Alzó la cabeza y miró a su hijo por un momento, su frente se llenó de arrugas inquisitivas. Rápidamente volvió a dirigir la mirada hacia el bosquecito, aunque no parecía mirar nada en especial, sino reflexionar lenta y vivamente sobre algo—. ¿No podrías pedir un adelanto en la arrocera? —dijo por fin.

Domingo lo miró.

—A los peones no dan —dijo—. Pagan por día.

—Ya sé —dijo el viejo— ya sé.

Quedó pensativo un momento. Domingo lo miraba. El viejo se movió sobre la silla, volvió la cabeza y sus miradas se encontraron.

—No —dijo el viejo— yo decía cobrar un poco del mes que viene, por ejemplo.

Domingo habló con voz muy suave.

—A los peones no dan —dijo.

Rosa regresó de la cocina, secando con el dedo el borde del mate.

—¿Dónde dormiste? —dijo a Domingo.

—En la costa —dijo él.

Rosa se echó a reír.

—¿Seguro? —dijo.

Él la miró. Ella lo miraba.

—Seguro —dijo Domingo mirándola. Sus ojos emitieron un leve destello, y también los de Rosa brillaron sonrientes por un momento. El viejo miraba el bosquecito con aire reflexivo, sosteniendo el mate con la palma de la mano, sin sorber. Uno de los perros salió a la carrera de detrás de la casa y cruzando velozmente el patio se internó en el bosquecito.

—Va a hacer mucho calor hoy —dijo el viejo, sorbiendo el mate. Domingo y Rosa dejaron de mirarse.

—Sí —dijo Domingo.

El viejo devolvió el mate a Rosa. Ella se dirigió a la cocina y Domingo la sentía alejarse detrás suyo, las suaves zapatillas rojas tocando el piso de tierra, y «vio» el tumulto floreado, las nalgas prietas y duras debajo, el último sábado.

—No —dijo el viejo lentamente—. Yo decía que si se pudiera conseguir ese adelanto, con la escopeta ya las cosas mejorarían mucho. En todo lo demás se pagaría con la misma nutria. ¿No te parece que digo bien?

—Sí —dijo Domingo. Y después, pensándolo—: ¿Y por qué no junta un poco de conchilla para la entrega?

—También —dijo el viejo, accediendo, en una impostación connivente y prolongada, moviendo pausadamente la cabeza en señal de acuer-

do—. ¿Pero no te parece que va a llevar muchos días? Hoy no puedo ir a juntar porque tengo que ir al pueblo por unos asuntos.

—¿Qué asuntos? —preguntó Domingo rápidamente. El viejo no lo miró. Estuvo como distraído por un momento, como si no lo hubiera oído, y después dijo:

—Unos asuntos.

—Bueno —dijo Domingo— me voy. Hasta luego.

—Hasta luego —dijo el viejo.

Rosita salió de la cocina con el mate.

—Perá Domingo —dijo—. Tomá el último.

Domingo se detuvo, agarró el mate que Rosa le entregaba y comenzó a sorberlo. Ahora su padre, desde la silla, lo miraba pensativo, como si no lo viera. Domingo estaba casi de espaldas a él; lo percibía de soslayo. Sentía que su padre estaba mirándolo. Empezó a enrojecer.

—Hacé la prueba —dijo el viejo, sin embargo—. Hablá con alguno de la administración. A lo mejor te adelanta cincuenta pesos. Con la nutria, y con un poco de conchilla, y tu trabajo en la arrocería, vamos a terminar mejorando un poco. ¿No te parece que está bien pensado?

3

Domingo regresó al rancho al mediodía. Rosa se hallaba en el bosquecito. Domingo tenía la cara sucia de tierra y llena de pequeñas estelas oscuras dejadas por las gotas de sudor al deslizarse sobre la dura piel. El bosquecito era un lugar fresco en medio del intenso calor, tanto por la sombra de los árboles como por hallarse más cerca del agua que la casa. El río, sobre el que esplendía la luz cenital, estaba quieto y casi transparente, o exangüe, de una turbulencia marrón, como equívoca.

Rosa había llevado una silla y la mesa al bosquecito y leía una revista. No advirtió su llegada. Los perros corrieron hasta el zanjón y cuando él lo saltó y cruzó el alambrado, emitieron unos rápidos ladridos y comenzaron a dar saltos y a correr alrededor suyo. Él les hacía señas para que se callaran. Uno se escurrió bajo el alambrado, saltó el zanjón y desapareció

husmeando entre la maleza. El otro se sentó sobre sus cuartos traseros y se quedó mirando a Domingo. Este se inclinó hacia él, sonriendo, y le hizo un gesto indicándole que se callara. El perro lo miraba atentamente, los ojos amarillos muy húmedos y brillantes, la lengua rosada temblando a un costado del hocico negro, las orejas caídas, con un aire de desconfianza y perplejidad. Domingo se inclinó más hacia él, cada vez más, mirándolo, hasta que se vio reflejado en los ojos amarillos del perro. Estuvieron contemplándose por un momento. Domingo sonreía y el perro parecía tratar de comprender, moviendo las orejas, todos los músculos de su cuerpo temblando en una expectante tensión bajo la pelambre grisácea.

—Fuera, chicho —dijo Domingo, con voz suave, muy baja, y el perro jadeaba. Su larga lengua rosada temblaba más vivamente que su cuerpo.

Domingo se enderezó y comenzó a caminar lentamente hacia Rosa. El perro continuó mirándolo con extrañeza. Tres o cuatro pasos adelante Domingo se volvió, mirando al animal. Este le echó una breve mirada, se escurrió bajo el alambrado y dando un salto hacia el otro lado del zanjón, desapareció entre la maleza.

El silencio total del mediodía fue interrumpido, muy lejos, por la voz de un niño. Domingo caminaba muy lentamente aproximándose a Rosa para sorprenderla. Llegó casi junto a ella; sonreía mirándola, y trataba de contener la respiración para no delatarse. Una torcaz, en algún sitio entre los árboles, volvió a romper el silencio por un momento. Su arrullo fueron dos notas breves y una prolongada. Después hubo silencio de nuevo. Rosa estaba leyendo su revista de historietas con mucha atención. Domingo la veía girar concentradamente la cabeza, con una grave expresión, y volver la página en un solo gesto rápido. Leyó un momento la página y a cierta altura se detuvo y volvió nuevamente a la página anterior como para verificar algo ya leído, retomando después la lectura de la otra página. De pronto se volvió hacia Domingo con cara de sorpresa y sobresalto.

—¡Oh! —dijo.

Domingo se echó a reír y avanzó tranquilamente hacia ella. Al llegar a su lado había dejado de reírse.

—¿Y el viejo? —dijo.

—No vino —dijo Rosa.

Domingo la miró. Estaba muy cerca de ella. La cara de Rosa era oscura, brillante y prieta. Tenía los labios gruesos y estriados. Sus ojos eran oscuros.

—Ya sé —dijo Domingo—. Está en el hotel ahora.

—Chupando, seguro —dijo Rosa—. Tanto que hizo para comer el asado anoche, y al final se durmió en la mesa —dijo riendo.

Domingo se rió.

—También. Si no veía del pedo —dijo.

Hicieron silencio. De nuevo se oyó el canto cálido de la torcaz; dos notas prolongadas ahora.

—El viejo es bueno —dijo Domingo, en tono reflexivo—. Está muy viejo, eso es lo que pasa.

Rosa lo miraba y sonreía. Era por lo que se hallaba a punto de decir y se rió más todavía cuando lo dijo:

—Quién iba a decir que yo iba a terminar de madre tuya —dijo.

Domingo miró el río, sonriendo. La luz solar esplendía sobre la superficie del agua. La arena estaba como más blanca, y, aunque opaca, parecía incandescente.

—Ahora que estás con el viejo voy a ver si me voy a la ciudad —dijo.

—Andá al diablo —dijo Rosa, hojeando distraídamente la revista—. ¿Qué tengo que ver yo con don Arce?

—Estás con él —dijo Domingo. La miró.

—¿No vas a comer nada? —dijo Rosa. Se puso de pie, acomodándose el vestido en la cadera. No lo miraba—. Vení —le dijo.

Domingo permaneció inmóvil.

Ella lo tironeó de la camisa. «Vení», repitió, encaminándose hacia el rancho.

Domingo la siguió lentamente. Ella caminaba con seguridad y displicencia. Él veía el silencioso tumulto floreado en las nalgas, la ancha espalda sobre la que la tela floreada se ceñía. Las zapatillas rojas relumbraban sobre el sendero de tierra arenosa, dejando huellas profundas.

Ella entró en el rancho, no en la cocina. El interior del rancho estaba barrido y recién regado, envuelto en una fresca penumbra. Rosa se detuvo junto al camastro del viejo y se volvió. Domingo se detuvo.

—Vení, Domingo —dijo ella.

Domingo permaneció inmóvil. El silencio era total. Debido a la caminata que había hecho desde el pueblo, Domingo sentía la cabeza y el cuerpo calientes y húmedos; caminaba con frecuencia bajo el sol.

—Me voy a la ciudad, Rosa —dijo lenta y roncamente.

—Andá al diablo —dijo Rosa, y avanzó algo.

4

... Y hay huesos enterrados en otro tiempo, y si uno escucha, oye las voces a medida que el suelo cambia. Un buen día los huesos están afuera, sobre la arena. Tienen exactamente el color de la luna. Hay que estar solo, haber mirado largamente las estrellas y oír el primer quejido sin proponérselo, porque las voces se dan a quien ellas quieren, y no a quien las busca, y no dicen palabras sino momentos y noches; se oye como un batir de llamas, y un crepitar de leña, y pasos sobre la tierra.

Junto al raigón, bajo la luz de la luna, Domingo descabezó el pescado dándole de filo tres o cuatro veces con el cuchillo; después lo abrió por el vientre, le sacó los órganos con la mano y los arrojó al agua. El sauce estaba como encalado por la luz lunar. Domingo se puso en cuclillas junto al agua, lavó el gran cuchillo y después se lavó las manos secándose con el pantalón. Mientras recogía las líneas, los pescados y el cuchillo, oyó la voz furiosa del viejo en el rancho. Se incorporó y miró a través del bosquecito el verde resplandor que emergía de la puerta del rancho, tratando de escuchar. No oyó nada más. Comenzó a caminar hacia la casa. Los músculos de su rostro apretado estaban tensos, él lo sentía, y sentía también la misma tensión en todo el cuerpo. Recordó la tarde pasada: su rodilla entre las piernas de Rosa, ella echándose hacia atrás, el cuerpo tirante, y después los dos cayendo sobre el camastro del viejo. Atravesaba el bosquecillo. La luna espléndida tendía como pequeños velos claros en la fronda y en el pasto. A veces una porción de arena blanca parecía también un fragmento de materia lunar. No había brisa. Los mosquitos zumbaban en la oscuridad. A medida que avanzaba hacia la casa el aire iba haciéndose más cálido y pesado.

El viejo estaba parado en la puerta del rancho. Los perros merodeaban silenciosos, husmeando la tierra, sus dóciles cuerpos maleables serpeando en la penumbra, el pequeño espacio abierto frente al rancho. Domingo saludó.

El viejo no dijo nada. Estaba apoyado contra el marco de la abertura; no se movía, oscilaba involuntariamente, y no se movió cuando él pasó hacia el interior, mirándolo solamente; lo miraba pasar, los ojos rientes y escrutadores, y Domingo (no lo miraba) tocándolo al pasar de modo que el cuerpo del viejo osciló un poco más, dejándose oscilar levemente un poco más; al rozarlo Domingo atravesando el espacio exiguo de la abertura hacia la claridad verdosa expandida en el interior del rancho, pensó «me está mirando» y de nuevo vio la rodilla entre las piernas, la resistente y tirante anuencia doblándose hacia atrás y el tumulto floreado y jadeante cayendo sobre la cama.

Dejó los pescados sobre la mesa, la carne húmeda y casi palpitante todavía, amarilla y rojiza, y el cuchillo. La gran hoja, cuyo mango era negro, con dos pequeños círculos de cobre, era gris y veteada, de un solo filo.

Regresó.

El viejo no se había movido. Él debió pasar de costado tocándolo, y el viejo oscilaba contra la puerta, la mirada riente, el sombrero echado hacia atrás. Fue hasta el espacio abierto, caminando con lentitud, y quedó ahí, de pie, en medio de la penumbra cálida; encendió un cigarrillo. Primero se palpó el bolsillo de la camisa (los ruidos resonaban en el aire inmóvil), sacó el paquete y los fósforos, se colocó cuidadosamente un cigarrillo entre los labios, guardó el paquete y encendió un fósforo. La llama ascendió hasta el extremo del cigarrillo y al aspirar él, creció un poco. Él la arrojó hacia adelante y la llama cayó al suelo permaneciendo encendida. Domingo miró hacia un costado, hacia la cocina. Había luz, la difumada claridad verde, y la gran sombra de Rosa moviéndose o permaneciendo inmóvil por un momento.

La llama del fósforo se apagó. En el espacio abierto frente a la casa los perros erraban silenciosamente. Se arrimaban a Domingo husmeando sus alpargatas, y después se alejaban de él y él los veía evolucionar, los contornos como vetas grandes o nudos inquietos de la misma penumbra.

—Rosa —dijo el viejo.

Rosa no respondió.

El viejo pareció moverse molesto detrás suyo.

—Rosa —repitió.

Uno de los perros se detuvo. Alzó la cabeza mirando hacia el rancho, con una de las patas delanteras doblada en el aire, el paso interrumpido.

Rosa emergió en la puerta de la cocina. Trataba de acomodarse un mechón de pelo caído sobre su sien, con el dorso de la mano. Al parecer tenía grasa en las manos, o las tenía mojadas, o algo así. Tenía una expresión de enojo en el rostro, como si hubiera pasado algo entre ella y el viejo un momento antes.

—¿Qué pasa? —dijo de mala manera.

Domingo estaba vuelto ligeramente hacia ella, el viejo detrás suyo. El viejo se dio tiempo, quedando un momento sin hablar, como para que el silencio dejara perfectamente demostrado que él había llamado a Rosa y que ahora Rosa estaba ahí.

—¿Tengo un hijo o un perro rabioso? —dijo el viejo.

—No sé —dijo Rosa.

Domingo alzó levemente la cabeza. Una gran sombra marrón comenzó a cubrir la luna.

—No. Un hijo no. Un perro rabioso —dijo el viejo.

Avanzó al parecer. Domingo se volvió. El viejo lo miraba.

La nube cubrió toda la luna. No era en realidad una nube; era el extremo de una tormenta que ascendía. El bosquecito desapareció casi; quedó solo un comienzo de murmullo de brisa, y un tumulto indiscernible de contornos confusos. El río también había desaparecido y los perros eran unas cosas veloces y solo presentibles moviéndose en la masa negra del patio. En el cielo, hacia el sur, no se veía nada; hacia el norte eran visibles algunas estrellas cuyo brillo había disminuido. Eran unas verdosas piedras opacas incrustadas en un cielo ahora negro.

El viejo Arce y sus ojos sonrientes frente a Domingo, mirándolo.

—¿No te dije que pidieras un adelanto? —dijo.

Domingo no respondió. Avanzó, fumando, hacia el viejo, pasó junto a él, rozándolo de nuevo, el viejo quedó bamboleándose detrás, y Domin-

go penetró en el rancho. Sorteó la mesa y fue a echarse de espaldas en el camastro.

Por el ventanuco, hacia el sur, vio que relampagueaba. Oyó la voz del viejo.

—Para qué los cría uno —decía en un tono salmódico y pesado—. Rosa. —Al parecer Rosa se hallaba nuevamente en el interior de la cocina, ya que oyó un «Eh», remoto y distraído por toda respuesta—. Rosa —repitió el viejo—. Vení para acá. Vení te digo.

—Lávese la cara, don Arce —oyó Domingo echado en el camastro que respondía Rosa—. Vaya, lávese la cara.

No oyó nada más por un momento. Estaba echado con el antebrazo bajo la nuca, la cabeza vuelta hacia el ventanuco, viendo el cielo negro en el sur, entre los árboles; el sur donde relampagueaba. Oyó los pasos del viejo. Retumbaban sordamente. «Ahora va a hacer algo» pensó viendo. «Ahora está yendo para la cocina».

—Si yo te digo que vengas vos vení —oyó decir a la voz pesada del viejo Arce.

Domingo dejó de respirar por un momento.

—¿No? —dijo la voz del viejo, furiosamente reprobatoria. Y después de un breve silencio.

—Bueno. Ahora vení.

—Lávese la cara, don Arce —respondió la voz de Rosa—. Vaya, lávese la cara.

«Ahora está parado en la puerta de la cocina», vio Domingo pensando «Va hacer algo».

—Bueno —oyó decir a la voz del viejo—. Bueno.

Oyó ruidos.

—No, don Arce —comenzó a decir rápidamente la voz de Rosa—. No, don Arce. Le digo que no.

—Dejá, Rosa. Déjá te digo —decía la voz del viejo.

Domingo saltó de la cama. Tiró el cigarrillo, lo pisó rápidamente, y al sortear la mesa golpeó el vértice con la cadera de modo que el farol tembló, tambaleándose, y todas las sombras se movieron. Él salió al exterior, al aire pesado, las sombras moviéndose detrás suyo por última vez y dete-

niéndose, y el viejo y Rosa forcejeaban en la puerta de la cocina. El viejo la tenía agarrada de la muñeca, y Rosa le daba golpes cortos y rápidos en el hombro. El viejo estaba afirmado contra el marco de la abertura, con las piernas abiertas, y parecía cómodo en esa posición. Domingo avanzaba rápidamente hacia ellos.

—Pero, pero... —dijo Rosa.

—Dejá Rosa —dijo el viejo. Le dio un empujón, soltándola hacia Domingo. Rosa venía como volando hacia él. Domingo la sostuvo, doblándose él también por la violencia del golpe. Los tres quedaron inmóviles, mirándose al resplandor magro de la luz de la cocina. El viejo se enderezó, irguiéndose. Al hacerlo se le cayó por detrás el sombrero. Domingo y Rosa lo miraban. El viejo se agachó recogiendo el sombrero. Lo limpió con el codo y volvió a colocárselo tomándolo con dos dedos por la punta de la copa y ayudándose a calarlo por detrás con la otra mano. Después se acomodó la camisa rotosa y el pantalón. Ellos lo miraban. El viejo avanzó lentamente, pasó junto a ellos y penetró en el rancho. Cada relámpago iluminaba con destellos azules el patio y el bosquecito. Era no como si el bosquecito estuviera ahí, sino como si emergiera de algo y no completamente, cada vez que era iluminado. Parecía uno de esos barcos que en las noches de tempestad sumergen rítmicamente el contorno borroso de la proa en la profundidad del mar negro. Domingo soltó a Rosa y caminó hacia el espacio abierto, donde los perros vagaban inciertos, sus húmedos ojos emitiendo de vez en cuando pétreos reflejos amarillos. «Ahora va a venir, va hacer algo», pensó Domingo. «Está junto a la mesa, inclinado, esperando, decidiendo». Encendió otro cigarrillo. El primer fósforo se apagó debido a la brisa creciente. Encendió otro resguardándolo con las manos. Las manos le temblaban levemente. Por un momento, su piel fue translúcida, casi como el coral. El fósforo se apagó. Quedó la punta incandescente del cigarrillo, una vaguedad rojiza en la oscuridad. Se volvió, de golpe. El viejo estaba en la puerta, mirándolo. Rosa entraba en la cocina, desapareciendo por la puerta. El viejo estaba con una mano apoyada en el marco, el cuerpo inclinado y oscilante. No sonreía. Los ojos sí: sonreían. A pesar de su cuerpo menudo el viejo parecía más macizo, más sólido. Salvo los resplandores de luz verdosa emergiendo de las aberturas de la cocina

y del rancho, todo se hallaba a oscuras. La luz de los faroles era absorbida casi inmediatamente por la densa oscuridad del contorno. Domingo se hallaba en el límite impreciso de la claridad.

—¿Yo no te había dicho que pidieras el adelanto? —dijo el viejo, y como si hubiera estado aguardando detrás, escondida, esperando el parlamento, Rosa reapareció en la puerta de la cocina, y quedó allí, inmóvil. Tenía el dorso de la mano, apoyado en la palma de la otra, a la altura del vientre.

Domingo dio un paso.

—No podía —dijo calmosamente. Y después, como si suspirara—: ¿Qué pasa?

El viejo también avanzó un poco. Ahora nada en él sonreía.

—¿Qué me pasa? ¿Qué te importa a vos qué me pasa?

Domingo fumó largamente, echó el humo, y después, como si ayudara al viejo a sacar una conclusión:

—Yo sé lo que le pasa —dijo—. Cándido le reclamó la plata de la Rosa.

El viejo se aproximó y le pegó en la cara. Domingo no se movió. Uno de los perros salió velozmente de la oscuridad y se paró junto al viejo, mirándolo. Domingo arrojó el cigarrillo lejos de sí, con mucha calma.

—Para eso busque la plata en otro lado —dijo.

El viejo volvió a pegarle en la cara.

—Domingo —dijo Rosa desde la puerta de la cocina—. No lo dejés.

—Entrá a la cocina —dijo Domingo.

El viejo le pegó por tercera vez. La nariz comenzó a sangrarle.

—Don Arce —dijo Rosa—. Hoy me hizo. Hoy a la siesta yo me dejé hacer. Yo me dejé hacer. Yo misma lo traje para la cama.

—Entrá a la cocina —dijo Domingo. El labio superior le temblaba. Él lo sentía. La sangre le corría tibia y abundante por la boca y el mentón.

El perro salió disparado y se perdió nuevamente en la oscuridad.

Entonces el viejo alzó los brazos, con los puños cerrados y empezó a golpearlo en los hombros y en el pecho. Domingo no se defendió. No eran golpes tan violentos. «Basta con dejarme caer», pensó. «Me dejo caer y listo». «Después se va a tranquilizar». Se dejó caer. Cayó arrodillado. El viejo le dio una patada, jadeando, murmurando. Lo tumbó. Desde el suelo vio a Rosa correr hacia el viejo y las piernas del viejo volverse hacia Rosa. Se

puso trabajosamente de pie. El viejo no le pegaba a Rosa, la sacudía solamente. La había agarrado por los brazos y la sacudía violentamente, sin pegarle. Por encima del hombro del viejo, Rosa lo miraba casi con sorpresa, a pesar de la violencia de los sacudones.

—Putá —dijo el viejo—. Putá.

Domingo sacudía la cabeza como para despejarse. Se dirigió al rancho, limpiándose torpemente la ropa con las manos, sintiendo detrás suyo a Rosa y al viejo. «No va a pegarle», pensó. Entró en el rancho. Se detuvo junto a la mesa. «No va a...». Vio el cuchillo.

—Putá —oyó que el viejo decía a Rosa. Oyó un golpe. Rosa comenzó a lloriquear.

—Domingo. Me mata. Me mata. Domingo —gimoteó.

Domingo manoteó el cuchillo y regresó corriendo al exterior. Rosita estaba en el suelo protegiéndose la cabeza con los brazos, y el viejo le daba patadas con los dos pies. Domingo agarró al viejo de un hombro, lo elevó y lo dio vuelta. El viejo se encogió. Alzó la vista y vio el cuchillo sesgado en el aire a punto de caer. No dijo nada. Lo miraba con los ojos muy abiertos solamente.

—Oiga. Oiga —dijo Domingo. Movía la cabeza, los ojos semicerrados por la furia. El viejo apenas tocaba el suelo con la punta de los pies. Parecía un muñeco de trapo. Parecía consistir solamente en la cabeza y la ropa. Los pantalones le colgaban como vacíos.

—¡Escúcheme! ¡Escúcheme! —dijo Domingo. El cuchillo estaba alzado en el aire a punto de caer y el viejo lo miraba. Domingo comenzó a sacudir violentamente a su padre. Rosa se incorporó con lentitud y retrocedió mirándolos. Había como una expresión de terror incrédulo en su rostro y se tocaba la mejilla con una mano. Violentemente sacudido, el viejo intentaba abrir la boca como para decir algo. Miraba el cuchillo.

—¡Escúcheme! ¡Escúcheme! —dijo Domingo, y arrojó al viejo lejos suyo.

El viejo parecía volar hacia atrás, arqueado. Cayó en el patio quejándose. Quedó tendido inmóvil. Uno de los perros se separó de la sombra súbitamente y empezó a husmear al viejo.

—Entrá a la cocina —dijo Domingo. Todo su cuerpo temblaba furio-

samente. Rosa quedó de pie en la puerta y Domingo se volvió hacia ella mirándola.

—Bueno —dijo—. Entonces vámonos.

Un relámpago azul iluminó por un momento el bosquecito. Fugazmente se percibieron los troncos grises inclinados, inmóviles e intactos.

—Sí —dijo Rosa.

Domingo entró en el rancho. De un baúl sacó una campera vieja de lana, toda descolorida y un saco muy viejo también. Los dejó sobre su camastro. La nariz había dejado de sangrarle. La roja mancha sobre el mentón y la boca, distribuida como una pequeña mata de barba, se secaba y oscurecía. Salió nuevamente al exterior. El viejo estaba sentado en el suelo, donde había caído, calándose cuidadosamente el sombrero. Domingo fue a la cocina, pasando junto a Rosa, trajo un balde con agua y comenzó a echarse agua en una mano para lavarse la cara. Rosa fue, le quitó el balde y comenzó a echarle agua en las manos. Él se lavó refregándose bien la parte manchada de sangre, secándose después con las mangas de la camisa.

El viejo se puso de pie sacudiéndose la ropa. Los miró sin decir nada y fue para el rancho. Domingo se detuvo un momento mientras se secaba viéndolo atravesar la puerta y desaparecer en el interior del rancho. Quedó un momento pensativo. Después continuó secándose.

—¿Dónde vamos a ir? —dijo Rosa. El labio inferior había comenzado a hinchársele. Lo tenía partido pero no sangraba: solamente era una estría roja, una raya vertical y profunda que dividía la carnosa protuberancia oscura en dos mitades. Rosa sostenía el balde por la manija, conteniéndolo por la base con la otra, como a punto de echar agua. Domingo la miró. Sacó un poco de agua del balde y aplicó suavemente la mano mojada sobre el labio de Rosa. Ella lo dejó hacer entrecerrando levemente los ojos. Domingo retiró la mano y se la secó en el pantalón.

—A la ciudad —dijo.

Rosa abrió desmesuradamente los ojos, en un gesto que parecía mezclar asombro y alegría.

Domingo se alejó hacia el interior del rancho. Cuando entró vio al viejo bebiendo un trago de caña de la botella que sabía guardar junto a la

cama. Al entrar él, el viejo dejó de beber y lo miró sin tragar la bebida, haciendo un furioso y lento buche con ella. Él fue hasta el camastro, retiró de encima el saco y la campera y regresó al exterior. El viejo lo miraba pasar, la botella en la mano, haciendo su interminable buche con el trago de caña.

Rosa estaba afuera en actitud de aguardar. Ahora tenía en la mano, enrollada, la revista de historietas del mediodía. Con la base del angosto cilindro de papel impreso y roto se golpeaba distraídamente la mano libre. Mientras salía, Domingo oyó toser al viejo.

—Vamos —dijo a Rosa.

Le dio la campera.

Comenzaron a caminar. Los relámpagos eran más frecuentes y prolongados ahora y su resplandor azul había adquirido un tinte verde, siniestramente amarillento. Lejos, muy lejos, se oían truenos. Domingo avanzaba adelante, con pasos rápidos, oyendo detrás suyo el leve tumulto de los pasos y los jadeos de Rosa. En medio de la cerrada oscuridad del espacio abierto frente a la casa, Domingo se detuvo dándose vuelta. Rosa siguió caminando, pasando junto a él. Domingo miró por última vez al viejo. Estaba de pie en la puerta contra la verde y difumada claridad que emergía del interior del rancho. Encogido y pequeño, su cuerpo oscilaba involuntariamente. Uno de los perros, sentado sobre los cuartos traseros, el hocico alzado hacia el viejo, se hallaba junto a él. Domingo se volvió y continuó caminando tan rápidamente que en seguida Rosa quedó atrás. Tomaron el sendero paralelo al bosquecito.

Fue en el momento en que llegaron a la esquina del hotel cuando empezó a llover: primero se trató de unas gotas grandes y lentas como lágrimas. En seguida fueron más rápidas, más finas y más tumultuosas. Después empezó el viento y, contra la luz del farol de la esquina, sacudiéndose locamente como si colgara de una jardinera, el agua parecía descender en masas, en períodos, con todas las formas posibles y en todas las direcciones. Bajo la luz de la esquina la tierra arenosa brillaba y en seguida comenzaron a formarse pequeños charcos que reflejaban fragmentada y fugazmente la luz del foco. Ellos se guarecieron bajo el angosto portal del hotel. Rosa se echó la campera sobre los hombros primero, después

se la calzó, y más tarde se abrochó los dos últimos botones que le quedaban y se alzó el cuello. Aún cuando el viento cambiaba adoptando por un momento una sola dirección, y los remolinos de agua fina descendían rápida y oblicuamente más allá del portal del hotel, ellos, apretados contra la puerta cerrada, sentían sobre el rostro y el cuerpo las salpicaduras del agua constante e incansable. «No va a salir el ómnibus», pensó Domingo.

En efecto, no salió. El alba llegó lentamente; continuaba lloviendo. La atmósfera negra fue tornándose azul, después verde y finalmente adoptó una tonalidad grisácea que no desaparecería hasta la noche. Mientras aclaraba no dejó de llover ni un momento. «No va a salir», pensó Domingo. El alba verdosa parecía originarse en el centro de la plaza. Cuando no dormitaba de pie bajo el angosto portal, Rosa miraba hacia allí con los ojos muy abiertos, con una expresión entre asombrada y pensativa. El alba mostró los árboles lavados, lavándose.

Alrededor de las seis y media vieron por fin al viejo Arce cruzando la plaza en diagonal hacia ellos. Se había puesto sobre el sombrero una arpillera que lo protegía malamente del agua. La arpillera le caía sobre la espalda a modo de capa. Venía caminando ni rápida ni lentamente, sorteando los charcos, sin mirar hacia el portal del hotel, fijándose más bien con una rápida pericia donde ponía el pie, para no resbalar y caer. Por fin llegó a la esquina de la plaza y comenzó a cruzar la calle. Pisaba con la punta de las alpargatas rotas, los brazos separados del cuerpo para mantener mejor el equilibrio, mirando hacia cualquier parte menos hacia el portal del hotel. Llegó a la vereda. Se detuvo a un metro de distancia del portal. Detrás suyo estaban la calle y la plaza, los altos árboles increíbles, lavados, la lluvia derramándose incansable y sombría.

Domingo cerró los ojos, como fatigado, y en seguida volvió a abrirlos.

—¿Qué pasa? —dijo.

El viejo carraspeó. No lo miraba.

—Bueno —dijo, carraspeando—. No es para tanto, me parece.

Hizo silencio. Domingo no le respondió. El viejo cambió de posición.

—Me estoy mojando —dijo—. ¿No me hacen un lugarcito en la puerta?

Domingo se corrió hacia Rosa. El viejo se acomodó junto a él y empezó a dar saltitos, como si tuviera frío, frotándose las manos y mirando

hacia la plaza. Después quedó inmóvil.

—Estoy muy viejo ya —dijo—. Si vos y la Rosa se van, me voy a morir de hambre. ¿Quién me va a cuidar? ¿Quién me va a hacer la comida? La Rosa con nosotros no deja de ser un adelanto.

Domingo lo miró. Estaba furioso.

—Usted no vuelve a levantar la mano. ¿Estamos? —dijo.

El viejo lo miró por un momento. Después miró a Rosa.

—A tu padre no, Domingo —dijo—. A un padre se le debe respeto. No podés decirme una cosa así.

Domingo no dijo nada.

—Tiene razón —dijo Rosa, muy seria, tironeándolo del saco—. Es tu padre.

Domingo suspiró.

—Vamos —dijo el viejo.

Comenzaron a caminar. Cruzaron la calle. El viejo iba delante, dando pequeños saltos para evitar los charcos. Detrás iba Rosa. Estaba completamente mojada. Llevaba en la mano la revista de historietas, mojada y hecha pedazos. Domingo iba a un metro de distancia de los dos, caminando lentamente bajo los árboles cargados de agua. En mitad de la plaza el viejo se detuvo. Miró a Domingo por encima de Rosa.

—Apenitas pare de llover y haga buen tiempo —dijo— vamos a hacer la galería.

(1961)

ciudades,

Mateo Booz / Bar de Marineros	23
Alcides Greca / Día de audiencia.....	35
Jorge Riestra / El taco de Ébano	41

campos,

Luis Gudiño Kramer / Soledad y El orden de la ruta	103
Lermo Balbi / Las lluviosistas	113
Eduardo Carranza / Huakalo.....	121

pueblos,

Gastón Gori / Calixto Brillard, se acabó tu chata	133
Leonardo Luis Castellani / La cabeza entre los lirios	147
Velmiro Ayala Gauna / El cuarto cerrado	161

islas.

Diego Oxley / La fuga	171
Abel Rodríguez / Los ojos que no miran.....	181
Juan José Saer / Palo y hueso	189

Proyecto Territorio

Proyecto Territorio propone un panorama de obras que vuelcan su mirada hacia el entorno: un lugar, una época, una lengua, un modo de sentir y transitar el paisaje. Hitos de la historia cultural santafesina que proyectan un mapa imaginario, sensible, e irrumpen con formatos actuales para provocar un encuentro con las nuevas generaciones.

Se inaugura con la colección *Ciudades, campos, pueblos, islas. Relatos Clásicos Santaferinos*, compuesta por la presente antología en papel y una biblioteca digital contenida en el CDRom que acompaña este libro. La misma reúne once libros fundamentales: *Cuentos de comité*, de Alcides Greca; *Santa Fe, mi país*, de Mateo Booz; *Abalorios*, de Eduardo Carranza; *Aquerenciada soledad*, de Luis Gudiño Kramer; *Las 9 muertes del Padre Metri*, de Leonardo Castellani; *La barranca y el río*, de Abel Rodríguez; *El camino de las nutrias*, de Gastón Gori; *Don Frutos Gómez, el comisario*, de Velmiro Ayala Gauna; *El taco de ébano*, de Jorge Riestra; *Los días siguientes y otros relatos*, del Lermo Balbi y *Las aguas turbias*, de Diego Oxley. Un minucioso trabajo de cotejo con las primeras ediciones permite reencontrarse con los textos de estos autores tal como salieron a la luz originalmente. La colección traza, de esta manera, un inédito panorama de más de cuarenta años de narrativa santafesina con el foco puesto en las historias y los paisajes propios.

Proyecto Territorio continúa con un sitio web que difunde el contenido de la biblioteca digital de manera libre y gratuita, al mismo tiempo que conecta estos relatos con otros lenguajes y experiencias artísticas, desde las texturas sonoras a la fotografía digital, pasando por la cartografía, la animación y el video. El sitio contiene, por otra parte, exhaustivos recursos pedagógicos para estudiantes y especialistas.

ciudades, campos, pueblos, islas.

Algunos relatos de *Ciudades, campos, pueblos, islas* ya son legendarios. Otros esperan ser descubiertos. Todos portan un rasgo distintivo —el cruce entre el relato moderno y un interés decidido por el propio territorio— que atraviesa las cuatro décadas donde se forja el espíritu de la narrativa clásica santafesina, desde comienzos de 1930 hasta fines de 1960. Mateo Booz y Alcides Greca fueron pioneros en este sentido, con sus observaciones certeras, desprejuiciadas y por momentos casi documentales. Las obras de Juan José Saer, Jorge Riestra, Luis Gudiño Kramer y Gastón Gori revelan el magnífico desarrollo que le aguardaba a esa idea. Cada uno construyó su narrativa con un lenguaje propio, único, sin apartar la mirada de lo que lo rodeaba. Y lo mismo cabe para Abel Rodríguez, Lermo Balbi, Diego Oxley, Velmiro Ayala Gauna, Leonardo Castellani y Carlos Eduardo Carranza.

El libro que el lector tiene en sus manos es simultáneamente una antología y una biblioteca digital. La antología reúne —imitando y expandiendo el sistema que Mateo Booz imaginó para Santa Fe, mi país—, relatos de «ciudades», de «campos», de los «pueblos» y de las «islas» santafesinas, esta vez a cargo de todos sus narradores clásicos. La biblioteca digital que se incluye en el CDRom presenta, por su parte, once libros imprescindibles de esta tradición, minuciosamente cotejados con las primeras ediciones originales.

Ciudades, campos, pueblos, islas es una colección portátil, un libro-biblioteca con más de ciento setenta relatos que renuevan la mirada sobre el diálogo fecundo, constitutivo, que se establece entre la cultura y el territorio.